
CIRCULO DEL CRIMEN
MUNDO OSCURO
ROBERT BLOCH
EDICIONES FORUM

Robert Bloch

# MUNDO OSCURO

## Círculo del Crimen Nº 7

**ePub r1.0**

**Rbear** 20.12.15

Título original: *Night world*
Robert Bloch, 1972
Traducción: Julio Fernán
Forum: 1983
ePub base r1.2

*Dedicada a ZANDER,*
*quien probablemente*
*nunca leerá este libro.*

# 1

El sol moría por occidente, y su sangre manchaba el cielo.

*Podía haber sido poeta*, pensó. *Escritor*. Pero hubiera representado despilfarrar terriblemente su talento. Porque la vida de un escritor es tan corta como la del papel en que se inscriben las palabras, o como la memoria de los lectores. El papel es quebradizo y pronto se convierte en polvo. Y los gusanos se comen los recuerdos.

*Pero ¿quién se come a los gusanos?*

El tiempo. El tiempo es el auténtico enemigo. El tiempo devora a los gusanos, consume el papel, apaga el sol. Y el tiempo se lo comía también a él, a pedazos, fragmento a fragmento, día tras día.

El tiempo lo roía por la noche, allí en su mísero cuartucho. Lo llamaban cuarto, mas en realidad era una celda. Una celda con las ventanas protegidas por alambre de espino a través de las cuales un hombre moribundo podía ver al expirante sol.

Le habían dicho que estaba allí por su propio bien, y que el cerrojo de la puerta era una protección contra los otros internados. Pero no podía protegerlo contra el tiempo que lo roía una noche tras otra, no dejándolo dormir. Tampoco podría protegerlo de sus protectores. Porque éstos disponían de llave.

A cualquier hora del día o de la noche podían entrar y acabar con él… llevarse lo que quedara cuando el tiempo hubiera terminado su banquete. Le chupaban la sangre. Para hacer pruebas, decían. Pero ¿cómo podían esperar que creyera tal cosa? Sabía muy bien cómo eran aquellos seres que buscaban su sangre para seguir existiendo. Se habían quitado las capas y vestido trajes blancos y comían valiéndose de agujas y no de aguzados colmillos; pero, aun así, eran vampiros.

O peor que vampiros. Porque también le devoraban el cerebro. TEC. Terapia electroconvulsiva. El término científico para electroshock, el amable eufemismo para amarrarle a uno y descargarle corrientes eléctricas en el cerebro hasta anularle la mente. Se apoderaron de él y lo metieron en una celda. Tomaron su sangre y la vaciaron en un tubo de ensayo. Ahora querían quitarle el cerebro e introducirlo en una máquina.

Pero no iba a servirles de nada. Recordaba muy bien el pasado. Y estaba en condiciones de planear su futuro. Noche tras noche, sin pegar ojo, allí en su celda, continuaba elucubrando planes sin cesar.

Sus planes eran una verdadera perfección, auténtica poesía. Mas nunca los hubiera puesto por escrito. *Instrucciones para ciegos. Rogamos las lean atentamente*. No debían tener conocimiento de lo que planeaba, ni sospecharlo siquiera. Lo tenía todo oculto en lugar bien secreto. El lugar más secreto del mundo es el cerebro humano.

Todo está bien guardado dentro del propio cerebro. Porque queda protegido por una cámara llamada «cara», y ésta responde siempre de la manera que ellos quieren. Sonríe al oír una broma, se tensa ante alguna visión desagradable, asume un aire respetuoso en presencia de la autoridad. La cara tiene una boca y ésta pronuncia las palabras que el médico desea. Pero no exhala ni un murmullo que pueda descubrir el plan. *Sí, doctor. Creo que he mejorado mucho. Empiezo a sentirme otra vez como cuando estaba sano*.

A nadie le gusta que le digan las cosas como son en realidad. Lo que quieren es oírlas como a ellos les gustaría que fueran. Un paciente modélico: tranquilo, cooperador, que muestre inequívocas señales de recuperación. Y la boca sabe cómo expresar, debidamente, todo ello.

Al obrar así, se ayuda a realizar el plan. El médico no lo sabe. La enfermera ni siquiera lo intuye. El ayudante ni se entera de nada. Con tal de que el rostro permanezca tranquilo y la boca pronuncie las palabras adecuadas, nadie se dará cuenta de lo que uno trama. La boca forma parte de la máscara, tras de la máscara hay un cerebro, y dentro del cerebro se esconde…

Dentro del cerebro se encuentra de todo. Si se le vuelca hacia

abajo y se vacía su contenido como si se tratara de un macuto de soldado o un bolso de mujer, ¿qué pasa? Allí sale de todo.

Misticismo. *Mi horóscopo me aconseja no fiarme de la astrología*.

Ciencia. *La ornitología es sólo comida para los pajaritos*.

Literatura. *La pornografía reúne extrañas parejas en la cama*.

Filosofía. *Los actos son más explícitos que una palabra soez*.

Sabía muy bien lo que iba a decir el doctor. Se lo había oído infinidad de veces durante las visitas. «Usted se sirve de las palabras como si se tratara de un escudo. La obcecación es sólo un mecanismo de defensa. Habla para no tener que decir nada».

¿Qué esperaba de él?

Supongamos que le revelaba haber estado pensando en Jimmy Savo. Para el médico aquel nombre no significaría absolutamente nada.

Jimmy Savo. En el pasado había actuado como cómico en los teatros. Un hombre pequeñito que hacía pantomimas que, según los críticos, recordaban a las de Charlot. Como aquélla que realizó en una película proyectada más tarde en la televisión. Jimmy Savo y su vieja rutina, interpretando la canción *Río, sigue tu curso y no entres en mi casa*.

Habría que explicárselo al médico. Y explicarle también por qué Jimmy Savo le recordaba a los más famosos criminales de la historia.

Porque los criminales son famosos, desde luego. Personas que no sabrían deciros quién era el presidente de Francia hace cincuenta años, recuerdan perfectamente el nombre de Landru. ¿Quién está enterado de que Gilles de Retz cabalgó junto a Juana de Arco? Pero nadie ha olvidado, sin embargo, quién fue Barba Azul. Y mucha gente sigue todavía intrigada, preguntándose quién fue en realidad el «Asesino del Torso Desnudo de Cleveland». No hace mucho tiempo, los periódicos publicaban extensos comentarios sobre la teoría de si Jack el Destripador había pertenecido a la nobleza británica.

Sin duda alguna fue así. Porque en un mundo de víctimas, los asesinos forman la verdadera aristocracia. Ésta es la gran lección de la Historia: los auténticos héroes actúan en consonancia con la muerte. El león, y no el cordero, es el rey de los animales. Y, a mi

modo de ver, la verdadera canción que Jimmy Savo entonaba era ésta: *Destripador, sigue tu curso y no molestes a mi fulana*.

Pero eso no se le puede decir al médico. Al sanador abnegado, que proclama su amor hacia la humanidad. Todos y cada uno de nosotros somos, desde luego, amantes del prójimo. Sin embargo, solemos olvidar que el hombre mata aquello que más ama. El cobarde, soltando una bomba desde un avión que vuela a ocho mil metros de altura. El valiente utiliza un cuchillo a escasos centímetros de su víctima.

Escucha bien, doctor. Y oídlo vosotros también, reyes, emperadores, presidentes, almirantes, generales y altos mandos. Escuchad estas palabras jamás pronunciadas:

«No mataré porque me mandéis matar; porque me déis un uniforme, un arma y un mando. Sería una iniquidad.

»No mataré por culpa de algo que ocurrió entre yo y mi madre, mi padre, mi hermana, mi hermano o mi esposa. Sería cosa de Freud y éste es también un fraude.

»Mataré porque soy un valiente. Y un valiente es siempre fiel a sí mismo.

»El hombre es libre por naturaleza y se resiste a toda pérdida de libertad. El hombre se opone, por naturaleza, a la hipocresía y a la injusticia. Voy a matar en nombre de la humanidad entera… de los seres humanos confinados hipócrita e injustamente en manicomios, cárceles, hospitales y asilos. Mataré en nombre de todos cuantos han sido castigados por su valentía al enfrentarse abiertamente a la sociedad. En nombre de quienes se han visto etiquetados como inútiles o como inadaptados. En nombre de los hijos ilegítimos confinados a un orfelinato, y de los millones que mueren en el abandono y el olvido de las instituciones, por el solo delito de haberse hecho viejos.

»Creo en los principios de la democracia. Cada hombre un voto. Y el mío es un voto de protesta, un voto que dejará su huella; que será recordado. Los grandes asesinos son siempre personajes famosos.

»¿Que es hablar por hablar? ¡Pero si no he dicho una palabra a nadie! Ni siquiera quienes más van a ayudarme saben nada de mi plan, ni tienen la más remota idea de lo que pienso hacer ni del

papel que van a representar en la ejecución de mi proyecto».

Ejecución. Ésa es la auténtica palabra.

La auténtica palabra.

Y ahora, conforme cae la noche, las palabras van a convertirse en hechos.

Miró hacia el sol que moría en su ocaso y pensó en aquéllos que iban a morir también muy pronto.

Muy pronto.

# 2

Después de comer, Karen regresó a su despacho.

Parpadeaba por culpa de la niebla que envolvía las calles, aunque sin experimentar ninguna sensación de molestia. Siempre había niebla en la parte baja de Los Ángeles. O, al menos, frecuentemente. Para ver al oculista era mejor elegir un día claro.

La empresa donde trabajaba Karen se encontraba en un alto edificio, propiedad de una firma de préstamos y ahorros. Miles de inmuebles semejantes parecían haber brotado por toda la ciudad en los últimos años. Si los tumbaran en el suelo, uno junto a otro, hubieran parecido la consecuencia lógica de un nuevo terremoto.

Karen aceptó la posibilidad del terremoto del mismo modo que aceptaba la niebla. No era cosa suya. El nombre que marcaba la puerta de aquel apartamento del piso diez era el de la «Sutherland Advertising Agency, Inc.».

Abrió y entró en la recepción saludando a Peggy, que se hallaba tras el cristal divisorio. Como pasa con las recepcionistas de su clase, Peggy había sido elegida más por lo espectacular de su figura que por lo despejado de su inteligencia. Era como una especie de palurda puesta en una vitrina.

Peggy le dedicó una superficial sonrisa de segunda clase, y apretó el botón que abría, con un zumbido, la cerradura de la puerta sin placa alguna, situada al fondo a la derecha. Karen giró el tirador y entró en el pasillo que se hallaba al otro lado.

Acababa de entrar en un mundo distinto. Suther Land, «la tierra del sur», según su geografía particular. El largo pasadizo que estaba recorriendo era como una ruta que la llevara a un ambiente extraño y remoto.

Detrás de una doble puerta revestida de roble se hallaba el salón del trono de quien regía la empresa: Carl Sutherland III. Lo más curioso era que no se veía en él ninguna mesa escritorio. Pero es que en el reino de los negocios, la mayor muestra de supremacía consiste en tener un despacho desprovisto de tan degradante instrumento de trabajo. Cuanto el directivo moderno necesita es una instalación de bar lo más ostentosa y amena posible, un intercomunicador y un dictáfono. Un dictador. Tal era la auténtica función de Sutherland. Claro que los directivos pasan muy escasos momentos en salones del trono y por ello el mayor de los despachos de la Sutherland Advertising Agency estaba casi siempre vacío. Karen sólo había visto a aquel hombre un par de veces, durante los cuatro años que llevaba trabajando allí, habiéndose esfumado seis meses antes, cuando sufrió un ataque al corazón, a bordo de su yate. A partir de entonces, el negocio de la agencia había aumentado casi un veinte por ciento; pero pudo tratarse de una simple coincidencia.

Karen avanzó por el recinto, pasando ante las puertas más sencillas, aunque revestidas de roble, de los despachos que seguían en importancia al del jefe. Eran cinco y estaban ocupados por los cinco administradores principales. Éstos disponían de mesas escritorios, pero como una deferencia a su alto cargo, no había encima de ellas nada en absoluto, excepto un teléfono. Los montones de papeles se acumulaban en las mesas más modestas de sus secretarias particulares. Y, lo mismo que su jefe, rara vez se veía en sus despachos a los administradores, pero sus secretarias sabían dónde encontrarlos y cómo intervenir las llamadas de sus esposas.

Más allá, siguiendo el corredor, se amontonaban los dominios del director artístico, del de medios de comunicación y del de impresos. Sus recintos eran menores y estaban comunicados por una sala de reuniones de uso común. Y desde luego, se hallaban siempre ocupados. Las puertas se abrían y se cerraban sin parar, entrando y saliendo por ellas impresores, grabadores, jefes de ventas, mensajeros y personal de menor importancia que llevaba y traía escritos. A veces los reunidos, con su profusión de voces y de imprecaciones, se desbordaban por el pasillo; pero Karen estaba acostumbrada a esquivar a los grupos que le impedían el paso.

Volvió la esquina del corredor y siguió caminando por delante de una sucesión de cubículos sin puerta, alineados a ambos lados, especie de celdas cada una con su ventana y con el espacio justo para contener un archivador, dos sillas y un pequeño pupitre o tablero para cada ocupante. Una cosa muy simple, pero nadie hubiera esperado que dibujantes o redactores fuesen capaces de impresionar a nadie. Se limitaban, sencillamente, a realizar el trabajo de creación que mantenía activa a la agencia.

Al extremo del segundo pasillo, Karen llegó a su propio cubículo, dejó el bolso en un cajón, apartó el teléfono hacia un lado y se sentó para estudiar el proyecto, ya aprobado y firmado, de un anuncio en blanco y negro, a toda página, que debería aparecer en diversas revistas de modas relacionadas en una hoja adjunta, con las correspondientes fechas de publicación. Miró las notas y sugerencias y examinó el proyecto, tratando de imaginarse cómo sería una vez terminado.

En primer plano, con los brazos cruzados desafiadoramente sobre el desnudo tórax, aparecía un despectivo joven con el pelo en desorden, cayéndole sobre la frente, entornados los pesados párpados, mirando con aire de drogado. Los pantalones a rayas muy ceñidos en la entrepierna, como una velada sugerencia.

Tras él, la muchacha, toda ángulos y codos, manos en las caderas, piernas separadas. Cabellos largos, cayéndole a ambos lados de una cara de pómulos salientes, y una boca de trazo sombrío. La típica joven bruja afectada de desnutrición o actuando de estrella en una película de Andy Warhol.

Entre los dos, una bicicleta. No una motocicleta. Sólo los cerdos usan motocicletas.

Karen hizo una distinción mental entre cerdos como insulto y cerdos como animales útiles. Si hacía alguna referencia a la bicicleta debería tenerlo presente. Por otra parte, el anuncio era de pantalones, y valía más concentrarse en dicha mercancía. Empezó a formar frases y a descartarlas. El vocabulario popular del año anterior no servía ya para nada. La nueva generación era conocida como la de la «gente encantadora». Las ropas debían ser pesadas y extrañas; Karen tomó el bloc de notas y redactó un proyecto de frase: *En marcha para la acción*.

No valía la pena perder el tiempo en una descripción de aquellos pantalones. No se compran pantalones a rayas. Se compra al *aspecto* de los pantalones. Pero el aspecto ¿qué significaba? *Profundidad. A fondo. Echar el resto*. El diccionario de frases modernas sonaba como la descripción de las actividades en una casa de fulanas.

Mas por otra parte, ¿quién era ella para expresar un juicio? Se dijo que *aquello* era una casa de fulanas que azuzaba las apetencias de los jóvenes. Y su trabajo, el de una prostituta. Al año siguiente, las frases cambiarían, pero ella seguiría siendo una furcia. A menos de dejar ese empleo y adoptar una profesión honrada. Pero por el momento, necesitaba el dinero, y Bruce también, y lo mejor era continuar con su trabajo.

Sonó el teléfono y Karen tomó el auricular.

—¿Cariño?

Reconoció la voz y el tono del jefe de redactores.

—Sí, señor Haskane.

—Acaba de llamar Girnbach. Quieren también el texto cuando veamos el dibujo esta tarde.

—Estoy trabajando en ello. Quedará listo en veinte minutos.

—¡Espléndido! ¿Lo traerá aquí o voy a su despacho?

—Se lo llevaré en cuanto haya terminado.

—No es preciso que llame. La espero con champán frío y un colchón bien caliente.

Karen dejó que el jefe de redactores colgara sin haberle dado una respuesta. ¡Pobre Haskane! Comprendía su estado de ánimo. Un hombrecillo rollizo y calvo, atrapado en medio del conflicto generacional. Un barrigón sin estómago para afrontar determinadas cosas.

Debía resultar duro trabajar rodeado de visiones fascinantes que nunca podría hacer realidad. De anuncios de pantalones «marchosos» sin comprender las posibilidades que aquello involucraba. Sintiendo celos de los miembros de la empresa que se gastaban cantidades enormes en viajes para obtener fotografías destinadas a la publicidad en las revistas, yendo a Cannes una semana para captar la imagen de una modelo desnuda sosteniendo en alto una bombilla tan bisexual como ella misma. Haskane aportaba las palabras mientras los otros disfrutaban de los hechos.

No era extraño que se mostrara tan descarado por teléfono.

Karen se preguntó qué pasaría si alguna vez le seguía la corriente en alguno de aquellos excesos verbales. Era capaz de caerse muerto mientras se dirigían hacia un motel. O a lo mejor, ¿quién sabe?, le daba una sorpresa.

Aunque lo grave sería si la sorpresa se la daba a sí misma. Después de todo, hacía ya mucho tiempo que no había recorrido la ruta del champán frío y del colchón caliente. ¿Cómo estar, pues, segura de sus propias reacciones? ¿Acaso no vivía sujeta a las mismas presiones que aquél a quien se jactaba de compadecer? Lo que hacía era vender sexo y no comprarlo; actuar de dama de honor, pero nunca de novia. Había sido novia una vez. Luego se convirtió en esposa. La señora Karen Raymond. Aunque sólo de nombre. ¿No se decía así ahora?

¡Al diablo con ellos! Y sobre todo con Ed Haskane y sus insinuaciones. Probablemente, ambos eran tal para cual. No viejos ni feos, pero sujetos a anticuadas costumbres producto de su ambiente cotidiano.

Karen movió la cabeza y no quiso pensar más en el asunto. Volviéndose hacia la máquina de escribir, puso papel y copiador y durante los siguientes veinte minutos, se concentró en la imagen de aquel muchacho displicente y medio desnudo y en su desgreñada compañera, ignorando sensatamente el impulso que la inducía a escribir al pie del anuncio: «Yo, Tarzán; tú, la mona».

La portátil eléctrica zumbaba, mientras ella murmuraba entre dientes, hasta que, finalmente, la página quedó cubierta por una prosa tensa en la que se encomiaban las inefables glorias de un par de pantalones listados con alusiones a la entrepierna, todo ello muy adecuadamente descrito.

Karen sacó el papel de un tirón, depositó una copia en el cajón del escritorio, y sujetó la otra copia y el original, con un clip, a la parte superior del boceto. Se levantó e iba ya hacia la puerta, cuando el teléfono sonó de nuevo.

Volvió al escritorio, descolgó y esperó a que le hablaran.

—¿La señora Karen Raymond?

—Yo misma.

—Un momento, por favor.

Se oyó entonces al comunicante. Ella escuchó sus palabras, diciendo «sí, sí» varias veces y «muchas gracias» sin que le fallara la voz.

Pero al colgar de nuevo, casi no acertó en el soporte, de tal modo le temblaba la mano.

Recorrer el pasillo hasta el despacho de Haskane fue como andar bajo el agua, y cuando tomó el tirador de la puerta, su mano seguía temblando.

Abrió, no obstante, y entró en el despacho de Haskane, e incluso consiguió salir airosa del insípido cambio de impresiones acerca del anuncio.

La voz de Haskane sonaba desvaída, y su cara de luna tenía un aspecto distorsionado y acuoso, como la de esos peces hinchados que nadan tras el cristal de un acuario. Karen logró entender que le gustaba su texto y que quería que lo pasara a limpio para presentárselo al cliente aquella misma tarde, a última hora. ¿Le importaría estar a mano y tomar parte en la reunión, por si se proponía algún cambio?

Karen se ahogaba, le pareció como si se hundiera en la tercera zambullida, pero logró salir a flote en el último instante, tratando de respirar desesperadamente.

Haskane la miró, preocupado.

—¿Le pasa algo?

—Si no le importa, preferiría no asistir a la reunión. Quisiera salir pronto.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí —dijo Karen, aspirando el aire con dificultad.

—Bueno. No creo que haya problemas. Puede retirarse.

—Gracias —dijo Karen, con una mirada de agradecimiento, saliendo a continuación.

Lamentaba no haber podido decirle la verdad.

No quería ver la expresión de su rostro cuando le explicara: «Lo siento, pero tengo que irme en seguida a Topanga Canyon. Acaban de notificarme que mi marido va a salir del manicomio».

# 3

En opinión del fallecido Edgar Cayce, la zona conocida como el sur de California puede hundirse muy pronto bajo el mar.

Por lo general, Karen no hacía caso de predicciones como aquélla, y también ignoraba lo relativo a los peligros de la contaminación y los desastres sísmicos; pero, ahora, no se sentía segura. Circulando a empellones por la autopista de Hollywood se preguntó si el augurio no se habría cumplido ya, porque de nuevo creía estar sumergida bajo el agua. A su derecha las altas colinas parecían estremecerse, a su izquierda la torre del Capitolio oscilaba, y la pista, ante ella, se dibujaba confusa con la negrura de su asfalto.

Sólo la velocidad del coche le confería la sensación de estar relacionada con el elemento aire. Su respiración se aceleró conforme trataba de coordinar sus ideas. El sentido común le aconsejaba saltar por el bordillo de la autopista o acaso aprovechar la próxima salida. Pero ya no había tiempo, puesto que iban a dejar en libertad a Bruce.

*Puesto que iban a dejar en libertad a Bruce.*

Karen intuyó la proximidad de una bifurcación y viró hacia la calzada lateral que la condujo a la autopista de Ventura. El tráfico de media tarde empezaba a condensarse, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la atención fija en la ruta. Aguzó la mirada, pero seguía interiormente borrosa, haciéndola consciente de las profundidades de su entraña visual. Le pareció que su vida entera desfilaba ante sí misma.

Pero ¿qué vida podía recordar? Cierta vez existió una chiquilla que estuvo en Disneyland con papá y mamá. Mas papá y mamá

estaban enterrados y la niña se había convertido de la noche a la mañana en una alta joven rubia, de largas piernas que estudiaba en la UCLA y que se licenció más tarde en periodismo. Karen trató de evocar el campus universitario, pero los cabrilleos oscuros volvieron a surgir ante su vista, nublándole el cerebro.

Luego apareció Bruce, iniciando una lenta aproximación hacia ella, y ambos siguieron su ruta más tarde cogidos de la mano bajo la aplastante presión del agua, mientras de sus bocas surgían tenues murmullos de risas, y sus labios se unían brevemente… muy brevemente. Luego, Karen quedó sola de nuevo, trabajando en la agencia, intentando capear la tormenta, aminorar la fuerza de las olas.

*Por lo que más quieras, basta* —se dijo a sí misma—. *No sigas jugando con las palabras. Ahora no estás redactando textos publicitarios, ni te ahogas en nada… excepto en tus propias recriminaciones*.

Karen parpadeó sintiendo acelerarse su interés, cuando tomaba la calzada derecha que conducía al norte de la autopista de San Diego. Ya estaba bien de juegos de palabras. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo y a dónde quería ir.

Mientras veía la rampa cada vez más cercana, un avión retumbó sobre ella, dejándose caer sobre la pista, deslizándose al otro lado de las calzadas. Lo perdió de vista al enfilar la rampa y descender para tomar una curva a la izquierda que, por un paso inferior, la condujo a la calle.

Avanzando a velocidad reducida, percibió de improviso el aire acre y caliente del valle de San Fernando. De su imaginario mundo submarino había pasado a un desierto. En un tiempo no muy lejano, también el valle había sido un desierto arenoso, hasta que un millón de colonos se instaló en él, invadiéndolo con sus enclenques arbustos y sus casitas parecidas a cajas de galletas. Pero a pesar de los supermercados, las boleras, los talleres de reparación de automóviles, los cines al aire libre, los bares de hamburguesas y las funerarias también al aire libre, aquello continuaba siendo un desierto. El viento impulsando la arena por los aparcamientos de los centros comerciales, donde los descendientes de los laboriosos pioneros compraban pantalones a rayas como los que Karen

inmortalizara en su proyecto publicitario.

Karen siguió su ruta hacia el oeste, con el sol de cara; torció hacia el norte luego de un «stop» luminoso y continuó bordeando el dilatado espacio del aeropuerto, a su derecha, donde el avión que antes pasara sobre ella, se desplazaba pesadamente después de aterrizar. Entró por la tercera puerta y se detuvo, finalmente, junto a unos monoplanos que se agrupaban al lado de un hangar con techo de hojalata, como inertes abejas metálicas ante un panal vacío.

Anexa al almacén se veía una edificación cuadrangular, de tablones, con un letrero medio despintado en el que se leía: *Raymond's Charter Service*. Sobre la puerta, un rótulo menor indicaba: *Oficinas*. De pie ante dicha puerta, entornando los ojos por causa del sol, estaba Rita Raymond viendo acercarse a Karen.

Al verla, Karen se dijo por enésima vez: *Cuánto se parece a Bruce*. Y también por enésima vez volvió a sentir la misma sensación de titubeo al acercarse a ella. Porque sabía muy bien que no obstante el asombroso parecido físico con Bruce, Rita era muy distinta a él.

Rita era alta, de pelo oscuro, cara bronceada y ojos castaños y sombríos. Vestía pantalón tejano, botas y una camisa descolorida, de manga corta. El conjunto no disimulaba en modo alguno la anchura de sus caderas y la evidente plenitud de sus senos. Los ojos, la nariz y la boca podían ser idénticos a los de Bruce, pero aquel cuerpo era exclusivamente suyo. En opinión de Karen, el físico de Rita debía constituir una propiedad muy personal, porque nunca había visto a la hermana mayor de Bruce acompañada de ningún hombre. Si disfrutaba de una vida sexual debía hacerlo muy a escondidas, en contradicción con la exuberancia de tales atributos. Pero era capaz de profundos afectos: le gustaban los aviones, los minuciosos cuidados mecánicos que les prodigaba, el volar, y asimismo amaba a su hermano.

*Pero no a mí,* se dijo Karen. Y vaciló una vez más sintiendo la mirada incisiva de Rita.

Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir acercándose, obligarse a una sonrisa y a un saludo.

—Veo que ya te has enterado de la noticia —dijo Rita.

—Sí —repuso Karen con voz insegura—. ¿Te han llamado a ti también?

—El doctor Griswold me telefoneó anoche.

—¿Anoche?

Karen no pudo impedir cierta expresión de sorpresa. En cambio, Rita no alteró su actitud. Se hizo a un lado y la invitó a entrar.

—Pasa.

Una vez dentro, Rita le indicó un asiento junto al gran ventilador eléctrico puesto en el suelo. Karen percibió en seguida la fuerte vibración del aparato, cuyo chorro de aire agitaba los mapas de vuelo clavados en la pared.

—Supongo que pensarás ir —inquirió Rita.

—Desde luego. Ya estoy en camino.

—¿Ahora? ¿Esta noche?

—Salí del trabajo apenas recibí el recado —manifestó Karen sintiéndose nerviosa bajo la mirada inflexible de Rita. El aire del ventilador le agitaba el cabello—. ¿Crees que iba a retrasarme un minuto más de lo necesario?

—No —dijo Rita moviendo la cabeza—. Ya le advertí a Griswold que no esperarías.

—Ya he esperado bastante… Hace más de seis meses. ¿No crees que es hora de que vea a mi marido?

—No es ésa la cuestión —replicó Rita—. Se trata de un caso clínico.

—El doctor Griswold me dijo que podía ir. Quiere que Bruce me vea. ¿No te ha informado de ello? Su reacción le hará decidir si está o no en condiciones de ser dado de alta.

—Lo sé —dijo Rita encendiendo un cigarrillo y dando una profunda chupada—. Pero me acuerdo de la última vez que lo visitaste.

—Entonces Bruce estaba enfermo… las dos lo sabemos. Ahora ha recuperado la normalidad. Tú misma lo dijiste.

Rita exhaló el humo. El aire del ventilador lo convirtió en un halo gris que, al disolverse, enmarcó su cara.

—Te dije que entonces me pareció totalmente normal. Y ha ido mejorando una semana tras otra —el halo se disolvió y Karen pudo

ver de nuevo la fría mirada—. No debes olvidar una cosa importante: que soy su hermana. Y que nunca tuvo motivos para enfadarse conmigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Karen sintiendo cierta tensión en la mandíbula y las sienes—. ¿Insinúas que soy la responsable de lo sucedido?

La única respuesta fue seguir oyendo el zumbido monótono del ventilador. Karen pensó: *Con todas esas insinuaciones intenta disimular el odio que siente hacia mí. Quiere que sea yo la culpable*.

Le latían las sienes y su mandíbula se había puesto tan rígida que le era difícil articular palabra. Finalmente pudo decir:

—De acuerdo. Soy yo la responsable de que Bruce ingresara en el sanatorio. Tú lo has ido a ver cada semana. A mí me dijeron que no lo hiciera y no lo hice. He estado seis meses sin aparecer por allí. Ahora tengo permiso y pienso aprovecharlo. Si está en condiciones de salir, ello forma parte de mi responsabilidad. He de procurar que no permanezca encerrado ni un minuto más de lo necesario.

Rita aplastó la colilla.

—Sólo quiero añadir una cosa —dijo entornando los ojos al mirarla—. ¿Y si no estuviera completamente restablecido? Supongamos que al verte empeora otra vez. ¿Estás también dispuesta a aceptar esa responsabilidad?

Karen tuvo que callarse, mientras el eco de la pregunta quedaba pendiente en el aire.

—¿Por qué te llamó Griswold antes que a mí? —preguntó finalmente.

—Porque he estado visitando a Bruce todo este tiempo, y quería conocer mi opinión antes de decidirse.

—¿Y se la has hecho saber? —la voz de Karen era casi inaudible —. Le dijiste que Bruce no estaba en condiciones para verme.

—Le dije la verdad —contestó Rita—. Es decir, que a mi modo de ver, resulta peligroso poneros frente a frente sin haber advertido a Bruce con anterioridad. Me contestó que lo pensaría.

—Entonces, si me llamó hoy, es porque lo ha pensado. —Karen se levantó—. Pues bien, si él está dispuesto a correr ese riesgo, yo también.

—No sois sólo tú y Griswold quienes corréis el riesgo, sino

también Bruce —dijo Rita—. ¿Es que no te das cuenta?

Karen empezó a caminar hacia la puerta, pero Rita se interpuso rápidamente en su camino, sujetándole un brazo con sus fuertes dedos.

—Te lo advierto. No vuelvas con mi hermano.

Karen se liberó de un tirón.

—Es mi marido —repuso—. Y quiero que viva conmigo.

—No vayas a verle.

La dura voz de Rita se confundió con el zumbido del ventilador conforme Karen la empujaba y salía de la estancia. Rita no hizo ningún intento para seguirla, pero cuando Karen se deslizaba en su asiento del coche creyó oír que la llamaba. El ruido del motor le impidió oír sus palabras y la escasa claridad reinante tampoco le permitió ver la expresión sombría de su cara.

Karen tomó la curva y bajo la luz crepuscular se dirigió velozmente hacia la verja de salida, tras de lo cual torció a la derecha enfilando la calle, hacia el sur.

Se había hecho de noche con una rapidez inusitada.

# 4

La luna se elevaba sobre las colinas cuando Karen salió de la autopista tomando una carretera lateral que llevaba a los bosques.

En la distancia, pudo percibir fugazmente por última vez las luces del lugar donde se había detenido para repostar gasolina y comerse un emparedado. Luego, el distante resplandor desapareció definitivamente. La niebla se arremolinaba sobre las curvas de la carretera y Karen puso las luces cortas del vehículo, reduciendo la velocidad, hasta convertirla en un avance lento y precavido conforme el automóvil iba tomando los sucesivos virajes.

No había tráfico alguno ni señal de casas habitadas en aquellas colinas boscosas. La luna se fue elevando y en algún lugar lejano un coyote le pagaba su lúgubre tributo.

La niebla era ya muy espesa cuando Karen alcanzó la bifurcación, pero aún así, percibió el pequeño y modesto letrero sobre una tabla blanca que proclamaba *CARRETERA PARTICULAR*, y torció hacia la ruta de grava que serpenteaba entre los corpulentos árboles.

En un cierto lugar del camino la luna se ocultó, no quedando otra luz más que la de los faros al inferir sobre la ruta. Dos minúsculas pupilas amarillas miraron el vehículo, por breves instantes, desde el borde del camino, y en seguida desaparecieron con toda rapidez por entre la maleza, dejando a Karen sola.

De pronto, se encontró ante una alta cerca de alambre que marcaba el final del camino. Era de proporciones gigantescas y se curvaba a ambos lados de la carretera hasta donde la vista podía alcanzar, partiendo de una puerta igualmente muy alta. Karen comprendió la finalidad de aquella protección sin sorprenderse lo

más mínimo. Lo que sí la dejó estupefacta fue comprobar que la puerta estaba abierta de par en par y por un momento quedó dubitativa, pero luego recordó que estaban esperando su llegada.

Atravesó la puerta, entrando en un camino asfaltado que serpenteaba por entre los árboles. Luego, éstos se fueron aclarando y la luna volvió a salir cual si atisbara la silueta confusa de la casa.

Karen se dijo que en realidad se trataba de algo más que de una casa. Su constructor había realizado en ella el sueño de una mansión situada en un paraje de esplendor solitario. Constaba de dos pisos de ladrillo, con una imponente fachada y alas a ambos lados. La mansión de un millonario en los tiempos en que un millón de dólares significaba, todavía, una enorme cantidad de dinero.

Ahora, la casa estaba destinada a otros fines. Era un «centro de reposo», según el cortés eufemismo empleado al designarla, y sus ocupantes, aunque no millonarios, estaban lejos de poder considerarse pobres. Como Karen muy bien sabía, se necesitaba bastante dinero para contar con los servicios del sanatorio privado del doctor Griswold. Nada tenía, pues, de extraño que aquella residencia quedara limitada a una media docena de ocupantes.

Rodeando el camino, Karen se detuvo ante la entrada principal. La silueta de la casa no estaba, ahora, completamente a oscuras, ya que podía distinguir tras las cortinas corridas que cubrían las ventanas, algunas líneas de luz que arrojaban determinados reflejos sobre las rejas de protección.

Karen abrió la puerta del automóvil y la luz automática iluminó el interior. Se examinó la cara por unos momentos en el cristal retrovisor. Estaba bien peinada y su maquillaje se conservaba intacto desde que lo repasara en el lavabo del café. Sin embargo, tenía un aspecto un poco fatigado y tenso. Desde el momento de partir se había propuesto, con toda energía, borrar de su mente la conversación con Rita, pero algunas frases aún seguían resonando en su cerebro. *¿Y si todavía no está en condiciones? ¿Y si el verte le altera de nuevo? Es un gran riesgo, te lo advierto…*

Aún no era tarde para rectificar. Podía cerrar la puerta del coche, dar media vuelta y volver a su casa. ¿Su casa? ¿Aquel apartamento vacío por el que llevaba deambulando, sola, durante los últimos seis meses? Demasiado tiempo, desde luego.

Esforzándose por sonreír salió del coche, caminó hacia la puerta y pulsó el timbre. No hubo respuesta.

Volvió a insistir y oyó cómo su apagado zumbido se perdía en el silencio. Eran sólo un poco más de las nueve y aunque el servicio fuera escaso, le pareció imposible que todo el mundo estuviera acostado.

Bajó la mano para probar el tirador y descubrió que éste giraba y que la puerta se abría.

Entrando en el vestíbulo de alto techo y débilmente iluminado, pudo ver en rápida ojeada un suelo de baldosas, paredes cubiertas de madera y oscuras puertas cerradas a ambos lados del recinto, así como una alta y amplia escalera, en la parte frontal. Al pie de la misma, se encontraba una lámpara junto a un pupitre de recepción. Y sentada tras de él había una mujer con uniforme blanco: la enfermera de noche.

Karen vaciló por un instante esperando que la mujer la saludara. Pero se limitó a mirarla sin pronunciar palabra. Conforme se acercaba al escritorio pudo observar que la mujer no sólo la observaba fijamente, sino que estaba como enfurecida. Karen se obligó a forzar aún más su sonrisa. La luz de la lámpara aumentó su brillo, reflejándose en los saltones ojos de la enfermera.

Unos ojos saltones… y una cuerda oscura ceñida fuertemente al cuello de la mujer…

Karen dejó escapar un grito ahogado mientras que, involuntariamente, su mano se alargaba para tocar el hombro de la enfermera. La rígida figura sentada se desplomó de bruces sobre la mesa.

No hubiera servido de nada gritar. De nada, tampoco, tomar el teléfono, puesto que su cordón había sido arrancado y utilizado como dogal.

De nada servía tampoco quedarse allí sin saber qué hacer. Era preciso marcharse cuanto antes, mientras la puerta estuviera abierta. Karen se volvió y fue entonces cuando pudo ver que salía humo por debajo de la otra puerta, la que estaba cerrada en el extremo opuesto al ocupado por el escritorio. Karen recordaba

aquella puerta desde su última visita. Era la que daba paso al despacho particular del doctor Griswold.

Se acercó a ella, agarró el tirador y abrió de golpe. Por un momento se vio obligada a cerrar los ojos, mas consiguió abrirlos de nuevo y mirar al frente.

Con una inmensa sensación de alivio, pudo ver que la habitación estaba vacía y que no había allí ningún incendio. El humo procedía de la chimenea situada en la pared opuesta, de la que llegaba también un hedor penetrante a papel quemado cuyos restos se habían ido amontonando sobre los brillantes leños.

Había trozos de papel rotos y esparcidos por toda la alfombra y multitud de sobres vacíos. Algunos cubrían, también, la superficie de la mesa, y unas cuantas hojas colgaban de los cajones abiertos de varios archivadores metálicos, situados en un rincón.

Karen percibió entonces otra clase de tufo. ¿Habrían vertido algo sobre los leños para provocar las llamas? No se trataba de petróleo o de gasolina, sino de algo que despedía un hedor acre imposible de reconocer.

Karen avanzó, mirando los pedazos quemados de papel esparcidos por el suelo. No había nada que indicara la procedencia del otro olor, ni tampoco la de aquel zumbido continuo que sonaba lejano y persistente.

*El extraño zumbido…*

Karen se volvió y pudo ver la puertecita situada en el lado opuesto de la chimenea y la línea de luz que brillaba por su rendija inferior. El zumbido procedía de allí.

Antes de percatarse con claridad de lo que estaba haciendo, Karen se había acercado a la puerta y la abría.

En el centro de la pequeña estancia de blancas paredes había un sillón; un sillón muy especial de brazos acolchados y soporte para la cabeza; un sillón provisto de muchos alambres que se extendían por doquier, como los hilos de una tela de araña.

Karen reconoció aquello como lo que era: una unidad destinada a la terapia de electro-shock. El zumbido procedía de una vitrina situada detrás y de la que surgían las conexiones. Cada una de ellas terminaba en un electrodo aferrado a la piel desnuda de las sienes, la nuca y las muñecas del cuerpo que aparecía sujeto con correas al

sillón. Karen reconoció en seguida a la persona.

—¡Doctor Griswold!

Pero Griswold no respondió. Continuó sentado, donde estaba; atravesado por la corriente zumbadora, con su rígido cuerpo sacudido levemente por impulso de las descargas. Los electrodos estaban fijos a él por medio de tiras de esparadrapo, sin ninguna esponja que protegiera la piel. Karen comprendió ahora cuál era el origen de aquel tufo.

Era un olor a carne quemada.

# 5

Karen salió corriendo del sanatorio, acuciada por la idea de alejarse de allí cuanto antes.

En realidad no se trataba sólo de un impulso consciente, sino más bien de una fuerza tan ciega como el pánico que la había provocado; tanto como la niebla que ahora atravesaba dificultosamente con el coche siguiendo las curvas de la carretera entre los bosques, en su camino de regreso a la autopista.

Hasta cierto punto, las dificultades del sendero le resultaron beneficiosas, porque el conducir la ayudó un poco a controlar su pánico, y al llegar a la bifurcación, se había calmado casi por completo. La tenue claridad que emanaba la estación de servicio le indicó que habían cerrado aquella noche. Pero vio en el exterior la cabina telefónica y se dijo que debía detenerse y hacer una llamada.

Más tarde, Karen no pudo recordar en absoluto qué había dicho a la Policía, pero sí que ello bastó para poner en movimiento a los agentes. No quiso darles su nombre, y prometió quedarse esperando su llegada, aunque en su interior no tenía intención alguna de hacerlo y así lo había decidido, incluso antes de hacer la llamada.

Pensaba que, una vez las autoridades quedaran advertidas, era de su competencia ocuparse del caso. ¿No había dicho Bruce que la idea de servicio consiste en cumplir con el deber, permanecer en el puesto y no ofrecerse nunca voluntario? Pues bien, ella había cumplido con su deber y ahora todo era cosa de la Policía. No podía quedarse allí, porque hubiera significado verse envuelta en el asunto y complicar, también, a Bruce. Y no podía involucrarlo en modo alguno, teniendo en cuenta sus antecedentes y su historial clínico. Así pues, colgó el auricular cortando bruscamente la

comunicación en mitad de una frase, y volvió al coche convencida de que cuando los agentes llegaran a la estación de servicio ella se encontraría tan lejos que no podrían localizarla.

Lo que no pudo prever es que iba a tener dificultades con la puesta en marcha del automóvil.

No se trataba de la gasolina ni del carburador o de cualquier otra parte del mecanismo. El problema era sólo que le temblaban los dedos hasta tal punto que no le era posible dar vuelta a la llave de contacto. Estaba tranquila y con perfecto dominio de sí misma, pero el cuerpo le temblaba de manera incontrolable. No sentía sensación alguna concreta, tan sólo una especie de adormecimiento. *Estoy sufriendo un ataque de nervios*, pensó.

Si por lo menos pudiera llorar o gritar, quizá lograra efectuar algún movimiento. Por el momento, únicamente sentía el incesante temblor de sus manos al intentar manipular la llave mientras la imagen del cuerpo de Griswold sacudido por los impulsos eléctricos seguía fija en su mente. Al levantar la vista vio reflejados en el espejo retrovisor los ojos del cadáver.

Cerró los párpados y se apretó las manos, estremecida.

Seguía sentada allí cuando el coche de la Policía emergió de la niebla proyectando la luz de sus faros.

En el coche iban tres hombres. El sargento Cole se mostró muy cortés y agradable, esperando paciente hasta que ella consiguió abrir su bolso y sacar la licencia de conducir. Seguía sin poder dominar el temblor de sus dedos, en cambio, de modo extraño, su voz era firme. Al principio rehusó de plano acompañarles al sanatorio mental, pero el sargento Cole le dijo que uno de sus hombres se haría cargo del volante y le aseguró que no la obligarían a mirar los cadáveres.

El agente que condujo el coche de Karen hasta el sanatorio era un hombre de mediana edad, bajo y robusto, llamado Montoya. Su compañero, Hyams, más joven y esbelto, se situó junto a Karen en el asiento trasero.

Karen no hubiera podido imaginar nunca verse escoltada de aquel modo. Al principio se sintió tan sólo algo confusa. Luego se dijo que aquello era una medida de precaución, y la idea le produjo un gran impacto sacándola de un transtorno, para sumirla en otro.

¿De modo que la consideraban sospechosa?

Karen se sintió angustiada y cambió de posición, nerviosamente, esperando que uno de sus acompañantes rompiera el silencio y empezara a formularle preguntas.

Mas no hubo pregunta alguna. Montoya mascaba goma concentrándose en la carretera, mientras el coche patrulla los seguía a muy poca distancia. En cuanto a Hymans, parecía muy tranquilo, como si estuviera medio dormido. Sin embargo, cuando ella alargó la mano hacia su bolso para sacar un pañuelo, la diestra del policía se situó rápidamente a escasos centímetros de la culata del revólver que asomaba de su funda. Karen lo vio y él sonrió, aunque la mano siguió allí, durante el resto del camino.

Finalmente el coche aparcó en la calzada ante el enorme edificio. Hyams no hizo intención de salir y continuó junto a la mujer.

—¡Espere! —dijo Cole a su compañero una vez hubo salido del coche patrulla. Después hizo una seña a Montoya—. Vámonos.

La puerta delantera del auto estaba abierta. Karen se dio cuenta de que Montoya no la había cerrado al bajar. Los dos hombres desaparecieron en el interior de la mansión. Karen los vio alejarse retorciendo el pañuelo entre sus dedos. Aunque Hyams no decía nada, ella tenía la sensación de que vigilaba todos sus movimientos.

Pareció transcurrir mucho tiempo hasta que el sargento Cole emergiera otra vez de la casa. Ahora caminaba con mucha rapidez moviendo las piernas como tijeras que cortaran el camino hacia el coche patrulla. Abrió la puerta, se metió en el asiento delantero e, instantes después, Karen pudo oír el rumor producido por el intercomunicador. No pudo distinguir lo que decía, pero su mensaje fue bastante prolongado. Se preguntó si habría localizado a otro miembro del personal del sanatorio o a algún paciente y qué habría sabido por ellos.

Finalmente, regresó al coche de Karen e hizo una seña a Hyams para que bajara el cristal de la ventanilla en el lado que ocupaba.

—¿Quiere venir conmigo?

La pregunta iba dirigida a Karen, pero fue Hyams quien hizo una

señal de asentimiento. Todo muy correcto y cortés. Si Karen rehusaba, serían igualmente corteses y correctos en arrastrarla hacia el interior del edificio.

¿O quizá era injusta con ellos al pensar así? Posiblemente porque cuando entraron en el vestíbulo, el sargento Cole avanzó situándose delante de ella para ocultarle el interior de la sala de recepción. Así, pues, cumplía con su promesa de que no volvería a ver los cadáveres.

—Por aquí —dijo, indicando una puerta abierta a la izquierda.

Cuando Hyams la conducía hacia la misma, pudo ver, fugazmente, a Montoya bajando la escalera situada al final del vestíbulo. Incluso, bajo la escasa luz reinante, a Karen le pareció que su cara atezada tenía un aspecto intensamente pálido; quizá fueran imaginaciones suyas.

El sargento Cole hizo una seña a Montoya conforme éste se acercaba.

—Ya han salido hacia acá. Cuando lleguen quiero que se pongan en seguida en movimiento e inicien las operaciones pertinentes. Me uniré a ellos en cuanto pueda. A menos de encontrar algo que nosotros no hayamos visto, no quiero que me molesten.

—De acuerdo —asintió Montoya.

Cole se hizo a un lado e indicó a Karen que traspusiera la puerta. Él la siguió junto con Hyams.

La habitación era, evidentemente, un estudio con estanterías que ocupaban dos de sus paredes desde el suelo hasta el techo. Había cortinas en las ventanas del tercer muro, y en el cuarto, al fondo, se observaban multitud de diplomas y certificados médicos vistosamente enmarcados. Karen miró la mesa escritorio y los dos enormes y anticuados sillones de cuero situados ante ella, y se dijo que aquello ya lo había visto antes. En efecto, había estado en la misma habitación con Bruce, cuando lo interrogaron antes de internarle.

El sargento Cole era, ahora, quien ocupaba la mesa, mientras Hyams, y no Bruce, se encontraba a su lado. El doctor Griswold había muerto, y Bruce…

*¿Dónde estará? ¿Por dónde andará en estos momentos*? Cerró los ojos, mientras exhalaba un silencioso grito.

—¿Se encuentra bien, señora Raymond? —la voz de Cole sonó suave y amistosa.

Karen parpadeó y miró sus ojos.

—Siéntese, por favor.

Ella ocupó el sillón más cercano al escritorio, consciente de la fría presencia de Hyams.

La sonrisa de Cole parecía despreocupada y tranquila, aunque Karen observó que tenía en la mano un bolígrafo con el que se disponía a escribir sobre un bloc de papel abierto sobre la mesa. Los movimientos de los dos hombres mostraban un aire inseguro; sin embargo, daban la sensación de saber muy bien lo que estaban haciendo. Karen recordó con qué rapidez la mano de Hyams había bajado hasta colocarse junto a la culata de su revólver cuando iban en el coche.

*Procedimientos reglamentarios. Interrogatorio del testigo. ¿Testigo o sospechoso? Tendría que tener mucho cuidado; un cuidado muy especial.*

—Señora Raymond, quisiéramos que nos contara lo sucedido.

Lo más curioso de aquello era que, mientras Karen hablaba, se iba sintiendo cada vez más tranquila. Supuso de antemano que Cole le preguntaría el motivo por el que Bruce estaba en el sanatorio y ya tenía la respuesta preparada; no obstante, lo que no pudo prever fue que no haría más preguntas acerca de su «desequilibrio nervioso». Cuando Karen hubo notado que sus explicaciones eran aceptadas, no tuvo ya dificultad en proseguir.

Les contó cómo Griswold la había llamado a su oficina y, a petición del sargento Cole, dijo exactamente la hora. También les contó, aunque de modo aproximado, cuándo había visto a Rita, y al interrumpirle Cole, le dio también las señas y el teléfono de aquélla.

Hasta entonces, todo pareció marchar bien. Pero ahora, al iniciarse el relato de su conversación con la hermana de Bruce, tendría que evitar a toda costa referirse a la advertencia de su cuñada y a su opinión de que Bruce no estaba restablecido del todo.

¿Cómo lograrlo?

La ayuda le vino del exterior, en forma del aullido penetrante de

unas sirenas. Luego oyó rumor de pasos al otro lado de la puerta en el vestíbulo, acompañado de un profundo murmullo de voces diversas.

El sargento Cole frunció el ceño e hizo una seña a Hyams.

—Dígales que no hagan tanto ruido —le ordenó.

Hyams se levantó y fue hacia la puerta. Al abrirla se escuchó un barullo tremendo. Salió y, momentos después, el ruido había amainado considerablemente. Hyams volvió a entrar en la habitación cerrando la puerta y volvió a sentarse. Cole miró a Karen.

—¿Decía usted?…

Era fácil reanudar el hilo de su historia, tomándolo en el punto en el que había dejado a Rita para enfilar el camino hacia el sur. Fácil proporcionar a Cole un informe de todos sus movimientos que él pudiera anotar en el bloc: la parada para poner gasolina, el bocadillo, la ruta por entre la niebla y su llegada al sanatorio.

—¿Ha dicho las nueve?

—Aproximadamente. Quizá unos minutos después.

Nuevo rumor de pasos, ahora en el piso de arriba. Cole miró rápidamente hacia el techo, aunque no dijo nada. Hizo una seña a Karen para que prosiguiera.

Ella se sentía titubeante, y no porque tuviera necesidad de ocultar algo, sino por lo doloroso de revelar algunas cosas.

Sin embargo, las preguntas de Cole la guiaron, paso a paso, a través del camino, llevándola hasta la puerta principal de la casa. ¿Qué ocurrió cuando hubo tocado el timbre? ¿Cómo descubrió que la puerta estaba sin cerrar con llave? ¿Qué fue lo primero que notó al entrar?

Las preguntas la fueron llevando de nuevo al interior del edificio. ¿Cuándo vio a la enfermera? ¿Cuál fue su reacción al comprobar que estaba muerta? ¿Pensó en localizar un teléfono en alguna otra habitación y llamar a la Policía?

Pensó que aquello era lo que se denomina simbiosis. Él volcaba interrogantes y ella aportaba respuestas. Pero las primeras eran cada vez más difíciles de asimilar y se preguntó si sus contestaciones resultaban coherentes.

Karen le contó lo del humo y él quiso saber qué había llamado

primero su atención, si lo que vio o lo que olió.

Ante su sorpresa a la vista del despacho de Griswold, Cole le fue extrayendo, poco a poco, una completa descripción del aposento y de su contenido.

Llegó luego la parte más escabrosa: la entrada en la otra habitación y el descubrimiento del cuerpo de Griswold. Karen no podía permanecer en aquella estancia de manera prolongada ni siquiera en el recuerdo. La evocación de la imagen y el tufo le provocó un acuciante deseo de huir y precipitó su relato hasta el momento en que, efectivamente, había echado a correr.

Cole levantó el bolígrafo del bloc y le hizo señas de que detuviera su avalancha de palabras.

—Perdone, señora Raymond. ¿Dice usted que se volvió y salió corriendo del despacho del doctor Griswold hasta llegar al vestíbulo?

—Sí.

—¿Qué hizo a continuación?

—Me dirigí a la puerta principal.

—¿Directamente?

—En efecto.

Cole detuvo la escritura sobre el papel, y sonrió a Karen.

—¿Supongo que estaría trastornada, verdad?

—¿Trastornada? Estaba horrorizada.

Cole hizo una señal de asentimiento.

—Descanse y piense un momento. Quizá haya algo que no haya recordado, algo que también sucediera —Karen negó con la cabeza.

—No lo creo.

—¿Subió la escalera? —murmuró Cole.

—No.

—Dice que se sentía presa de pánico, casi conmocionada. ¿No sería posible que hubiera hecho algo sin darse cuenta de sus actos?

Karen frunció el ceño.

—Salí corriendo de la casa —dijo.

—¿Está segura de no haber subido las escaleras antes de salir?

—¿Por qué había de hacerlo?

En aquel momento se abrió la puerta y Montoya entró en el despacho. Karen se volvió y le vio de pie algo más allá. Cole le

miraba.

—Lamento interrumpirlo, sargento.

Cole hizo una señal de asentimiento.

—¿Qué sucede?

—Ya han terminado con Griswold y la enfermera —dijo Montoya—. Pero antes de acabar con su tarea han pensado que quizá usted quiera echar una mirada a los cadáveres que hay arriba.

# 6

La luz en el departamento de interrogatorios era muy intensa. Karen pudo ver las gotas de sudor frío que se formaban en las sienes grises del sargento Cole. Podía ver, también, cada una de las arrugas de la cara fruncida del otro policía, el teniente Barringer, reunido allí con ellos.

Normalmente era el sospechoso quien se estremecía ante las preguntas; en cambio, ella sentíase tranquila, mientras los policías estaban sudorosos y cansados.

No es que se lo recriminara, teniendo en cuenta las circunstancias. La enfermera estrangulada en su lugar de trabajo, Griswold muerto y dos cadáveres más en el piso de arriba. Ahora sabía quiénes eran las víctimas: un asistente llamado Thomas y una enferma de edad avanzada. El asistente había sido acuchillado y la enferma había muerto, al parecer, de un ataque al corazón; aunque, por el momento, no estaba todavía bien aclarado. Lo único realmente cierto era la existencia de los cuatro cadáveres: tres miembros del personal y una paciente.

Otras cinco habitaciones del piso superior mostraban signos de haber sido ocupadas, es decir, que cinco pacientes más se alojaban en el sanatorio al producirse los hechos. No obstante, no se había descubierto aún su paradero.

Aquellas personas no sólo habían desaparecido, sino que todas sus referencias, todo medio de identificarlas, quedaron destruidos por el fuego en la chimenea de Griswold.

Cinco enfermos mentales desaparecidos. Esfumados. Con sólo uno de ellos, Bruce, identificable por su nombre. Y todo parecía apuntar a la conclusión de que uno o más de aquellos pacientes

asesinaban a mansalva.

Pero ¿quiénes eran?

¿Dónde se encontrarían en aquellos momentos?

No era extraño que el teniente Barringer frunciera el ceño cuando Karen sacudió la cabeza negativamente.

—Lo siento —dijo—. No conozco sus nombres. Nunca vi a ninguno. Ya les he dicho que no había visitado a mi esposo mientras estaba en el sanatorio.

—¿Por qué motivo?

—Porque el doctor Griswold consideraba mejor mantenerme alejada. Bruce parecía tan perturbado…

—¿Perturbado?

Barringer recogió la palabra sin que Karen pudiera impedirlo. Valía más no eludir el tema, ya que, aunque ella no hablase, igualmente lo sabrían por Rita.

—Desde luego. Estaba en tratamiento, debido a su condición nerviosa desde que volvió del Vietnam.

—¿Drogadicto?

—No. Nunca tomó drogas.

—¿Está segura?

—Desde luego. Soy su mujer, y de haber sucedido lo sabría.

—¿Cuál era, pues, el motivo de su desequilibrio?

—Los nervios.

—Por favor, señora Raymond, la gente no se pasa seis meses en un sanatorio mental a menos de haberse establecido alguna forma de diagnóstico. Es posible que el doctor Griswold le dijera algo más. ¿Qué síntomas tenía? ¿Qué había hecho para que tuviera que sacarlo de casa?

—¡Yo no lo saqué de casa! Fue él quien quiso partir.

Al oír el eco penetrante de su propia voz, Karen se dio cuenta de que estaba al borde de un ataque de histerismo. Si quería ayudar a Bruce, era preciso que se dominara.

Calmándose un poco, vio cómo Barringer se acomodaba en un sillón al otro lado de la mesa, miraba a Cole y luego la miraba a ella.

—Lo siento, señora Raymond. Comprendo su estado de ánimo.

—¿De veras?

—Desde luego. Usted ha sufrido una impresión profunda, está cansada y no le gustan estas preguntas —dijo Barringer, con un tenue suspiro—. Bueno. Tampoco a nosotros nos gustan. Lo malo es que hemos de obtener alguna respuesta concreta. Y por el momento es usted la única que nos puede ayudar.

—Les he contado la verdad.

—La creemos.

—Entonces, ¿qué más desean de mí?

—El resto de la verdad. La parte que todavía no nos ha relatado.

—¡Pero si no hay nada más!

Barringer miró otra vez a Cole, y éste guardó silencio. Aunque, desde luego, nada tenían que decir ninguno de los dos. Limitáronse a permanecer sentados esperando a que Karen se derrumbara y les narrara lo que querían oír. Más tarde o más temprano lograrían su objetivo, y en cuanto se hicieran con ella, se harían también con Bruce.

A menos que…

—Un momento —dijo Karen, respirando con fuerza. Los dos la miraron súbitamente.

—Acabo de acordarme de algo.

Ahora fue Cole quien dirigió una viva mirada a Barringer como si quisiera decirle: *Lo ve, ya se lo advertí. Está dispuesta a contarlo todo*. Mas Barringer siguió con su juego, el antiguo juego de la paciencia, que conocía tan bien. Así es que no reaccionó. Mirando a Karen, exclamó:

—Continúe.

—Yo solía llamar al sanatorio una vez por semana para que me dieran noticias. Por lo general, hablaba con el doctor Griswold; algunas veces no estaba y era la enfermera quien se ponía al aparato. Tenía el turno de día. Tengo el convencimiento de que si pueden hablar con ella, les dirá el nombre de los otros pacientes.

Barringer se había inclinado un poco hacia adelante.

—¿Cómo se llamaba?

—Dorothy. Dorothy Anderson.

El sargento Cole estaba ya escribiendo en su papel.

—¿Tiene idea de dónde vive?

—No estoy segura —dijo Karen, vacilante—. Creo recordar que

hace unos meses tenía intención de mudarse. Sí, sí, en efecto. Se iba a un piso, en Sherman Oaks.

# 7

Es de sobra conocido el dato histórico de que William Tecumseh Sherman nunca pisó Sherman Oaks. Estaba demasiado ocupado, atravesando Georgia.

Dorothy Anderson lo envidiaba.

Por lo que recordaba de sus tiempos escolares, la marcha a través de Georgia no fue exactamente una excursión. Debió de hacer un calor espantoso, aunque quizá no tanto como el que reinaba en su apartamento de un solo dormitorio en el primer piso. Y el ruido que debieron soportar los soldados no sería tampoco peor que el que ella padecía, cada fin de semana, cuando sus vecinas, dos azafatas de las líneas aéreas, ofrecían hospedaje a su propio ejército particular de voluntarios, reclutados en el bar «Swinging Singles», del Magnolia Boulevard.

Dorothy nunca había visto ninguna magnolia en el Magnolia Boulevard. Y, pensándolo bien, tampoco había visto muchos robles en el Robledal de Sherman.

El único motivo que la impulsó a tomar aquel piso había sido lo adecuado de su ubicación: a dos manzanas de la autopista y a menos de media hora del sanatorio del que, según pensaba, saldría cada tarde a las seis treinta, quedando libre para el resto de la jornada.

El inconveniente residía en que, con ciento cincuenta dólares al mes, no se pueden conseguir grandes comodidades en un hogar actual. Por ejemplo, aquella misma noche, a pesar del acondicionador de aire que zumbaba en la pared, el lugar estaba caliente como un horno.

En cuanto a libertad, ¿hasta qué punto podía considerarse libre?

Para Dorothy, libertad significaba poder ir de compras al supermercado, cargar con las provisiones hasta casa, desempaquetarlas, prepararse la cena en el viejo fogón y sentarse a la mesa para un menú a base de congelados acompañados de una apetitosa y auténtica salsa, deliciosamente caliente gracias al milagro del gas natural. O eso, al menos, era lo que proclamaban los anuncios. A Dorothy le hubiera gustado saber en qué consistía el disfrute de una comida sin salsa auténtica y sin gas natural.

Desechó la idea. Si no era consecuente, acabaría por comportarse como los pobres chiflados del sanatorio.

Dorothy quitó la mesa y lavó los platos. Era un trabajo que los enfermos no hacían porque, en realidad, ninguno de ellos era pobre, en el sentido estricto de la palabra. Por el contrario, ellos o sus familiares tenían mucho dinero. Habían de tenerlo, forzosamente, considerando los precios que imponía Griswold. A cambio de aquel dinero, recibían un tratamiento regio, disfrutando de la residencia y de los agradables espacios situados en su parte posterior. Una valla encerraba todo el complejo. Pero, en realidad, ¿quién no vive hoy día rodeado de una valla? Y si alguien no lo cree, que trate de ir a algún lugar sin el correspondiente carnet de identidad; emprender un viaje fuera del país sin el pasaporte, torcer a la derecha en una calle de dirección obligatoria hacia la izquierda, o que compruebe lo lejos que puede ir en una marcha por Georgia antes de que algún *sheriff* exaltado le detenga por vagabundeo. En realidad, no hay que ir a ningún sitio especial para darse de cabeza contra una valla cuidadosamente situada, ya sea en la ciudad, la provincia, el Estado, en forma de impresos para la declaración de impuestos, comunicaciones de las compañías de seguros, o avisos de pago de las tarjetas de crédito.

Los pobres perturbados no tenían por qué preocuparse de semejantes cosas. No estaban obligados a cocinar ni a comer alimentos congelados ni a lavar vajillas de plástico.

Mirándolo bien, quizá no estuvieran tan chiflados. Tal vez supieran cosas de las que ella no se había enterado aún. Cosas tales como dejar que todo transcurra normalmente, sin preocuparse lo más mínimo por nada. A lo mejor la chiflada era ella por dedicar su vida a cuidarlos. *No hay que estar loco para trabajar allí, aunque*

*ayuda bastante*.

Dorothy apiló los platos de plástico sobre el soporte también de plástico del armario, caminó seis pasos hasta la sala de estar y empezó a manipular los botones de plástico del televisor portátil.

No es que tuviera interés en algún programa en concreto. Sin embargo, el ruido le resultaría beneficioso, ya que, al menos, contribuiría a contrarrestar el del *stereo* del vecino, cuyo clamor atravesaba la pared.

También hubiera podido salir de la casa, pero ¿dónde iría? El cine local exhibía la reposición de dos comedias clásicas. Una sobre cierto joven airado que andaba de un lado para otro vestido de gorila, la otra sobre el problema de un apacible muchacho que disfrutaba teniendo contacto sexual con un cerdo. Por más artísticas y trascendentales que fueran ambas producciones, ensalzadas por diversos críticos, Dorothy comprendió que sólo servirían para recordarle a sus pacientes.

Como alternativa tenía la posibilidad de concurrir al «Swinging Singles», frecuentado por las dos azafatas del piso de arriba. Se dijo, sin embargo, que no era lugar para una mujer de treinta y nueve años *(bueno, bueno, cuarenta y cuatro*.) Había ido ya muchas veces a aquél o a otros locales semejantes, acabando siempre liada con algún tipo seductor.

El mundo, o al menos el mundo de los lugares de diversión nocturnos, que comprendía las tabernas locales, estaba lleno de tipos semejantes. Hombres de charla ingeniosa, bien vestidos, bronceados por el sol y de unos treinta y nueve *(o cuarenta y cuatro*) años con un toque de gris en las sienes y otro toque de tinte o de peluquín en la parte superior del cráneo; todos propietarios de coches deportivos de segunda mano de los que aún adeudaban varios plazos, y atrasados también en el pago del subsidio a sus esposas divorciadas. Aunque esto sólo se averiguaba después de descubrir que el bonito bronceado terminaba justo debajo del cuello de la camisa, y que la esbelta cintura desaparecía en cuanto se quitaban los entallados pantalones.

Era divertido saber que poca gente conocía el verdadero significado de la palabra «seducción», fórmula y hechizo creado para despertar ilusiones y usado por los magos para engañar a su

clientela. Dorothy aprendió a protegerse de los tipos seductores. Había aprendido por dura experiencia lo que se ocultaba bajo sus sonrisas amables y su adulación sin tasa. Y no sólo por episodios de una noche, sino por su trabajo cotidiano. Porque muchos de cuantos terminaban en el sanatorio mental de Griswold eran seductores como aquéllos, charlatanes volubles especializados en la sinceridad y el sentimentalismo, propensos al remordimiento, a la contricción y a las promesas de arrepentimiento por cada uno de sus pecados. Pero bajo la artificiosa habilidad para manipular a los demás, bajo aquel engaño minuciosamente calculado, no había más que el muchacho que nunca creció. Aunque en realidad nunca tuvo que crecer, puesto que estuvo siempre escuchando a papá y a mamá decir lo guapo que era, mientras se esforzaban en arreglarle sus problemas. Más adelante, siempre surgiría alguna Dorothy u otra tonta parecida, dispuesta a pagar sus gastos y a soportar sus mentiras y sus manías de grandeza. A menos, claro está, de que el muchacho se metiera en algún lío que no pudiera solucionarse con sólo el encanto personal. En tales casos el chico se perdía de vista y acababa dando patadas y profiriendo gritos, encerrado en un cuarto o en la celda de una cárcel. O, si su familia podía permitírselo, en el sanatorio del doctor Griswold.

Dorothy no quería tener más relaciones con semejantes seductores, porque siempre los veía como al muchachito incapaz de amar realmente a nada o a nadie aparte de a sí mismo, y que contrarrestaba sus frustraciones matando gatos con un cuchillo de carnicero.

Conectó, pues, la televisión, y estuvo viendo cómo unos galanes profesionales ponían en escena una comedia sobre dos detectives muy avispados y artificiosos cuya pericia como criminólogos científicos quedaba ampliamente demostrada al descargar un puñetazo en la mandíbula del «malo» o tumbarlo de un golpe de kárate.

Otros dos espectáculos, igualmente superficiales, y las últimas noticias siguieron al programa. Como aquello no era en realidad muy atractivo, Dorothy disminuyó el volumen del televisor sin

apagarlo del todo. Quería seguir oyendo voces, sentir la sensación, al menos auditiva, de que no se encontraba completamente sola. A los treinta y nueve *(o cuarenta y cuatro)* años nadie quiere estar solo, sobre todo a media noche.

Dorothy pasó a su dormitorio y apartó el cobertor de la cama; luego sacó del armario el camisón y lo colgó en el cuarto de baño. A partir de entonces sus movimientos fueron totalmente automáticos, condicionados por la larga costumbre.

Conforme se desnudaba, el locutor iba diciendo algo que no entendió muy bien acerca de la situación en Asia. El comentario sobre unas manifestaciones y desórdenes en Washington quedó ahogado por el ruido del agua de la ducha. Mientras se secaba con la toalla y se ponía el camisón, Dorothy miró a través de la puerta del cuarto de baño, viendo en la pantalla del televisor a una pareja increíblemente fea de edad madura que se afanaba fingiendo disfrutar, enormemente, al servirse cierto café instantáneo de una jarra.

Ya era casi la hora del servicio meteorológico, cuyo pronóstico la ayudaría a decidir qué vestido debía prepararse para la mañana siguiente. Abrió la ventana del cuarto de baño, ahora lleno de vapor, y pasó a la sala de estar para escuchar la información.

El locutor estaba difundiendo una noticia de última hora según la cual: «algunos pacientes se han escapado esta noche de un sanatorio mental, privado, en Topanga Canyon, después de haber matado a cuatro personas».

Dorothy exhaló una exclamación ahogada y aumentó el volumen del aparato. «… tres de las víctimas del ataque criminal han sido identificadas: se trata del doctor Leonard Griswold, de cincuenta y un años, propietario y gerente del sanatorio; de la señora Myrtle Freeling y de Herbert Thomas, miembros del personal…»

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dorothy.

En aquel momento sonó el teléfono.

Corrió al dormitorio y tomó el auricular.

—¿Señorita Anderson? Aquí el teniente Barringer, del departamento de Policía de Los Ángeles.

Era difícil oír al teniente mientras funcionara el televisor. Le estaba diciendo algo sobre el descubrimiento de los cadáveres.

—Ya me he enterado —contestó Dorothy—. Estaba escuchando las noticias.

El aire que entraba por la ventana del cuarto de baño no podía llegar hasta ella; pero, no obstante, Dorothy sintió frío y se puso a temblar. No había podido oír las últimas palabras del teniente e hizo un esfuerzo para seguirle.

—… la cuarta era una de las pacientes. Necesitamos su ayuda para identificarla. Se trata de una mujer de unos sesenta y cinco años, baja, delgada, que lleva lentes sin montura…

—La señora Polacheck —dijo Dorothy—. Francés Polacheck. P-O-L-A-C-H-E-C-K. No, no lo sé. Era viuda. Creo que vivía en Huntintong Park, donde tiene una hermana.

—¿Cuántos pacientes más se encontraban en el sanatorio?

—Cinco —no había corriente de aire, pero Dorothy continuaba temblando—. Por favor, dígame, ¿qué ha pasado?

—¿Podría facilitarme sus nombres?

—Sí —respondió Dorothy, respirando profundamente. Creyó notar un poco de aire y se volvió. La puerta del armario de su dormitorio empezaba a abrirse poco a poco.

Dorothy se puso a gritar. Era ya demasiado tarde.

A los pocos minutos eran cuatro las aberturas que se habían practicado en el piso. La de la ventana del cuarto de baño. La de la puerta del armario. La del cajón de la cocina donde se guardaba el cuchillo. Y la de la garganta de Dorothy.

En el televisor de la sala de estar, el meteorólogo prometía tiempo soleado y estable para el día siguiente.

# 8

El sol matinal que entraba por la ventana tras el doctor Vicente, formaba un halo alrededor de su cabeza.

Karen, sentada al otro lado de la mesa, parpadeó a causa de la fuerte claridad. Le dolían los ojos, fatigados por la falta de sueño, y se hizo atrás para evitar la luz. Sin embargo, no le era posible eludir la mirada directa del psiquiatra de la Policía. Ni tampoco sus directas preguntas.

—¿Por qué estaba su marido en el sanatorio?

—Por favor —respondió Karen, moviendo la cabeza—, anoche ya se lo expliqué todo al teniente Barringer. ¿No podría leerlo en sus notas?

—Tengo aquí una transcripción de sus declaraciones —dijo el doctor Vicente, pasando una rápida mirada por las páginas escritas a máquina que había en la mesa frente a él—. Pero sería una gran ayuda si usted facilitara un poco más de información —sonrió—. Por ejemplo, ha mencionado el estado de su marido, pero eso no es muy claro. ¿Podría describirme su conducta?

Karen se ladeó un poco hacia la izquierda para evitar que el sol le diera en la cara.

—No hay mucho que describir realmente. Parecía un hombre muy tranquilo. Demasiado tranquilo.

—¿Retraído?

—Podríamos llamarlo así. Pasaba mucho tiempo sentado sin decir nada. Sin leer o ver la televisión… Simplemente sentado. No le interesaban nuestros amigos ni salir a cenar o a un teatro. Luego tomó la costumbre de dormir hasta mediodía.

—¿Se quejaba de cansancio?

—No. Bruce nunca se quejaba ni hablaba de cómo se sentía.

—¿De qué hablaba, pues?

—Durante algún tiempo me explicó que estaba pensando en enviar resúmenes y concertar entrevistas con industriales. Antes de hacer el servicio militar había trabajado en una fábrica de ordenadores. La verdad es que no creo que nunca lo llegara a hacer.

—¿Usted no se lo preguntaba?

—No. Porque veía algo raro en él, aun cuando rehusara confiarme nada.

—Sin embargo, debieron discutir antes de decidirse a ingresarlo en el sanatorio.

Karen se esforzó por sostener la mirada del doctor Vicente.

—Fue el propio Bruce quien lo decidió. Sabía que tenía problemas y deseaba que le prestaran ayuda.

—Comprendo —expresó el doctor Vicente, echándose atrás—. Mas, según mis informes, ese sanatorio es muy caro. Y ustedes debían saber que un tratamiento similar podía conseguirse gratis a través de la Administración de Veteranos.

—Le irritaba la idea de ir a un hospital para veteranos.

—¿Por qué?

—Porque, a su juicio, las instituciones para enfermos mentales son como una cárcel o peor. No podía soportar la idea de que lo tuvieran allí encerrado como un animal.

El doctor Vicente preguntó, con voz suave:

—¿Es que su esposo había estado ya alguna vez en un instituto mental para veteranos, señora Raymond?

La sensación de tener arena en los párpados desapareció cuando los ojos de Karen se llenaron de repentinas lágrimas.

—¡No hable así de Bruce! Ya le dije que aceptó ir al sanatorio voluntariamente, y, según el doctor Griswold, estaba ya curado. No es un loco, ni nunca lo ha sido.

Fue más tarde cuando Karen comprendió que el teniente Barringer debió haber estado escuchando la entrevista desde otra habitación. En este momento sólo vio entrar a un hombre fatigado con la cara sin afeitar.

—¿Interrumpo? —preguntó el teniente.

El doctor Vicente movió la cabeza, mientras Karen se enjugaba los ojos con un pañuelo sacado de su bolso.

Barringer se acercó a la mesa.

—Sólo quería decirle que estamos radiando el comunicado. Los servicios de noticias de la radio y la televisión lo emitirán durante el día. Rogamos a los familiares de los pacientes que no hemos podido localizar en el sanatorio, que se pongan en contacto con nosotros, que identifiquen a esas personas y nos faciliten cuanto puedan averiguar sobre su paradero.

El doctor Vicente suspiró.

—Yo de usted no confiaría demasiado en tal ayuda.

—¿Por qué?

—Porque me temo que las familias sentirán lo mismo que siente la señora Raymond. No quieren correr el riesgo de incriminar a un marido, esposa, hijo o hija. Debe usted recordar que esos pacientes estaban internados en un sanatorio con el propósito explícito de que su condición no traspasara los límites de lo privado. Estos crímenes sólo intensificarán el deseo, por parte de los familiares, de proteger a sus seres queridos de toda posible acusación.

—Sé que se trata de una posibilidad remota —dijo Barringer. Y miró a Karen—. Por eso esperaba que la señora Raymond nos ayudara.

Karen levantó rápidamente la mirada.

—No son ustedes razonables. El que Bruce fuera un paciente en el sanatorio no significa que haya de estar involucrado en esos crímenes. ¿Por qué había de matar a cuatro personas y escapar cuando estaba a punto de ser dado de alta?

—Está usted haciendo deducciones precipitadas.

—¿Usted no? —preguntó Karen, mirando directamente a Barringer—. Esta mañana dijo que Dorothy Anderson había sido asesinada para evitar que hablara. ¿Dónde están las pruebas? Se cometen crímenes todos los días. Quizá se trató de una sencilla coincidencia.

El teniente Barringer se encogió de hombros.

—El coche de Griswold se echó de menos anoche. Lo hemos localizado hace cosa de una hora… aparcado en una calle lateral, a

una manzana del piso de Dorothy Anderson.

Karen volvió la cara, pero la voz de Barringer la acosó:

—¿Todavía le parece coincidencia, señora Raymond?

—Ya les he dicho que Bruce es incapaz de hacerle daño a nadie.

—No estamos acusando a su marido —dijo el doctor Vicente, levantándose y rodeando la mesa para acercarse a Karen—. Todo cuanto decimos, todo cuanto sabemos hasta ahora es que es uno de los cinco fugados del sanatorio. Y que, basándose en la evidencia, actualmente a nuestro alcance, parece que uno o más de esos fugados son los autores de los asesinatos.

—Pero usted admite que no sabe cuál de ellos es —respondió Karen.

—En efecto —afirmó el doctor Vicente, apretándose los labios con los dedos—. Pero todos los indicios parecen apuntar hacia un sociopático. Alguien que, al parecer, obra con completa normalidad y que incluso puede actuar con brillantez e inteligencia la mayor parte del tiempo… En cambio, se vuelve implacable cuando opta por emplear la violencia. No tenga la menor duda. Quien mató a esas personas sabe exactamente lo que está haciendo y por qué. Trata de destruir cualquier prueba de su identidad, caiga quien caiga. Y eso significa que usted también está en peligro.

—¡Eso es ridículo!

—¿Ah sí? —preguntó Barringer, frunciendo el ceño—. El periódico de la mañana publica en primera página un relato de los hechos. Y su nombre figura en él.

Karen no dijo nada, pero sus manos apretaron con fuerza el borde del bolso.

—No nos interprete mal, por favor. No intentamos alarmarla. Sólo hacerle comprender la importancia que tiene cooperar con nosotros en todos los sentidos. Su propia seguridad personal está en peligro. Cualquier cosa que nos diga podrá contribuir a la captura del criminal.

Los dedos de Karen apretaron aún más los pliegues del bolso. Moviendo la cabeza, repuso:

—Ya les he contado todo lo que sé.

—De acuerdo —dijo el teniente Barringer—. Vendrá con nosotros a la ciudad.

—¿A la ciudad?

Barringer hizo una señal de asentimiento.

—Tengo que mantenerla en custodia para su propia protección.

—¡No! —exclamó Karen, levantándose rápidamente.

—Lo siento, pero es usted un testigo esencial.

—Ya tienen mi declaración.

—Si se producen más acontecimientos, necesitaremos hablar con usted otra vez.

—Para eso no es preciso que me encierren. No voy a ir a ningún sitio. Tengo mi trabajo en la ciudad y pueden comunicar conmigo a cualquier hora del día o de la noche.

—E igualmente puede visitarla el autor de los crímenes —insistió el teniente Barringer, moviendo la cabeza—. Somos responsables de su seguridad.

—¡Pero esto puede continuar semanas enteras! Perderé mi empleo…

—Y salvará su vida.

—¡Por favor! Debe existir algún otro sistema —Karen hablaba precipitadamente—. Supongamos que me ponen un guardián…

—¿Se da cuenta del número de personas que ya están involucradas en el caso? Por otra parte, andamos escasos de agentes. Lo que usted pide significa dedicar tres o cuatro hombres a esta tarea trabajando en turnos de ocho horas. Y no se trata sólo de una cuestión de personal, sino que también pensamos en el dinero del contribuyente.

—Yo también soy un contribuyente. Y también mi dinero anda involucrado en el caso. Si pierdo mi empleo en la agencia por culpa de este asunto… —Karen notó que iba a ponerse a llorar y contuvo las lágrimas—. Por favor, tienen que darme una oportunidad.

Barringer miró al doctor Vicente.

—De acuerdo —dijo—. Pero que quede bien claro: no habrá declaraciones a la prensa ni entrevistas por la televisión. Y tendrá usted que cumplir las órdenes de la persona a quien encarguemos de su vigilancia.

—Lo prometo.

—Piénselo bien. No será fácil. Mientras dure esto no va a tener vida privada. Siempre habrá alguien vigilándola de día y de noche.

Y si sucede algo…

—No va a suceder nada —replicó Karen, rápidamente—. Ya lo verán.

Miró a los dos hombres intentando deducir por la expresión de sus caras si la creían o no.

No es que tuviera gran importancia.

Porque tampoco ella misma lo creía.

# 9

La previsión meteorológica había resultado acertada. El tiempo era claro y soleado en Los Ángeles.

De todas maneras, a la gente no le preocupaba mucho el tiempo. Todo el mundo andaba inquieto, fijando su atención en el relato de la primera página del *Times* y escuchando las noticias matutinas. A pesar del calor, un estremecimiento colectivo parecía recorrer la ciudad entera. La gente empezaba a recordar.

Recordaba los tiempos del estrangulador de Boston y de los crímenes a sangre fría en La Pradera; al individuo apostado con un fusil en una torre de Texas, al asesino psicótico en Phoenix, al exterminador de trabajadores emigrantes que había llenado más de veinticuatro profundas fosas distribuidas por diversas granjas de California. En algún lugar, cercano a La Bahía, otro criminal convirtió sus homicidios en triunfos personales jactándose del número de sus víctimas en cartas dirigidas a los periódicos que firmaba con el nombre de «Zodiac». Y allí mismo, en el cálido y atractivo Los Ángeles, la gente recordaba a la familia Manson.

*Todos los hombres son hermanos, pero ¿cuál de ellos se llama Caín?*

La pregunta resultaba odiosa, y la comparación también. Porque Caín mató a Abel por cuestiones personales que, aunque inaceptables, resultaban comprensibles.

Pero nada había de personal en los crímenes que ahora se estaban cometiendo. El moderno Caín se había convertido en un asesino que descargaba sus golpes, salvajemente, en lugares diversos.

En los tiempos bíblicos, Dios condenó a Caín, pero no lo mató, y Caín se fue a vivir a la tierra de Nod.

Ahora, ese sustituto de Dios que es el psicoterapeuta condena a Caín marcándolo como sociopático, psicópata, esquizofrénico múltiple, personalidad cicloidea… y lo manda a un sanatorio mental.

Eran cinco los asesinos en potencia que andaban sueltos, campando por sus respetos. Su rastro sangriento iba desde el distante barranco hasta el mismo corazón de la ciudad. Y dicho corazón empezaba ahora a latir y resonar consciente de su propia vulnerabilidad.

Los teléfonos sonaban y las mujeres intercambiaban histéricas preguntas. *¿Has leído el periódico? ¿Has oído las noticias por la televisión? ¿Crees que lograrán dar con ellos? ¿Conseguirán atraparlos*? Se cancelaban horas en la peluquería y se abandonaban compras a realizar. *La pobre Dorothy Anderson. ¿Te acuerdas de aquellas enfermeras de Chicago? No pienso salir de casa en todo el día*.

Eran los hombres quienes salían a hacer las compras. Y antes de dirigirse a su trabajo entraban en una ferretería para comprar candados y aparatos de alarma de fácil instalación.

Conforme el día se fue haciendo más caluroso, los niños lloriqueaban al no poder salir al exterior. *¿Por qué no puedo salir, mamá? Quiero jugar. Me prometiste ir a la piscina, ¿te acuerdas*?

Pero las mamás se mantenían inflexibles, guardándolos tras puertas herméticas convertidas en barricadas que los defendían de quien llamase a la puerta, aunque no fuera más que el lechero.

El sol de mediodía estaba ya alto, pero la gente de Los Ángeles seguía en sus casas escuchando las últimas noticias, que en realidad nada tenían de nuevas.

En el cuartelillo de West Valley, en Van Nuys, Hollywood, los muchachos del laboratorio carecían de información. No había ninguna novedad.

El criminal había tenido mucho cuidado en borrar sus huellas. Y, además, usaba guantes. El piso de la señorita Anderson y el automóvil de Griswold no habían aportado ninguna, y tampoco se observó nada en el sanatorio, donde el equipo continuaba trabajando. No podían sacarse conclusiones, ni nadie había telefoneado ofreciendo información.

—Sólo las habituales llamadas de algún bromista —dijo el

teniente Barringer al doctor Vicente, mientras se tomaba el último sorbo de café y se quedaba contemplando la taza con el ceño fruncido—. ¿Por qué harán esas llamadas, doctor? ¿Por qué todos los tontos de la ciudad toman el teléfono en circunstancias como ésta? Confesiones fingidas, informaciones falsas sobre tipos ocultos debajo de la cama, viejas contándonos sus sueños…

—Si se toca un nervio se consigue reacción —respondió Vicente —. Y la reacción ante la violencia suele ser también violenta, adoptando cierta variedad de formas. La gente tiende a dramatizar sus sentimientos de culpabilidad y a fantasear sobre sus temores.

—Deje la conferencia para la universidad —dijo Barringer, moviendo la cabeza y bostezando sonoramente—. Tengo que dormir un poco.

El doctor Vicente vaciló.

—Quiero decirle algo antes de que se marche.

—¿De qué se trata?

—Esta mañana me puse en contacto con Sawtelle. La Organización de Veteranos tiene una ficha de Bruce Raymond.

—¿Como paciente?

—No. Allí no ingresó como enfermo. Se trata de un alta médica demostrativa de que estuvo en observación psiquiátrica antes de ser licenciado. Esto es cuanto me pudieron decir por teléfono, pero esta noche me lo darán por escrito.

—Me parece muy bien.

—¿De veras? —preguntó el doctor Vicente, con expresión pensativa—. No tengo idea de lo que dirá ese informe, pero una cosa está muy clara para mí. Cualquiera que fuese la enfermedad padecida por Bruce Raymond, es evidente que no sanó por completo. Por eso tuvo luego que ir al sanatorio.

—No me cuenta usted nada nuevo —dijo Barringer.

El doctor Vicente entornó los párpados.

—Sin embargo, aun sabiéndolo, ha dejado que la señora Raymond vuelva a su casa.

—Sí, pero vigilada las veinticuatro horas del día.

—Su marido puede ser peligroso.

—Hemos puesto un aparato para intervenir las llamadas telefónicas que se hagan a su apartamento. Si trata de ponerse en

contacto con ella directamente, estaremos al acecho.

—¿Espera que lo haga? ¿Por eso ha dejado partir a esa mujer…? ¿Para usarla como cebo?

—No quiero hacer comentarios.

—Pues yo sí los haré. Creo que se trata de un riesgo excesivo.

—Fue ella quien lo pidió, ¿no se acuerda? Y le estamos dando cuanta protección nos es posible.

—Si realmente la quiere proteger, hubiera sido mejor retenerla aquí.

—No sea pesado, doctor —dijo Barringer, levantándose—. Para mí estará mucho mejor bajo esas condiciones de seguridad. Pero se trata sólo de una parte del asunto. Porque hay otros tres millones de personas cuyos teléfonos no están intervenidos y que no tienen a nadie para cuidar de ellas. Que carecen de toda protección y a las que, sin embargo, habría que proteger también. Ninguna estará segura hasta que agarremos al responsable de los crímenes.

El doctor Vicente se encogió de hombros.

—Habla usted como si fuera el único involucrado en el caso. ¿Cuántos hombres trabajan con nosotros, incluyendo los del Departamento de Policía de Los Ángeles y los del *sheriff*? Deben de ser centenares.

—Sí, pero ninguno ha conseguido un indicio al que poder aferrarse —Barringer sacudió la cabeza—. Estoy de acuerdo en que dejar marchar a esa chica es un riesgo considerable. Pero si con ello obtenemos alguna pista de Bruce Raymond o de cualquier otro de los sospechosos, vale la pena correrlo.

—De acuerdo —asintió el doctor Vicente, yendo con el teniente hacia la puerta—. Vamos a descansar un poco.

—Yo así lo pienso hacer —dijo Barringer.

Y así lo hizo.

Sentada en su piso, bajo el zumbido del acondicionador de aire, Karen miraba alternativamente al teléfono y a Tom Doyle.

El teléfono era negro y cuadrado, y estaba silencioso.

Tom Doyle era blanco, alto y asimismo guardaba silencio.

El teléfono estaba en un extremo de la mesa. Tom Doyle llevaba

una hora sentado en el sofá, como si fuese un accesorio más del piso, igual que el teléfono o cualquier otro objeto.

Karen pensó que se había buscado todo aquello por propia voluntad y que no había motivo para lamentar la presencia del guardián, aunque nunca creyó que alguien la vigilaría tan de cerca. *Está aquí para protegerme. Es su trabajo. Tengo que mostrarme razonable.*

No obstante, era más fácil decirlo que hacerlo. Doyle leía una revista y Karen le dirigió una mirada de soslayo. Era alto y desgarbado, con el pelo rojizo y una cara pálida cubierta de pecas. Probablemente tendría treinta y tantos años. Llevaba un traje gris de verano con solapas no muy anchas, camisa a rayas blancas y grises y corbata azul claro. Un tipo tradicional con poco aspecto de detective.

Karen frunció el ceño. *¿Cómo imaginaba que iba a ser un detective*? Se dijo que había visto demasiada televisión; demasiadas películas con aquellos tipos ya mayores, de facciones muy marcadas, haciendo alarde de inteligencia, y aquellos jóvenes sonrientes ex empleados de estación de servicio, que exhibían los músculos, yendo de acá para allá por las colinas de San Francisco, mientras la música rock brotaba estrepitosa de la radio.

Doyle no conducía ningún coche deportivo, ni sonaba allí ninguna música rock, sino sólo el zumbido del acondicionador. Pero era un detective, que apenas hubo llegado lo primero que hizo fue examinar la puerta para ver si alguien había forzado la cerradura. Luego comprobó todo el apartamento, revólver en mano, asegurándose de que Karen permaneciera apartada mientras abría y cerraba armarios y verificaba las ventanas. La del cuarto de baño estaba un poco levantada, y de no haber dicho en seguida a Doyle que la dejó así el día anterior antes de irse a trabajar, el detective probablemente hubiera llamado a Barringer para que la volvieran a llevar a la comisaría. Era un guardián en toda regla. No había duda de ello.

Karen se movió en la silla y su pie izquierdo empezó a golpear el suelo como un metrónomo nervioso. Doyle la miró.

—No es preciso que me haga compañía, señora Raymond. Si quiere descansar un rato…

—No podría dormir —dijo Karen, evitando su mirada y concentrándose en el teléfono—. *Bruce, sé que estás por ahí en algún lugar. Pero ¿por qué no me llamas*?

La voz de Doyle sonó suave.

—No se preocupe. No tocaré el teléfono. Si suena mientras usted duerme, la despertaré y dejaré que conteste.

Sí. Era un detective con todas las de la ley. ¿O acaso obraba así porque sus reacciones resultaban demasiado claras?

Karen se levantó, tratando de sonreír.

—Gracias. Creo que voy a tenderme en la cama unos minutos.

Se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—Señora Raymond…

—Dígame.

—Es mejor que no cierre la puerta.

Karen entró en el dormitorio. *No cierre la puerta. Estupendo, ¿y si quería ir al cuarto de baño*?

Eso es lo que hizo, precisamente, atravesando el dormitorio y dejando la puerta del baño entreabierta. Él no podía verla desde la sala de estar, a menos que la siguiera. Aquello era peor que encontrarse en la cárcel. Comprendía perfectamente lo que debió sentir Bruce mientras vivió en el sanatorio sujeto a observación bajo la vigilancia continua de alguien. *Bruce, ¿dónde te encuentras? Sé que has estado aquí.*

Lo sabía porque había mentido a Doyle en lo de la ventana del cuarto de baño, ya que al irse a su trabajo la mañana anterior, la había dejado cerrada, y bien cerrada, incluso con el pasador puesto.

Se acercó rápida y precavidamente con el oído atento a cualquier ruido que pudiera indicar que Doyle se había levantado. Con mucho cuidado, bajó la ventana y observó el cierre metálico y brillante, destacando en sentido paralelo contra la gastada superficie de la pintura. Sí. Estaba bien claro que había sido forzado desde el exterior.

Karen tuvo la seguridad de que Bruce había estado en la casa desde el momento en que vio la ventana a medio abrir porque nunca salía del apartamento sin asegurarse de que todas las puertas quedaban cerradas. De no haber tenido la presencia de ánimo para decir a Doyle que la había dejado abierta; si no hubiera sido lo

suficientemente rápida como para anticipársele, habría hecho lo que ahora estaba haciendo ella, es decir, obtener la confirmación a su sospecha.

Karen respiró profundamente. *¿Confirmación de qué? ¿De que Bruce había estado en el piso*?

Aquélla había sido su idea desde el principio. Y por eso había mentido a Doyle.

Ahora, sin embargo, al mirar la cerradura forzada, tuvo que admitir que no podía estar totalmente segura. Después de todo, Bruce tenía una llave del apartamento. A menos, claro está, de que no la llevara encima cuando salió del sanatorio. Era posible que Griswold se hubiera hecho cargo de todos sus efectos personales, guardándolos en algún lugar y quizá no tuvo la oportunidad de localizar la llave. Pero aunque así fuera, ¿cabía pensar que se hubiera arriesgado a entrar de aquel modo?

*El asesino de Dorothy Anderson había entrado en el piso por la ventana del cuarto de baño.*

A lo mejor no era Bruce quien forzó la cerradura. ¿Y si hubiera estado allí el asesino?

Karen se volvió para regresar al dormitorio. Lo mejor era decírselo a Doyle.

¿Decírselo? Aminoró el paso y se detuvo ante el espejo del cuarto de baño.

No podía hacerlo porque hubiera sido lo mismo que admitir su mentira y estaba segura de que Doyle se la hubiera llevado de nuevo al cuartelillo dejándola tras los barrotes, sin posibilidad alguna de obtener noticias de Bruce ni de que éste las tuviera de ella.

¿Pero y si verdaderamente Bruce había pretendido agredirla?

¿Y si fue él quien intentó entrar en su piso y matarla?

No. Bruce no podía ser.

¿O sí podía?

Karen vio sus pupilas dilatadas reflejándose en el espejo.

¿Era capaz de ello?

Ésta era la importante pregunta que llevaba tanto tiempo tratando de eludir. Ahora se veía obligada a enfrentarse a la cuestión de igual modo que miraba su cara en el espejo.

Sabiendo cómo se había portado con él, ¿podía considerarlo sospechoso?

Lentamente, Karen retrocedió hacia la ventana y la abrió, dejándola de nuevo en su anterior posición. Así estaba mejor. Doyle nunca sabría lo ocurrido. Sin embargo, aquello no contestaba la pregunta.

¿Era culpable Bruce?

No lo sabía.

Ahora, mirando hacia el solitario callejón, sintió el temor de averiguarlo.

# 10

Carecer de noticias es tener buenas noticias…

Aunque no para un informador.

El Departamento de Policía de Los Ángeles no tenía aquella tarde ninguna declaración oficial que realizar, y lo mismo ocurría con el departamento del *Sheriff*. Era imposible ponerse en contacto con el teniente Barringer, que estaba recluido en algún sitio intentando recuperarse durmiendo un poco. En cuanto al capitán Runsvick, encargado del Departamento de Homicidios, no tenía nada que ofrecer aparte de unos cuantos consejos.

—Tómenselo con calma —dijo—. Desde luego, estamos recibiendo un montón de llamadas que comprobaremos. En cuanto consigamos algo, se lo comunicaremos a ustedes. Hasta entonces de nada serviría esparcir rumores.

A unas cuantas manzanas de distancia, en la agencia Sutherland, la prensa se encontraba en una situación parecida. A Ed Haskane no le hubiera importado hablar pero no tenía nada que decir. Sí, era el jefe de Karen y no había conocido nunca a su marido, ni nunca le habló de él excepto cuando le licenciaron del servicio y ella estuvo muy nerviosa pensando que pronto le iba a tener de nuevo en casa. A partir de entonces, consideró que todo marchaba con normalidad. Le afectó mucho saber que Bruce Raymond estaba en un sanatorio psiquiátrico. ¿Cómo era la señora Raymond? Una mujer muy inteligente que trabajaba a la perfección. Todo aquello podía ser verdad, pero no facilitaba ningún comentario sensacional.

A media tarde, Tom Doyle no permitió la entrada en el apartamento de Karen a un grupo de buscadores de noticias, y éstos hubieron de recurrir a los vecinos, mas sin conseguir gran cosa. Sólo

unas cuantas mujeres hablando al borde de la piscina recordaban haber visto a Bruce Raymond, pero ninguna había hablado con él durante su breve estancia allí, seis meses antes. Al parecer, Karen estaba considerada como una solitaria, no tenía amigos y jamás bajó a la piscina. Cuando Bruce se ausentó, la mayoría de los vecinos ni siquiera observaron su partida, y los pocos que así lo hicieron creían que se trataba de una separación o de un divorcio.

A última hora de la tarde una unidad móvil de la Televisión se trasladó al sanatorio Griswold. Ya habían estado allí por la mañana encontrándose con que el lugar había sido declarado prohibido. Ahora la situación seguía igual. Unos coches de la Policía guardaban las puertas mientras en el interior, el sargento Cole supervisaba a un equipo de investigadores. Si algo había pasado, nadie estaba en condiciones de comunicarlo al público. Los encargados de la cámara ya habían tomado algunas vistas del exterior durante la mañana, así que de nada hubiera servido repetirlas. Enfocaron, entonces, a algunos residentes locales de largos cabellos, formando grupos al borde de la carretera; pero como las observaciones de aquellos buscadores de noticias se habían limitado en su mayor parte a confusos comentarios y a alguna que otra palabra malsonante, la visita estaba resultando una completa pérdida de tiempo y de película.

Era ya de noche cuando la unidad móvil interrumpió su regreso a la ciudad al detenerse en el *Raymond’s Charter Service*. Una vez más, el intento resultó fallido. Coches de policía guardaban las entradas y un agente uniformado rehusó cortésmente dejar pasar a los informadores. Hubo un poco de discusión en el interior de la unidad sobre si era o no aconsejable mantenerse por los alrededores, esperando que los agentes se marcharan; pero se estaba haciendo tarde y las noticias de las diez no podían esperar, así que caso de retrasarse, no llegarían a tiempo para emitirlas.

Dentro de la oficina, Rita Raymond miró por la ventana mientras la unidad móvil se alejaba. No dijo nada, ya que estaba haciendo lo posible para hablar lo menos que pudiera.

Sin embargo, no era fácil mientras el sargento Galpert realizara el interrogatorio. Y lo estaba haciendo con los modales porfiados de un fox terrier royendo un hueso.

—¿Asegura usted, pues, que su hermano no realizó ninguna tentativa para comunicarse con usted?

—Quizá lo haya intentado, pero sin resultado alguno.

—¿Quiere eso decir que quizá anduvo por aquí? —preguntó Galpert frunciendo el ceño.

—Yo no le he visto —Rita encendió un cigarrillo y volvió a mirar por la ventana—. Y al parecer, sus hombres tampoco —exhaló el humo, que el ventilador situado tras ella arremolinó hasta convertirlo en una leve traza, fina como una telaraña—. Dígame, sargento, ¿no es obligatorio llevar un mandamiento judicial cuando se practique un interrogatorio como éste?

Galpert la miró a punto de gruñir como si intentara quitarle su hueso.

—Usted me ha dejado entrar por propia voluntad. Pero desde luego, si quiere discutir aspectos técnicos…

—No quiero discutir nada —contestó Rita, conteniéndose, ya que cualquier forma de antagonismo sólo hubiera provocado ladridos y zarpazos—. Créame. Estoy tan ansiosa de localizar a Bruce como cualquiera de ustedes. Pero ya le he dicho que no ha intentado comunicarse conmigo.

—¿Cuándo vio a su hermano por última vez?

—Usted sabe que ingresó en el sanatorio el invierno pasado.

Galpert hizo una señal de asentimiento.

—Sí. Y también que usted le visitó allí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Su cuñada.

Rita reprimió un fruncimiento de cejas. Desde luego, Karen pudo muy bien mencionar tales visitas puesto que debía conocerlas. De nada iba a servir ahora ocultarlo.

—¿Cuándo vio a su hermano por última vez? —repitió Galpert.

—El jueves por la tarde. Nunca iba los fines de semana, porque es cuando tengo más trabajo.

—El jueves pasado por la tarde —repitió Galpert inclinándose hacia adelante. El terrier tenía atrapado su hueso con toda firmeza y no estada dispuesto a soltarlo—. ¿Qué ocurrió?

—Nada —repuso Rita, aplastando el cigarrillo—. Era un día muy bonito y dimos un paseo por los jardines.

—¿Los dos solos? ¿Sin ningún acompañante?

—No era necesario. Él estaba perfectamente bien desde hacía varios meses.

—¿Y antes de eso?

Rita vaciló.

—Le visité algunas veces en su habitación —movió la cabeza—. Oiga, si está intentando hacerme afirmar que seguía perturbado…

—¿Lo estaba o no?

—Lo estuvo al principio. Por eso lo recluyeron. Pero nunca fue violento o irracional como otros, ni siquiera entonces.

Galpert no estaba satisfecho con su hueso; quería ahora el tuétano.

—En cuanto a los demás enfermos. ¿Usted los veía?

—No, nunca. El doctor Griswold era muy estricto en el respeto a la vida privada de sus pacientes.

—¿Entonces, cómo sabe que había algunos que eran violentos e irracionales?

—Porque Bruce me lo contaba. No eran muchos, sólo unos cuantos.

—¿Quién, por ejemplo?

Rita arrugó la frente.

—Trato de recordar si alguna vez les mencionó por su nombre.

—Piense un poco.

—Bueno, había uno del que me habló hace pocos meses. Acababa de ingresar.

—¿Alcohólico?

—Sí. Y el motivo por el que Bruce le mencionó fue por comentar cómo había llevado sus negocios hasta entonces. Trataba en fincas.

—¿Aquí, en la ciudad?

—En algún lugar de Los Ángeles. En Culver City o por ahí.

—¿Cuál es su nombre?

—Me lo dijo, pero no me acuerdo.

—¿Y qué comentó sobre él?

—Que había inventado un sistema para adquirir propiedades baratas. Pero a usted no le interesarán esos asuntos…

—Continúe.

—Bueno, supongamos que alguien tiene una casa para vender.

Acude a él y le dice lo que quiere por ella. Él promete entrar en acción siempre y cuando se le dé una exclusiva… Y desde luego, acción no falta. A los pocos días lleva a los primeros visitantes: una pareja de mediana edad con automóvil nuevo y un aire respetable y formal. Recorren la casa y la mujer dice gustarle mucho por estar enclavada, precisamente, en el lugar que ellos siempre han deseado. Pero el hombre no está de acuerdo. Si no hay piscina quiere piscina, y si la hay la rechaza. El garaje no tiene suficiente cabida o necesita tuberías de cobre o algo por el estilo. Mientras se van haciendo todas estas objeciones ofrece un precio mucho más bajo que el que el dueño solicita. Un precio realmente ridículo.

»Uno decía que no y se marchaban, pero el agente inmobiliario aseguraba que no había por qué preocuparse porque existían otras muchas posibilidades.

»Desde luego, a los pocos días llegaba con otra pareja. Iban en un automóvil pasado de moda y su aspecto era bastante desaliñado. No encontraban defecto alguno y el hombre aseguraba que aquella era la casa que siempre habían estado buscando. Sólo existía un pequeño problema: la financiación. Había perdido su empleo en la industria aeroespacial y si quería cerrar el trato necesitaba que le concedieran una segunda hipoteca a bajo interés.

»Cuando se habían ido, el agente inmobiliario les aseguraba que todo acabaría bien, instándolos a tener un poco de paciencia. A las pocas semanas aparecía con una nueva pareja. Esta vez eran chicanos o acaso negros con algunos niños. Aquello acababa con el aguante de cualquiera. Y no por una simple cuestión étnica, sino porque resultaba que aquella gente no quería comprar sino simplemente alquilar la casa, efectuando pagos mensuales.

»Bueno, pero entonces el propietario empezaba a desilusionarse y, por su parte, el agente reconocía que la venta se estaba poniendo problemática. Admitía que quizá el mercado andará un poco flojo y que el momento era difícil, pero aún así seguían vendiéndose casas y él estaba seguro de que acabaría por encontrar un comprador…, siempre y cuando el propietario redujera un poco el precio hasta ponerlo en una cifra más realista. Lo normal era que le contestasen un poco airadamente; aunque su exclusiva de tres meses iba ya por la mitad y lo mejor era esperar por si se presentaba alguna nueva

oportunidad.

»Les dejaba sudar durante unas semanas. Si se le llamaba decía que se lo tomaran con calma y que estaba haciendo lo posible y lo imposible. Finalmente aparecía con nuevos aspirantes: Una pareja joven que viajaba en un microbús, llevaban el pelo largo, en fin, todo el disfraz. Decían que la casa era «fetén», pero que no tenían un céntimo. ¿Qué les parecía si les dejaran vivir allí para cuidar de la vivienda hasta que se encontrara un comprador?

»Luego de deshacerse de ellos, el propietario se sentaba a esperar. Y seguía esperando y esperando. Y cuando llamaba al agente inmobiliario, éste se encontraba siempre fuera y nunca respondía. Hasta que un buen día hacía acto de presencia con un caballero de mirada sagaz y aspecto de ejecutivo, acompañado de su esposa. Ambos recorrían la casa mirándolo todo sin hacer comentarios. Finalmente, el hombre preguntaba el precio y usted se lo decía, quizá rebajando algún millar de dólares. El hombre no respondía una palabra, miraba sólo a su esposa y ambos daban media vuelta y se marchaban.

»Después de aquello, usted esperaba una vez más. Quizá transcurriera otro mes sin que el agente pronunciara palabra, y finalmente, se recibía una llamada telefónica del marido de la primera pareja que había visitado la casa, la correcta pareja con el automóvil nuevo. Él y su mujer habían estado pensándolo bien, y si la finca aún seguía en venta, estaba dispuesto a mantener su oferta pagando al contado.

»Si lo que uno deseaba era vender la casa, lo más probable era que aceptara. Desde luego, el agente inmobiliario volvía con la pareja trayendo los papeles dispuestos y el asunto se acababa acordándose la venta por un precio ridículo.

»Lo que el propietario no sabría nunca es que el verdadero comprador era el agente inmobiliario. Porque la agradable pareja eran empleados suyos y en cuanto a los demás, los desastrados, los negros, los niños, el ejecutivo, vivían de su trabajo como actores.

—¿Actores?

—En efecto. Actores profesionales alquilados por días para hacer el papel de aspirantes. Todo aquello no era más que una comedia utilizada para adquirir fincas a una fracción de su precio normal y

revenderlas después por una cifra elevada, obteniendo saneados beneficios —Rita movió la cabeza—. ¿Qué le parece? No es extraño que se hiciera rico.

—¿Quién?

—Lynch.

Galpert la miró rápidamente.

—¿Está segura de que se llama así?

Rita movió la cabeza.

—No. En efecto, no era Lynch, sino… Lorch. Se llamaba Jack Lorch.

Galpert la miró sonriente, luego tomó su hueso y se marchó.

Rita permaneció en el umbral de la puerta, viéndole alejarse en su vehículo. Al cabo de unos momentos volvió a entrar en su despacho.

Tranquila y precavidamente, Bruce Raymond salió de su escondite en la carlinga de un avión que se encontraba fuera del hangar. Luego, se perdió en la noche.

# 11

Jack Lorch caminaba calle abajo, lentamente, porque le dolían los pies y porque no hubiera sido prudente correr.

Le parecía llevar una eternidad andando. Era difícil hacerse a la idea de que sólo habían pasado veinticuatro horas desde…

Pero no quería pensar ahora en aquello.

No quería pensar en cómo había abandonado el sanatorio, ni en el trayecto hasta la ciudad en el coche de Griswold, ni en lo que sucedió después de haber aparcado el coche en aquel callejón sin salida de Sherman Oaks.

*Callejón sin salida*. Tampoco quería recordarlo.

Lo importante era que había salido de allí, corriendo al principio y aminorando el paso al darse cuenta de que estaba libre.

¿Libre?

Lorch hizo una mueca. ¿Qué libertad puede existir para un fugitivo de la justicia? ¿O mejor dicho, un fugitivo de la injusticia? Todos los policías iban ahora tras él. A sus ojos —aquellos ojos de agente, fríos como el hielo— era un lunático fugitivo y sospechoso de asesinato.

Lorch se detuvo bajo la luz de un farol en Washington Boulevard, frente al brillante escaparate de una ferretería. Examinó cuidadosamente el reflejo de su propia figura, diciéndose qué verían los policías si lograban dar con él: un hombre de mediana edad que vestía un traje azul oscuro, sin duda de buena calidad, ya que no se había arrugado mucho después de dormir entre los arbustos de una pendiente lateral de la autopista.

Tenía la cara entumecida e hinchada y necesitaba un afeitado, pero esto no era problema…, al menos por ahora. Muchos hombres

de mediana edad andan por ahí sin afeitar. Conservaba un aspecto respetable aún cuando fuese sin corbata.

Lo malo era que, caso de que alguien le detuviese, carecía de documentos de identidad. «Déjeme ver su carnet de conducir». Esto era lo primero que siempre decían. Y no era posible exhibir el carnet en cuestión, no había manera de salir del paso. ¿Qué podía decirse a un juez? *Señoría, me declaro inocente basándome en que no soy más que un peatón*.

Desde luego, estaba dramatizando las cosas. Hubiera sido suficiente alguna tarjeta de crédito o el número de la Seguridad Social. Pero no llevaba ninguna tarjeta. En cuanto a su crédito, no andaba mal del todo. ¡Diantre! Todavía era el dueño de la compañía, el dinero seguía en movimiento, e incluso estando en el sanatorio, recibió informes regulares de su contable Blix, un empleado muy listo que continuaba vigilando de cerca el negocio.

Aunque bien mirado, quizá Blix fuese demasiado listo. Si hubiese cedido a su primer impulso e ido a ver a Blix pidiéndole ayuda, el muy bastardo se habría sentido feliz echándole a los lobos. Gracias a Dios, había tenido el sentido común de darse cuenta a tiempo.

Así pues, no había intentado comunicar con Blix sino que había pasado el día andando sin detenerse más que en algunos de los pequeños parques situados a lo largo del camino.

Nunca hubiera imaginado la distancia que existe entre el Valle y Culver City, en especial, después de haber tenido que subir tantas pendientes a pie. No le extrañaba la ausencia de peatones por aquellos lugares. El sol es capaz de acabar con los jugos de un hombre y luego, cuando se emprende el camino de bajada por el lado de la ciudad, se siente uno fatigado y hambriento y con la garganta seca.

Aquello era lo que le impulsaba a seguir caminando: su garganta. Lorch se alejó del escaparate y siguió calle adelante.

No había mucho tráfico a aquellas horas de la tarde. Quizá todo el mundo optaba por quedarse en casa teniendo en cuenta lo que estaba ocurriendo. Bueno, no había que reprochárselo. En realidad,

nada de cuanto hubieran escuchado o leído podía asemejarse ni por asomo a la realidad. El aspecto de la enfermera mientras la cuerda le apretaba la garganta, el modo en que Griswold gritaba como una mujer, y el olor que se produjo cuando la corriente empezó a descargar sobre él con toda su fuerza…

No debía pensar ahora en todo aquello. Tenía que seguir caminando. Sólo le faltaban unas cuantas manzanas. Los pies le quemaban y tenía la garganta ardiente, pero continuó su camino.

En aquel barrio no había más que oficinas, nada de residencias, y esto le resultaba favorable. Nadie hubiera podido reconocerle y las tiendas habían cerrado. Lorch atravesó la calle. Sólo un bloque más y estaría en su despacho, libre. Porque su verdadero hogar era el despacho. No podía pensar en ir a su domicilio ya que, seguramente, estaría vigilado. Pero a aquellas horas, la oficina era un lugar seguro. Y habría de serlo por fuerza, puesto que le era imposible refugiarse en cualquier otro sitio.

En la oficina encontraría también dinero. Y guardaba, además, una maquinilla de afeitar eléctrica y una muda de ropa. Quizá incluso hubiera otro par de zapatos, aunque no estaba seguro. Pero una vez con dinero en el bolsillo, podría trazarse algunos planes.

Planear era su fuerte y siempre lo había sido. Cuando de niño se vive recluido en un orfelinato, se aprende rápidamente a cuidar de uno mismo. Y cuando se sale, se actúa con aplomo. Se ha aprendido, por el sistema más duro posible, que no se necesita de los padres. ¿Por qué preocuparse pues de los amigos? Había recorrido un largo trecho desde aquel orfelinato hasta la Agencia Lorch y siempre anduvo solo. Fue el planear lo que le mantuvo al margen del servicio militar y lo que le ayudó a evitar problemas con la Asociación de Corredores de Fincas y otros necios que intentaron interponerse en su camino. *Hablar y vender*. Ésta era la clave de su éxito. Si se dice a los tontos lo que quieren oír, se les puede vender lo que no quieren comprar. Por eso había terminado siendo dueño de su propia compañía, cambiando de Cadillac cada año, permitiéndose camisas bordadas y cortes de pelo de cuarenta dólares, en fin, todo. En algún lugar del camino había tomado contacto con el pequeño problema de la bebida; sin embargo, también lo mantenía bajo control. Nadie le había enviado al

sanatorio. En realidad, fue él mismo quien planeó aquella treta que tan bien le había resultado. Los planes siempre producen provecho.

Lorch continuó calle abajo en dirección a su oficina, situada al extremo de la manzana. A mitad del camino pasó ante las luces de la tienda de licores.

Un par de meses antes, aquella tienda no estaba allí. El local era propiedad de un tal Schermerhorn. Antes hubo una tienda de bicicletas; luego, estuvo vacío durante largo tiempo. Había intentado que el viejo Schermerhorn le encargara alquilarlo, pero el muy sinvergüenza no aceptó. Era demasiado avaro para pagar comisiones. Y acabó por encargarse él mismo. El nombre de la tienda, *Mortlake Liquor* atravesaba la fachada, en un trazo luminoso de color rojo.

Lorch se detuvo y miró más allá de los anuncios de cartón puestos en el escaparate, intentando atisbar el interior brillantemente iluminado. Vio montones de botellas alineadas en el pasillo, y otras muchas sobre los mostradores; paredes llenas de más botellas de diversos tamaños, y algunas de ellas colocadas en forma de pirámide.

El brillante reflejo daba la ilusión de que habría allí lo menos diez mil botellas. La luz irradiaba en el ron, relucía en la ginebra y daba vida a la claridad cristalina del vodka. Todos los colores del arco iris se reflejaron en las pupilas de Lorch y éste, una vez más, sintió la impresión de que la garganta le ardía.

Veinticuatro horas sin comer era algo muy grave. Veinticuatro horas sin comer y dos meses y medio sin probar la bebida.

Lorch pudo ver al propietario sentado tras el mostrador junto a su caja registradora. Era un hombrecillo con una camisa blanca de manga corta que le colgaba sobre el vientre. No era preciso mirarle dos veces para saber que arrastraba los pies al andar. No tendría tiempo siquiera de levantarse mientras Lorch traspasaba la puerta, tomaba una botella del estante más próximo y volvía a salir, a toda prisa. Sería muy fácil.

A menos, desde luego, que el hombre tuviera un arma escondida bajo el mostrador. O que alguien pasara casualmente por allí, en el momento en que él salía. En uno u otro caso el hombre haría sonar la alarma y tendría que escapar lo antes posible.

No, aquella no era la solución. Ya estaba bien pasar dos meses y medio en el purgatorio y sufrir luego el infierno de la noche última para ahora empezar de nuevo. Y menos, cuando se hallaba tan cerca de sentirse a salvo.

Sólo unas puertas más y una vez en su oficina, todo se arreglaría rápidamente. La solución al pequeño problema de la bebida estaba en el armario con botellas, colocado detrás de su escritorio. A pequeños problemas, grandes armarios. Griswold le había dicho que el whisky acabaría por matarlo, pero Griswold era un tonto.

Lorch avivó el paso. *No tan de prisa. No debo perder los estribos ni dejar que la mente se me dispare sólo porque me arde la garganta. Tengo que hacer mis planes*.

Se encontró frente a la casa de madera con galería exterior que formaba un entrante en la línea de edificios y torció hacia ella. De nada le hubiera servido querer entrar por la puerta principal. Las luces estaban apagadas y la puerta cerrada y no podía destrozar la cerradura a la vista de cualquiera que pudiera pasar por allí.

Lorch miró a su alrededor. No había nadie. Se desplazó hacia un lado de la casa, pasando ante el letrero de madera clavado en el césped, y se introdujo en las sombras que se extendían más allá. Salió a un callejón vacío. Había una entrada trasera, aunque Lorch no pretendió tampoco utilizarla. Sabía que la puerta permanecía también cerrada. Lo mejor era entrar por la ventana.

La ventana se encontraba al otro lado del edificio. Acercóse lentamente, sintiendo la sequedad de su garganta. Las persianas estaban subidas y pudo ver la oscuridad del despacho, y también el escritorio; pero no el armario con las botellas porque quedaba totalmente en la sombra. Sin embargo, sabía que se encontraba allí y que lo único que le obstruía el paso hasta él era aquella tenue lámina de cristal. Encontrar una piedra en el callejón era muy fácil.

*Pero no. Había que planearlo bien*. Lorch movió la cabeza y respiró profundamente. Romper cristales era demasiado escandaloso. Si pudiera abrir la ventana con algún instrumento…

Lorch extendió sus húmedas manos tanteando el armazón. Le temblaban y tendría que apresurarse. Apretó la madera con los

dedos. La ventana se iba levantando.

*No estaba cerrada por dentro.*

El condenado Blix y su eficiencia. Tan buen empleado y se olvidaba como un tonto de cerrar la ventana. En cuanto le viera, le echaría un buen rapapolvo.

Pero no iba a ver a Blix. Todo su plan se basaba en aquello: en no ver a nadie. En tomar el dinero y salir de allí normalmente, sin correr.

La ventana acabó de abrirse.

Jack Lorch se asió al antepecho intentando salvarlo. El sudor le cubría la frente por el esfuerzo. Se sentó jadeando unos instantes mientras miraba al callejón, atento a cualquier ruido. La oscuridad y el silencio le dieron confianza y su respiración volvió a normalizarse. En cambio, su garganta seguía seca. Muy seca.

Salvó la ventana y entró en el despacho. El escritorio destacaba en las sombras. Había una lámpara, pero Lorch no la encendió. Era demasiado arriesgado y además no necesitaba luz porque conocía cada palmo de la oficina, incluso cada centímetro. Podría haber seguido su camino a ciegas. El armario de los licores estaba a cinco pasos a la izquierda, en el muro, detrás del escritorio. Después de recorrer tantos kilómetros ya sólo se encontraba a cinco pasos de su objetivo.

Lorch tanteó el costado de la mesa. El dinero estaría en el cajón superior de la derecha. Encima habría unas cuantas monedas y billetes de poco valor para pagos pequeños. Debajo estaría la caja de metal para los cheques y los billetes grandes. Cerrada, desde luego, pero la llave también estaba siempre allí, bajo la carpeta. La cogería, y abriría la caja después de haber accionado la combinación: cuarenta a la izquierda, cincuenta y siete a la derecha, veinte a la izquierda, y sacaría el dinero para meterlo en su bolsillo. Pero todo aquello podía esperar unos minutos. No era el bolsillo, precisamente, lo que le ardía.

Lo primero era lo primero. Y en aquella ocasión lo primero era beber; luego el dinero, y, por último, los planes. O quizá una bebida extra antes de planear. Siempre había trabajado del mismo modo, sentado detrás del escritorio, relajándose con un trago mientras daba forma en su mente a lo que habría de hacer. Y así era como

actuaría también ahora. Una copa, dos copas; no más. Sobre todo, considerando que tenía el estómago vacío. No iba a volver a la antigua rutina. Había terminado con el alcoholismo; ya le había pagado su tributo. Pero aquel primer trago le era totalmente necesario y además en seguida. ¡Al diablo con Griswold y con su charlatanería erótica y sus necedades acerca del anhelo infantil de aferrarse a un pezón! En cuanto el dinero estuviera en su bolsillo podría disponer de todos los pezones del mundo. Montones de tetas, todo cuanto quisiera… Sólo con haberse tomado la primera copa.

Lorch se introdujo en la sombra profunda del rincón. Se movía con más rapidez de la que se hubiera figurado, y al dar unos pasos, su cabeza golpeó contra el borde del armario empotrado en la pared. El golpe no fue fuerte, pero el dolor bastó para darle la necesaria sobriedad.

*Sobriedad.* Bonita palabra. Y extraña sensación. Porque sobriedad era lo que sentía en el momento de abrir la puerta del armario. Hasta aquel momento había estado borracho. Seco durante dos meses y medio pero borracho como una cuba. *La borrachera es un estado de ánimo*.

Desde luego, ¿cómo no se había dado cuenta hasta entonces? El alcoholismo no está en las botellas sino en el anhelo de beberlas. Un poco de licor aliviaba el dolor de la realidad, pero el viejo Griswold había dicho la verdad cuando afirmaba que el dolor es una cosa subjetiva. Tan subjetiva como las tonterías que se le habían ocurrido mirando el almacén de licores. Un alcohólico está borracho antes de beber. Se forja su propio y disparatado mundo y sus pensamientos empiezan a estremecerse incluso antes que sus piernas.

Lorch alargó la mano y abrió la puerta del armario de los licores intentando fijar la vista en su interior.

Vio los tres grandes estantes llenos de botellas. Ginebra, vodka, vermut, bitters en la parte inferior; whisky irlandés y canadiense en medio, y arriba, el sólido bourbon. Algunas botellas parcialmente vacías y mal tapadas, dejaban escapar el olor de su contenido. Los acres efluvios le penetraron por la nariz y descendieron por su garganta. La diestra de Lorch se tendió automáticamente hacia el estante superior pero vaciló y la retiró. Había notado de repente

que la garganta ya no le ardía.

Era muy extraño. Toda la sequedad había desaparecido y ahora sentíase consciente de otra reacción. Una reacción muy interior. Tenía hambre. No necesitaba beber. Desde luego le hubiera gustado echar un trago, de nada servía engañarse, mas no lo necesitaba. Lo que necesitaba era alimento. Una buena y sólida comida. De pronto, comprendió lo que debía hacer.

No era necesario ningún plan. Ahora que estaba sobrio, verdaderamente sobrio, se dijo que nunca tuvo necesidad de planes. Sentirse borracho y pensar en algún medio para escapar de allí había sido su idea de borracho. Eso no le serviría de nada. No podía servirle de nada. ¿Dónde iría y cuánto tiempo iba a pasar antes de que le pescaran? Más tarde o más temprano se averiguaría su participación en todo aquello. Al día siguiente, Blix contaría que estuvo allí a escondidas y se presentaría como un gran héroe.

Lo mejor era tomarle la delantera a Blix, llamar él mismo a la Policía, y revelar lo sucedido. Poner las cartas boca arriba, nombrar a los demás y cooperar. Desde luego, tendría que dar explicaciones sobre su participación en los hechos y provocaría una gran publicidad. Pero podía ser buena…, al menos para él y para su negocio. Era admirable ver cómo cada pieza encajaba en su sitio, en cuanto se dejaba de pensar como un borracho.

De pie en la oscuridad, Lorch empezó a cerrar la puerta del armario. Al hacerlo observó que había un hueco en medio del estante superior. Faltaba una botella de bourbon. Blix no bebía. ¿Quién podía haberla cogido?

La respuesta le vino de las sombras a su espalda. Jack Lorch se volvió justo a tiempo para ver el borroso movimiento de la botella al abatirse sobre él para aplastarle el cráneo.

Cuando cayó al suelo, el armario se inclinó sobre él y los cristales rotos se desparramaron por el suelo y se le hincaron en la carne. En la oscuridad la sangre y el whisky se mezclaron y lo último que pudo pensar Lorch fue que Griswold había tenido razón. Después de todo, el licor le había matado.

# 12

El agente encargado del servicio nocturno se llamaba Lubeck. Llegó al apartamento de Karen poco antes de las diez y sostuvo una breve conversación privada con Doyle en el vestíbulo.

Luego, Doyle se marchó y Lubeck ocupó su puesto. Era unos años mayor que su colega y pesaría sus buenos diez kilos más, pero su estatura y corpulencia infundieron confianza a Karen. Igual que antes hiciera Doyle, también recorrió el recinto comprobando armarios, puertas y ventanas.

—¿Quiere tener el acondicionador funcionando toda la noche? —preguntó—. Bueno. Entonces no querrá abrir ninguna ventana.

Regresó a la sala de estar y ajustó la cadena de seguridad en la puerta. Karen le miraba desde el dormitorio

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó—. Tengo que hacer una llamada.

—Sí, desde luego.

Karen estaba de pie en el quicio de la puerta mientras Lubeck marcaba el número. No quería entrar en el *living* mientras él estuviera telefoneando; quizá desde allí pudiera captar algo de la conversación.

Sin embargo, no sirvió de nada ya que Lubeck hablaba muy bajo y el zumbido del acondicionador anulaba su voz.

Karen movió la cabeza. ¿Por qué estaba actuando de aquel modo, temerosa de entrar en su propio saloncito? ¿Es que se sentía prisionera?

*Un hombre con armadura es esclavo de ésta*. Robert Dobing lo había dicho en «Heracles». Karen no podía saber el motivo por el que aquella frase había quedado fija en su mente durante tantos

años. Nunca lo supo, pero de repente comprendió que decía una verdad. Todos llevamos una coraza y todos somos esclavos de ella. El tener a Lubeck allí la convertía en una prisionera… Prisionera de su propia necesidad de protección. Y en cuanto a Lubeck, con su chapa y su revólver de reglamento, era también un preso… Preso de todo el sistema que le obligaba a mantener informados a sus superiores. Y estos superiores eran, a su vez, presos de los políticos; y los políticos lo eran del pueblo, y el pueblo estaba, incluida también ella, cumpliendo una pena de cadena perpetua. Todos trataban de protegerse contra el mundo, aunque algunos habían sido condenados a muerte, y la sentencia podía ser ejecutada en cualquier momento.

Karen desechó aquella idea y haciendo un esfuerzo, traspuso la puerta en el momento en que Lubeck volvía a colgar el auricular.

—¿Alguna noticia?

Lubeck negó con la cabeza.

—Nada —se puso de pie—. No se preocupe. Todo está bajo control. Un coche patrulla circulará por la zona esta noche. Ahora que me acuerdo…

—Sí…

—Tendré que informar un par de veces, así es que si se despierta y me oye hablar por teléfono, no se extrañe.

—¿Va a estar sentado ahí todo el tiempo?

—Desde luego. Y no la molestaré a menos que sea absolutamente necesario. Pero tenga la puerta abierta y si oye algo raro, me llama en seguida —Lubeck le sonrió—. Sé lo que siente y comprendo que resulta embarazoso, pero no se lo tome a mal.

—No me lo tomo —mintió Karen.

—¡Ah! Otra cosa. ¿Toma algo al acostarse…? ¿Algún sedante? ¿Pildoras…?

—No.

—Bien.

Karen no estaba tan segura de lo que acababa de decir, pero lo disimuló. En realidad, hubiera deseado tomar algo que la dejara inconsciente. Mientras se desnudaba en el cuarto de baño, sentíase despejada por completo y consciente de la presencia del detective en la otra habitación. No podía dormirse con aquel hombre allí, y,

por otra parte, tampoco hubiera podido dormirse si se iba. Un hombre con armadura es esclavo de ésta.

Sin encender la luz del dormitorio, Karen apartó el cobertor y se metió bajo las sábanas. Aunque no durmiera, al menos podría descansar. La luz del salón se filtraba hasta allí. Cerró los ojos y entró en la región de lo inconsciente a los treinta segundos de que su cabeza hubiera tocado la almohada.

En sus sueños apareció Bruce. Llevaba consigo una armadura y una espada en la mano.

Una espada manchada de sangre.

# 13

Louise Drexel fue la primera en oírlo.

Roger estaba en el estudio, concentrado en su colección de sellos y ella en la biblioteca. A Louise siempre le había gustado la lectura y en aquel último período le ocupaba más y más tiempo. La suya era quizá la única casa de Bel Air que carecía de televisión. La echaba realmente de menos, pero Roger se mostraba inflexible. «¿Para qué llenarse la cabeza de tonterías?», preguntaba. Su decisión de no ceder era evidente porque raras veces usaba semejante lenguaje. A Louise le entraban ganas de recordarle que hubo un tiempo en que no sólo miraba la televisión, sino que incluso patrocinó un programa. Fue únicamente después de haber vendido aquel negocio, cuando cambió de parecer. Al retirarse, renunció también a recibir el periódico. «A los sesenta y cinco años creo que tengo derecho a un poco de paz y de tranquilidad». «Ya tenemos bastantes dificultades para que nos preocupemos de los problemas de los demás».

Cuando hablaba de aquel modo, se refería concretamente a Edna; mas ninguno de los dos tenía ganas de continuar discutiendo sobre el tema. Habían obrado lo mejor que pudieron, y ahora todo era cosa de los médicos. La joven estaba recibiendo un tratamiento de primer orden, y ellos no podían hacer más. Después del último ataque sufrido por Roger, era mejor no alterarle sacando a colación cosas desagradables. Al principio, Louise se había sentido culpable porque, después de todo, Edna era su hija y a uno no le gusta que un hijo se convierta en tema de preocupaciones; pero luego se dijo que lo principal era su deber hacia Roger.

Durante la larga convalecencia de éste, abandonaron toda

distracción y fueron perdiendo, gradualmente, la relación con una gran parte de sus amigos. A partir de entonces, ninguno de los dos había hecho esfuerzo alguno para renovar sus contactos sociales, en especial por causa de Edna, ya que, aparte del doctor y de la asistenta, nadie conocía lo sucedido ni sabía dónde se encontraba ahora la joven, y hubiera resultado embarazoso explicarlo.

Louise se sintió algún tiempo como perdida y solitaria; después llegó a la conclusión de que Roger estaba en lo cierto. Tal como iban las cosas, era mejor decidir algo concreto de una vez. En su condición de filatélico, Roger coleccionaba fragmentos y retazos procedentes de diversos lugares del mundo, que iba colocando en sus álbumes. Como lectora, Louise extraía de los libros fragmentos y retazos del mundo que dejaba pegados en su mente.

Por ejemplo, aquella noche estaba aprendiendo algo sobre Khumaraweh, un rey que vivía en un palacio con muros de lapislázuli y de oro, rodeado de árboles cuyos troncos y ramas estaban cubiertos por hojas de cobre dorado, y tenía leones como animales domésticos. Los ojos de su león favorito Zouraik eran azules. Como remedio contra el insomnio, Khumaraweh se hizo construir en el jardín del palacio un lago artificial de cuatrocientos metros cuadrados que llenó de mercurio. Dormía flotando sobre un colchón hinchable fabricado con pieles que, mecido por el movimiento del mercurio, le facilitaba el sueño.

Todo aquello sonaba como a cuento de hadas. En realidad Louise estaba leyendo una historia verdadera, ya que Khumaraweh gobernó hace cosa de mil cien años, en donde ahora se encuentra la ciudad de El Cairo. Al igual que Roger, lo único que deseó fue paz y tranquilidad.

Louise había empezado la parte del libro en la que se describía la sala que Khumaraweh destinaba a las estatuas de oro, cuando la paz y la tranquilidad de la vivienda se vieron sacudidas por un ruido.

El ruido no era muy estrepitoso, pero sí persistente, y parecía venir de la parte trasera de la casa. Louise pensó que lo producía algún postigo golpeando contra el marco de la ventana.

Con el ceño fruncido, Louise dejó el libro y atravesó la estancia.

Antes de entrar en la cocina pudo observar que las ventanas

estaban firmemente cerradas. El ruido era de algo que golpeaba contra la puerta trasera.

Louise se preguntó si no sería mejor coger el revólver. Todo el mundo en aquel vecindario guardaba un revólver desde que los artistas de cine que vivían calle abajo habían sufrido un robo. Pero el arma se encontraba en un cajón del estudio, y tendría que molestar a Roger. *No se ponga nervioso*, le había dicho el doctor.

Louise vaciló. La puerta estaba asegurada con cerradura y cerrojo. Tal vez si tomaba el teléfono sin hacer ruido y llamaba a la Policía…

Los golpes se convirtieron en un martilleo frenético. Ahora Louise podía oír también una voz.

—¡Dejadme entrar! ¡Dejadme entrar!…

Inmediatamente Louise cruzó el recinto, manipuló la cerradura y corrió el cerrojo.

Apenas hubo abierto la puerta, cuando Edna cayó en sus brazos.

—Mamá… —dijo, jadeando y sollozando, con el pelo revuelto y el rostro contraído y cubierto de lágrimas.

—¿Qué te ha pasado?

Edna la miró, moviendo la cabeza, luego se volvió rápidamente y cerró la puerta. Ante la sorpresa de Louise, la aseguró y corrió el cerrojo con toda rapidez. Acercándose en seguida a la pared, apretó el interruptor y apagó las luces de fuera, tanto del patio como de la piscina.

Louise se percató entonces de que Edna llevaba, solamente, un vestido manchado sin nada debajo. Calzaba sandalias y sus pies desnudos aparecían hinchados en algunos lugares debido al roce de las correas. Su bronceada frente estaba roja y maltrecha.

Edna hizo una señal de alarma.

—¡Rápido! Vámonos de aquí antes de que llegue.

Louise alargó una mano.

—Espera. Tu padre está en el estudio. Ha pasado una grave enfermedad y no debemos alarmarle.

—Yo no estoy alarmado.

Louise se volvió. Roger estaba en la puerta mirándola. Parecía muy tranquilo.

—¡Papá! —dijo Edna, y empezó a sollozar otra vez, avanzando

hacia él con los brazos tendidos.

Roger se hizo atrás.

—No, no —dijo—. Ya eres una mujer madura, Edna. Tienes cuarenta y dos años. Creo que nos debes una explicación a tu madre y a mí.

Su voz sonaba fría y cruel, mas Louise sabía por qué. *No deben seguir tratándola como a una niña*, había dicho el doctor Griswold. *Es el único medio de que no siga recluyéndose en sus fantasías*.

Desde luego, el doctor Griswold había dicho otras cosas, pero a Louise le era difícil aceptar sus puntos de vista. Todo cuanto ella y Roger habían hecho había sido intentar proteger a la joven de influencias perniciosas externas, apartarla de malas compañías y procurar que no cayera en manos de algún cazador de fortunas. Era absurdo pensar que todos aquellos años de cuidadosa defensa fueran la causa de haber provocado los síntomas paranoicos de la joven, y en cuanto a lo manifestado por Griswold, sobre represión sexual, era una indecencia con todas las de la ley. Sin embargo, no se podía negar que Edna necesitaba tratamiento, y el doctor Griswold les había sido altamente recomendado por su discreción.

—Esperamos que nos cuentes lo que ha pasado —estaba diciendo Roger.

—Él podría oírnos —dijo Edna, moviendo la cabeza.

Louise iba a replicar, pero Roger le impuso silencio.

—Vamos al estudio —propuso. Y volviéndose, las precedió por el vestíbulo.

Edna cojeaba visiblemente. Louise se dio cuenta, así como también de que la joven parecía controlarse, y de que el inquietante tic facial que la afectó durante los últimos meses antes de trasladarse al sanatorio parecía haber desaparecido. Una vez en el estudio, y tras hundirse en el enorme sillón, parecía una niña con un vestido que le viniera grande. Una niña asustada con algunos trazos grises en el cabello.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Louise—. Un vaso de leche…

—No, mamá.

Louise miró los pies de su hija.

—Déjame que te quite las sandalias.

Hizo ademán de hacerlo, pero Roger se interpuso. Sonrió a Edna y dijo:

—Lo primero es lo primero. Antes de cualquier otra cosa, quiero que sepas que tu madre y yo nos alegramos de verte otra vez en casa.

—¿De veras?

—Desde luego. Estoy seguro de que sabes que nuestra única preocupación eres tú. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondió Edna, con voz débil, sin mirar a su padre.

—Bien —aprobó Roger, haciendo un movimiento de cabeza—. Entonces, también te darás cuenta de que si te ingresamos en ese sanatorio fue porque el doctor nos dijo que era el único modo de ayudarte. Te han cuidado bien, ¿verdad?

—Sí, papá —Roger continuaba sonriendo.

—¿Por qué te has escapado? —preguntó.

Edna le miró rápidamente.

—¡Yo no me he escapado! Me llevaron…

—¿Quién te llevó?

—Los otros. Tuve que salir con ellos. No podía quedarme allí después de lo que pasó. Salimos anoche en el automóvil del doctor Griswold.

—¿El doctor te dejó salir?

—El doctor Griswold ha muerto —aclaró Edna, moviendo la cabeza.

Roger había dejado de sonreír. Miró a Louise con el ceño fruncido y luego se volvió hacia su hija.

—Continúa —la animó suavemente.

Edna continuó su relato, pero su tono era ya tranquilo. Conforme iba hablando, su voz se agudizó hasta alcanzar un tono histérico, desprovisto de todo dominio.

Al escucharla, Louise recordó los gritos y protestas delirantes que había proferido cuando la llevaron al sanatorio. En el transcurso de aquellos meses, los gritos se habían ido velando en su memoria hasta quedar convertidos en ecos lejanos, e incluso la imagen de Edna había adoptado un tono pálido como una presencia

fantasmal que la persiguiera en sus dolorosos sueños. Ahora, de nuevo aquella voz era real y también la presencia de Edna. Pero lo que estaba diciendo…

El doctor Griswold había muerto, y también la enfermera de turno de noche, y lo mismo el practicante Herb Thomas. Aquel hombre lo tenía bien planeado. Había matado a dichas personas y luego dijo a los demás que los pondría en libertad. Tomó el coche y anunció que iba a llevarlos a la ciudad, al sitio que quisieran. Pero se detuvo en un lugar de El Valle y les ordenó permanecer en el vehículo mientras se alejaba, después de haber dado una pistola a Tony y decirle que los vigilara hasta que él volviera. Fue entonces cuando Edna comprendió que mentía, que nunca les dejaría escapar, que acabaría matándolos a todos. Los demás parecían también creer lo mismo, porque empezaron a forcejear con Tony en el asiento trasero. Ella había saltado del coche y huido a toda prisa, ocultándose por la noche en el camino de Beverly Glen y tomando, al hacerse de día, las carreteras laterales hasta bajar a Bel Air. Hubiera llegado antes a no ser porque hacia el mediodía tuvo la impresión de que alguien la estaba siguiendo, de que iba tras ella vigilándola. Así es que tuvo que esperar hasta que se hizo de noche otra vez, y caminar muy lentamente, porque si la descubría…

—Pero ¿quién? —preguntó Roger—. ¿Cómo se llama?

—No… no sé su nombre.

—¿No lo sabes?

Edna movió la cabeza negativamente. Sus ojos se fijaron en las cortinas corridas de las ventanas.

—Puede estar ahí fuera —murmuró—. Y si me oye contar todo esto, os matará también a vosotros.

—Pero ¡es ridículo…! —exclamó Louise, aunque se contuvo cuando Roger le dirigió una mirada de advertencia.

Edna se acurrucó como si tratara de esconderse en el enorme sillón.

—Sus ojos —dijo—. Me parece ver sus ojos. Son como cuchillos afilados. Está loco, ¿sabéis? Los demás sólo son enfermos, pero él está realmente loco. Mira a la gente de tal modo que les obliga a lo que quiere. Por eso Tony le obedeció. Incluso tenía dominado al doctor Griswold. Te mira y sabe lo que estás pensando. Lo quemó

todo en la chimenea, pero antes se enteró de dónde vivimos cada uno para poder perseguirnos. Porque no quiere que nadie lo sepa. Y si da conmigo…

La mejilla izquierda de la joven empezó a estremecerse. El tic había vuelto. Roger se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—No te encontrará —dijo—. Te lo prometo.

—Tal vez podamos escapar —manifestó Edna—. Podríamos irnos ahora mismo en tu coche.

—Buena idea —admitió Roger, volviéndose hacia Louise—. Llévatela arriba y ponle un vestido decente. No puede viajar de ese modo.

—Pero Roger…

—Haz lo que te digo —insistió él, guiñándole un ojo—. Subiré en un momento.

Roger se volvió, sonrió a Edna y salió al vestíbulo. Momentos después Louise pudo oír el ruido de la puerta de la biblioteca al cerrarse suavemente.

—Bien, Edna —dijo Louise—. Vamos.

—No —respondió la joven, moviendo la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—No ha creído lo que dije.

—Claro que lo ha creído —afirmó Louise, tomando a Edna por una muñeca. La joven tenía la mano sucia y las uñas roídas. Notó cómo se le aceleraba el pulso al obligarla a ponerse en pie—. Por favor —insistió—, hemos de darnos prisa y salir en cuanto tu padre suba.

—¿Tú crees, mamá?

—Sí —dijo Louise, conduciendo a su hija hacia la puerta—. Vamos. Tomarás una ducha caliente y luego escogeremos un bonito vestido —elevó la voz con el fin de distraer la atención de Edna mientras pasaban ante la puerta de la biblioteca—. ¿Recuerdas aquel vestido tan lindo que estrenaste un poco antes de partir? Pues aún está en el armario. He conservado todas tus cosas con el máximo cuidado.

Tras la puerta de la biblioteca podía oírse la voz ahogada de Roger hablando por teléfono.

—… emergencia. Póngame con la Policía…

Edna se soltó de un tirón. Louise se vio cogida por sorpresa, y todo lo que se le ocurrió fue pensar en la fuerza que tenía Edna. Pero antes de que pudiera reaccionar, aquella fuerza explotó contra su sien, su cabeza se desplazó hacia atrás, dando contra la pared, y a partir de aquel momento ya no sintió nada más.

Al volver en sí, Louise vio a Roger inclinado sobre ella sacudiéndole los hombros. Conforme su visión se fue aclarando, la figura del hombre situado tras él quedó más definida con su uniforme azul y sus insignias.

—¿La Policía? ¿Cómo ha llegado tan pronto? —murmuró.

—Llevo un cuarto de hora intentando hacerte recuperar el sentido —dijo Roger—. Tranquila. No te muevas.

—Estoy bien —dijo Louise. Pero al sentarse continuó sintiendo aquella resonancia dolorosa que parecía irradiar de la parte superior de su cabeza, allí donde había dado contra la pared.

La ayudaron a ponerse en pie y observó que podía sostenerse, cuando Roger le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Dónde está Edna? —preguntó.

No hubo respuesta. No era necesario. Cuando Louise miró por el vestíbulo hacia la cocina, pudo ver que la puerta trasera que daba a los terrenos de la parte posterior estaba abierta. Los focos se habían encendido, y en la distancia otras figuras vestidas de azul iban de acá para allá alrededor de la piscina. Louise parpadeó para aclarar su visión.

—Te oyó hablar y ha echado a correr —murmuró Louise—. ¿Por qué no la detienen?

Intentó liberarse del brazo de Roger, pero él la retuvo con firmeza.

—No salgas —le dijo.

No era preciso salir, porque los hombres de uniforme azul empezaban a entrar lentamente y Louise vio lo que llevaban en sus brazos. Ahora todo quedaba muy claro, tan claro como las gotas de agua que caían del vestido blanco y del pelo lacio y colgante.

*Edna había echado a correr presa de un pánico ciego, había caído en la piscina… y se había ahogado…*

Por un instante, Louise pensó que iba a perder otra vez el sentido. No la dejaron ver el cuerpo, y la obligaron a volver al

estudio y a tenderse, mientras Roger le daba un poco de coñac.

No fue hasta más tarde cuando le contaron que, en realidad, Edna no había caído a la piscina. La encontraron tendida en el borde, con la parte superior del cuerpo sumergido en el agua. Pero no había muerto ahogada.

La habían estrangulado.

# 14

En el Sunset Strip reinaba un ambiente de fuertes vibraciones.

En el cine porno los fanáticos del desnudo hacían cola para la sesión de medianoche, en la que se exhibía una película donde, a base de escenas escabrosas, se narraban las desventuras de una muchacha india llamada Vello Partido.

Calle abajo, los mostradores al aire libre de los bares de hamburguesas estaban atestados de parroquianos que consumían tanto hamburguesas como porros.

En la esquina del Laurel Canyon Boulevard, Tony Rodell, inmóvil como una estatua, forzaba su imaginación. Estaba en todo, pero parecía como si todo se evaporara ante su vista.

El letrero pegado al todo terreno deportivo con sus letras bien marcadas: *Joróbate*.

El individuo con un sombrero a lo Christian Dior gritando a su compañero: «¿Cómo es posible que un chico como tú se enamore de Ronald? ¡Pero si es tan viejo que podría ser tu madre!»

La muchacha con el peinado afro gritándole a alguien en la acera: «Vente a la misa negra del sábado. Estamos buscando gente».

¡Caray!

Allí estaba lo bueno y se alegraba de haber vuelto. El más esplendoroso espectáculo del mundo, acción por dondequiera que se mirase; la calle llena de cow-boys de medianoche, y contemplando el espectáculo desde los enormes paneles, las caras risueñas de los dioses: los «Up Yours», los «Cloacas», Strockyard Slim y «los Cerdos».

El año pasado, el propio Tony figuraba también en aquellos anuncios. Fue cuando apareció el disco y el grupo estuvo listo para

actuar en el Tahoe. Pero luego, todo se fue al diablo. La noche del estreno el local fue invadido por la Policía. Había sido su madre, su propia y fisgona madre, quien había dado el soplo.

Un verdadero desastre. Al principio, Tony se sintió muy afectado. No fue hasta más tarde cuando llegó a la conclusión de que ella debió haberlo sabido de antemano. Y de que hizo un trato aceptando denunciar al grupo a cambio de que a él lo dejaran libre. Aceptaron, siempre y cuando prometiera mantenerlo a buen recaudo. Y era por aquello por lo que la vieja lo metió «en conserva». Tuvo que gastar su buen dinero para tenerlo en el sanatorio, y, de salirse con la suya ella y Griswold, hubiera pasado la vida pensando en las musarañas, al menos hasta que durase el dinero.

Pero otra cosa se había terminado para Griswold antes de que el dinero tocara a su fin, y él no iba a volver al sanatorio. De ningún modo. Llevaba el pelo corto y se había afeitado la barba. Ni su propia madre le hubiera reconocido, al menos hasta que fuera demasiado tarde.

*Demasiado tarde*. Era ya más de medianoche y no aparecía nadie.

Tony movió los pies y paseó la mirada observando el tráfico a lo largo del Sunset. «A las doce, enfrente del Schwab», había dicho aquel hombre. Llevaba allí más de veinte minutos, y la vibración no era ya tan divertida. Recordó lo que hablaron la pasada noche.

Fue cuando aquel hombre volvió al aparcamiento y vio que todos se habían marchado, y que Tony estaba tendido en el asiento trasero abatido con un golpe de la pistola que se suponía iba a servirle para mantenerlos a raya. Se puso a golpear a Tony en la cara hasta hacerle volver en sí, y durante unos momentos Tony se quedó alelado al ver de lo que era capaz cuando se enfadaba.

—No pude evitarlo —decía Tony una y otra vez—. Saltaron sobre mí todos a un tiempo. Si me hubiera dejado usted poner las malditas balas…

—¿Para cargarte a alguien y tener encima a toda la Policía? —dijo el hombre, jadeando.

Luego dirigió a Tony una mirada siniestra y le dijo, con aire amenazador:

—Eres un asqueroso. No puedes imaginar cuánto te odio —se

echó a reír, sin perder su aire perverso, lo que significaba que en el fondo todo iba bien—. No te preocupes, no esperaba mantenerlos allí mucho tiempo. Quizá será más fácil ahora que se han largado… A menos que alguno sea detenido antes.

—¿Antes de qué? —preguntó Tony.

El otro limitóse a reír, al tiempo que se metía la pistola en el bolsillo.

—Déjame a mí. Venga, hay que moverse.

—¿Quieres que conduzca?

El otro hizo un gesto negativo.

—Dejaremos el coche aquí mismo.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo por el que pienso librarme de esto —dio unos golpecitos con la mano en el bolsillo donde guardaba el arma —. A partir de ahora no dejaremos rastro. Buena estrategia militar, como diría Von Clausewitz.

—¿Von qué?

—Un amigo mío —el hombre ayudó a Tony a incorporarse y a salir del automóvil—. Tienes buen aspecto —dijo—. ¿Crees que podrás andar?

—Desde luego. Estuve inconsciente sólo unos minutos.

—Bien. Pues camina.

—¿No vienes conmigo?

El otro movió la cabeza.

—Quien anda solo, anda más de prisa —seguía mirando a Tony de tal modo que era casi posible distinguir los engranajes que estaban funcionando en su cabeza. Tony se preguntó si alguien habría logrado alguna vez penetrar en sus pensamientos. Quizá Griswold. Pero éste quedó atrapado en el engranaje, y Tony no estaba dispuesto a seguir el mismo camino—. Mañana por la noche —dijo el hombre.

Y así fue como quedó fijada la cita.

—Pero ¿por qué no me deja ir con usted? —preguntó Tony.

—Ni hablar. Suponte que alguien es detenido y da nuestra descripción. Es difícil identificar a alguien por sólo una descripción… Pero cuando son dos los que van juntos y las identificaciones coinciden, la cosa varía. Además, tengo que

ocuparme de algo.

—¿Quiere decir que estaré solo durante veinticuatro horas?

—Sí, y tendrás que tomar precauciones —le dio algunos billetes, probablemente sacados de la cartera de Griswold—. Vete a un motel y descansa. Procura comer algo, y mañana quédate allí hasta que sea de noche.

—¿Por qué diantre no puedo irme a mi casa?

—Porque si la «poli» actúa, será el primer lugar donde irán a buscarte. Esperaremos hasta que haya pasado el peligro.

—Y entonces, ¿qué?

—No te preocupes. ¿Crees que voy a dejarte en un mal paso?

Los dos sabían que de no haber sido por aquel hombre y por sus planes, Tony estaría aún encerrado. Pero habían hecho caso de él y por ello se encontraban allí. Era mejor continuar por el mismo camino.

El hombre se alejó en dirección oeste mientras Tony lo hacía en sentido contrario, metiéndose en un de pauperado motel de Ventura, donde nadie se preocupaba por los equipajes. Igual que el otro, llevaba un traje normal en vez del atavío de los pacientes, lo cual le ayudó mucho a pasar desapercibido.

No le fue fácil dormir por culpa de las imágenes que se arremolinaban en su mente apenas cerraba los ojos. No había visto a Griswold ni a la enfermera, pero sí presenció cómo moría Herb. Había sido espantoso, y el recuerdo no le suavizaba la impresión, pero Tony se repitió que todo había pasado ya y que no había motivo para seguir preocupándose. Los demás estarían tan apurados como él, y valía más tomárselo con calma. El otro sabía lo que estaba haciendo y siempre cumplía con su palabra. Le dijo que escaparían, y se habían escapado. Ahora le aseguraba que lograrían recorrer el resto del camino, y así sucedería, sin duda alguna.

Hacia la madrugada Tony logró dormir un poco, y al mediodía sintióse mejor. Tomó un autobús en dirección a Hollywood Boulevard y se metió en uno de los cines de sesión continua, en el que vio dos películas. En la primera, los maduros soldados de la caballería estadounidense, vestidos de azul, destripaban a unos

cuantos inocentes pielesrojas. En la segunda, unos policías asimismo maduros y también vestidos de azul, destripaban a inocentes jóvenes alborotadores. Así llegó el anochecer. Tony tenía lo justo para un par de bocadillos en un tenderete del Boulevard. No fue una buena idea, porque el contenido de los bocadillos le recordaba un poco los intestinos que había visto desparramarse en la película. Desde luego, el cine no era más que cine, y las películas estaban clasificadas como para todos los públicos. Pero nadie clasificaba a los bocadillos.

Tony empezó a andar Boulevard arriba, pasando ante los escaparates de las librerías *(Militares Históricos del Viejo Oeste*) y las tiendas de discos *(Viejas Melodías del 1971.*) Se preguntó distraídamente si su disco seguiría en venta, pero finalmente desistió de entrar a averiguarlo. Era mejor seguir andando.

Seguir andando y pasar ante las gentes que curioseaban a la entrada del «Grauman's Chinese» («Mira, mamá, ¿es ése un *hippie* verdadero?»). Descendiendo por La Brea hasta el Sunset, y luego por éste más allá de las tiendas de alimentos especiales para los fanáticos de la salud, y los bares para invertidos. Salió luego al Strip, al otro lado de Fairfax, y por fin allí estaba. Pero ¿por dónde diablos andaría el otro?

Alguien hizo sonar un claxon y Tony volvió la cabeza, reconociendo el sonido. Al mismo tiempo reconoció también el coche. Era su propio MG, y el otro estaba al volante tomando la curva por la derecha en el sentido del tráfico.

—¡De prisa! —dijo el hombre, lo cual resultaba ridículo, porque todos los coches se habían detenido ante el semáforo rojo.

Tony saltó al interior, y al cambiar la luz, el MG terminó su giro y echó Laurel Canyon arriba.

—¡Eh! ¿De dónde ha sacado mi coche?

El hombre sonrió.

—De ese sitio estupendo donde tan bien vives.

Llevaba un traje nuevo: chaqueta oscura y pantalón deportivo. Tony se figuró que lo habría comprado gracias a la cartera de Griswold. Su sonrisa le dijo que todo le salía perfectamente.

—Ha estado en mi casa —dijo Tony.

El otro hizo una señal de asentimiento.

—Quería comprobarlo todo para asegurarme de que no íbamos a tener problemas.

—¿Qué pasa con los polis?

—Si la ignorancia es la felicidad, son la gente más feliz del mundo.

—¿Nadie ha dado el soplo?

—Ni un alma —se detuvo en el cruce del Hollywood Boulevard y luego se lanzó como un cohete en cuanto apareció la señal verde —. Tienes una casa estupenda.

—Estoy muy a gusto en ella.

—Lo que no esperaba era tanta elegancia. Creo que el arquitecto se arriesgó a ponerse en plan barroco.

—Había sido de un productor. Mi administrador la consiguió barata el año pasado. Me dijo que era un buen negocio.

—¿Es ése el que se ha estado ocupando de tus asuntos hasta ahora?

—No. Dejamos pendiente el contrato cuando fui al sanatorio. Mi vieja viene un par de días a la semana. Procura que la batería del coche esté en condiciones, limpia el piso y da de comer a los perros —Tony sonrió—. ¿Qué le han parecido los perros?

—Me dieron un susto de muerte. Empezaron a ladrar en cuanto salté la pared y estuve a punto de no seguir adelante —al llegar a Lookout Mountain torció hacia el callejón de la izquierda—. Menos mal que los tienes bien sujetos.

—Hay que tomar precauciones con los dobermans. Tener perros guardianes es una buena idea, ahí en la montaña. Desde luego, los dos me conocen, y también a mi madre, pero si se acerca un extraño, más vale que tenga cuidado.

—No dejaron de gruñir todo el tiempo que estuve en la casa. Pensé que tendrían hambre, y saqué de la cocina una lata de comida canina. Pero te aseguro que no me acerqué mucho.

—Cuando nos vean juntos cesarán de molestar. Conmigo y con mi madre se portan como dos cachorrillos.

El MG subió por Lookout, pasó ante Horseshoe Canyon, dirigiéndose hacia la escuela, y luego tomó la bifurcación de

Wonderland Avenue. Incluso en la oscuridad, el camino era conocido para Tony, y éste de repente experimentó ese sentimiento peculiar que se manifiesta al volver a casa. Comprendió lo mucho que había añorado no vivir en su propia morada con Tiger y Butch.

—¿Dices que tu madre viene varias veces por semana? —preguntó el otro.

—No se preocupe; no vendrá otra vez hasta el jueves.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy seguro. Llamó al sanatorio anteayer y dijo que se iba a Las Vegas para un par de días.

—¿Y si se queda sin un céntimo? ¿No podría ser que regresara antes?

—Nunca va allí para jugar. Cuando hay una convención en el Flamingo, trabaja en las mesas. Es camarera de cocktails —Tony movió la cabeza—. Al verla nunca se diría que tiene un hijo mayor. Hace un par de años trabajó como *top-less* en el «Western».

—Una vez vi una camarera con un auténtico *top-less* —dijo el otro.

—¿Auténtico?

—Sí, auténtico —el hombre sonrió—. Le habían cortado la cabeza.

Tony sonrió a su vez, aun cuando aquella broma estaba ya muy gastada. Pero ¿sería en realidad una broma?

Con aquel tío nunca podía saberse. Tan pronto estaba haciendo bromas como hablando en términos filosóficos. Sin embargo, era el único que podía arreglar las cosas, y esto era lo que importaba.

El MG se metió en el parque Wonderland y continuó su ruta ascendente. La carretera se hacía cada vez más estrecha y oscura. Conforme ganaban altitud, la oscuridad y la estrechez se hacían más evidentes. No había luces en los patios, ni tampoco en las casas distribuidas por la montaña. Era difícil hacerse a la idea de que se hallaban a sólo diez minutos del Strip. Vivir allí era como meterse en un escondrijo. La mayor parte del tiempo se vivía entre la niebla, y normalmente hacía más frío que abajo. También la gente era más fría. Ésa fue una de las causas principales de que a Tony le gustara aquel lugar.

Sería muy agradable estar de nuevo en casa, aunque fuera por

poco tiempo. Sólo por poco tiempo, desde luego, porque en cuanto la Policía se organizara, empezaría la caza.

Tony miró a su compañero.

—¿Qué haremos a continuación? —preguntó.

—Tengo unas cuantas ideas. Espera a que entremos y descansemos.

Tony observó que el MG avanzaba ahora muy despacio, a marcha reducida, tomando casi al ralentí las curvas que llevaban a la casa situada en la cumbre. El hombre miraba atentamente cualquier sombra, cualquier coche aparcado, asegurándose de que nadie oculto por allí les vigilaba. Desde luego, no era el momento para hablar del futuro. Había que tener el oído alerta.

Y ahora el oído le decía que los perros acababan de percatarse del coche, porque estaban gruñendo al otro lado de la pared. El MG se detuvo frente a la calzada, con el motor en marcha.

El hombre se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y arrojó unas llaves a las rodillas de Tony.

—No tendrás que saltar por la pared —le dijo—. Las he encontrado en tu mesa.

Tony abrió la puerta y se deslizó hacia el interior. Podía oír a Tiger y a Butch gruñendo y husmeando, y el rumor de sus uñas rascando y arañando la pared cada vez más fuertemente. Bueno, también él estaba emocionado al ver la casa, después de tanto tiempo. La había echado de menos más de lo que se figuraba.

Tony miró al otro, que permanecía sentado tras el volante.

—¿No va a entrar?

—Antes dejaré el coche en el garaje. Si alguien lo ve mañana aquí en la calle, puede sospechar algo.

Era una buena idea. Tony subrayó su aprobación haciendo un ademán con el pulgar y el índice, y el otro asintió con la cabeza.

—Tú pasa, y procura apaciguar a los perros.

Tony abrió la verja. El ruido de la llave al girar en la cerradura le resultó confortador y familiar.

Se metió en el patio cerrando la verja tras de sí, mientras los perros seguían gruñendo. Oyó el ruido del motor del MG, que daba marcha atrás y se alejaba. Pero antes de poder pensar conscientemente en todo aquello, vio con gran sorpresa que Tiger y

Butch estaban sueltos y que corrían hacia él mostrando los colmillos, con las fauces babeantes y las rojas pupilas resplandecientes a la claridad de la luna. Ésta se apagó en el momento en que los perros saltaron. Tony lanzó un grito y quiso huir, pero era ya demasiado tarde.

# 15

La Tierra gira alrededor de su eje en veinticuatro horas menos cuatro minutos.

Describe una órbita alrededor del Sol a unos veintisiete kilómetros y medio por segundo, mientras se lanza por el espacio a una velocidad de más de quince mil kilómetros por hora.

El teniente Franklyn Barringer lo aceptaba porque lo decían los sabios. Lo aceptaba, pero no lo acababa de entender.

Sentado tras su mesa, con ambos pies bien apoyados sobre el suelo, no podía hacerse a la idea de estar girando en círculo sobre una bola que, al propio tiempo, giraba alrededor de otra esfera a una velocidad pasmosa, para arriba o para abajo o de costado. Sin embargo, se dijo que aquello estaba ocurriendo y que *era un hecho demostrable, aunque pareciera increíble*. No había más que aceptar la evidencia y olvidar el asunto.

Lo malo es que algunas evidencias, aunque increíbles, no pueden ser olvidadas tan fácilmente. Y eso es lo que ocurría con la carpeta puesta sobre la mesa de Barringer y que aquella mañana se iba haciendo cada vez más gruesa por culpa de las notas, las llamadas telefónicas, las reseñas a máquina y los informes.

—Muy bien —murmuró—. No hay más remedio que aceptarlo. Aunque todavía no lo puedo creer…

—¿Y quiere que yo le convenza, verdad? —preguntó el doctor Vicente.

—No necesariamente —dijo Barringer, sirviéndose una taza de café—. Usted ya ha visto todos esos papeles. Ahora necesito su opinión.

—O, dicho de otro modo, una estimación adecuada —expresó

Vicente, volviendo a llenar su taza de café—. Para empezar, ¿es posible que un hombre cometa todos esos crímenes en solamente cuatro horas? Bajo ciertas condiciones, la respuesta podría ser sí.

—¿Qué condiciones?

—Que tuviera los nombres y las señas de las víctimas… Y esto podría haberlo sabido de ellas directamente, o bien tomándolas del fichero de Griswold antes de quemarlo. También ha debido disponer de un medio de transporte… Y por las huellas de los neumáticos sabemos que conducía el coche de Tony Rodell, o por lo menos uno que hubiera estado en el garaje de éste. Finalmente, debería estar seguro hasta cierto punto de que esas personas regresarían a sus hogares o lugares de trabajo a última hora de ayer.

—Edna Drexel dijo a sus padres que estas personas partieron en distintas direcciones al llegar a Sherman Oaks.

—También dijo que estaba segura de que alguien la seguía.

—No olvide… que sólo dos horas antes Jack Lorch fue asesinado en Culver City.

—Sí. Pero desde Culver City a Bel Air hay tan sólo media hora en automóvil.

—¿Y cómo sabía que Edna Drexel pensaba ir a su casa?

—Por el mismo motivo que supo que iba a encontrar a Jack Lorch en su despacho. Esas personas no tenían otro sitio a donde dirigirse, sin dinero y sin comida.

—Parece haberle salido todo bien.

—No podía ser de otro modo. A mi modo de ver, lo que planeó en un principio fue asesinarles en masa cuando aquella noche estaban reunidos en el coche de Griswold. Según la historia contada por la Drexel, Tony Rodell les encañonaba con una pistola. Quizá tuvo la intención de llevárselos a casa de Rodell y acabar con ellos allí ayudado por éste. Pero cuando escaparon hubo de seguirlos uno por uno y correr diversos riesgos.

—Usted siempre habla de un hombre. Pero no olvide que hay dos de quienes nada sabemos.

—De acuerdo. Pero uno formaba parte del grupo que escapó. Y estará oculto en algún lugar, a menos que el asesino lo haya descubierto y aún no lo sepamos.

—No sabemos absolutamente nada, excepto que dos hombres

siguen todavía en lugares desconocidos y que uno de ellos se llama Bruce Raymond. Éste puede ser el asesino o una víctima en potencia. Elija —el doctor Vicente tomó unos tragos de café y después puso la taza en la mesa escritorio.

—A juzgar por lo que sabemos de Raymond, puede ser tanto una cosa como la otra. He leído el informe de la Administración de Veteranos. Inestabilidad muy clara, pero cooperativo y con buena reacción a la terapia… Frases imprecisas que no son sino excusas para soltarlo y dar su cama a otro paciente. Un diagnóstico inconcreto con el que el doctor se protege luego de haber tomado su decisión.

—¿Quién se ocupó del caso allí?

—Un comandante llamado Fairchild. Ayer intenté ponerme en contacto con él, pero hace mucho que se marchó. Tienen unas señas suyas en Seattle… un establecimiento llamado Trade Clinic, mas cuando telefoneé me contestaron que se había ido de vacaciones al Japón. Posiblemente podría localizarlo a través de…

—No hay tiempo —le interrumpió Barringer moviendo la cabeza —. Pero aunque lo localizáramos, ¿cree usted que un médico militar que se encuentra ahora en el Japón podría prever que uno de sus antiguos pacientes iba a desmandarse por aquí?

—No, no puede, ni tampoco yo hubiera podido —respondió el doctor Vicente, echando su silla hacia atrás—. Pero puedo decirle algo sobre el tipo de hombre que cometió los crímenes.

—¿Otra suposición como las anteriores?

—No del todo. Ahora tenemos algunos hechos. Primero: como le dije, es indudablemente un sociópata.

—¿No puede explicármelo sin emplear esa jerga psiquiátrica?

—De acuerdo. No emplearé frases complicadas —Vicente sonrió y luego volvió a ponerse serio—. Repitiendo lo que ya sabemos, nuestro hombre no ofrece el aspecto de un loco. Su porte y su conducta son los de un ser humano racional. Lo que hace, lo hace a conciencia. Se las arregló para organizar su huida del sanatorio sin despertar la menor sospecha ni del personal ni de sus compañeros pacientes. E incluso consiguió que éstos le siguieran. Probablemente está acostumbrado a mandar, a dar órdenes…

—Raymond era oficial del ejército.

—De acuerdo —dijo Vicente, haciendo una señal de asentimiento—. Hay otra cosa. A juzgar por la naturaleza de los crímenes, debemos suponer que estamos ante una persona dotada de gran fortaleza física. Aun cuando aceptemos que Tony Rodell fuera su cómplice, resulta evidente que hubo de emplearse la fuerza acompañada de un elemento de sorpresa. Griswold fue amarrado a su sillón, a Jack Lorch le golpearon en la cabeza, un enfermero fue apuñalado, dos mujeres estranguladas, a Dorothy Anderson le cortaron el cuello…

—Ésta es otra de las cuestiones que me preocupan —aseveró Barringer—. Cada muerte fue distinta, y, por lo general, existen normas constantes.

—Es que no estamos tratando con un asesino que se rija por procedimientos únicos. No hay aquí fetichismos ni, al parecer, tampoco ningún componente claro de sadomasoquismo —Vicente hizo una pausa al darse cuenta de que había incurrido otra vez en su fraseología forense—. A nivel consciente este hombre mata sólo para cubrir sus huellas, utilizando los métodos que en cada caso le parecen más adecuados. Pero, desde luego, a nivel inconsciente la cosa varía. Cualquiera capaz de planear el modo en que eliminó a Tony Rodell…

—No sabemos si lo planeó o no —te interrumpió Barringer—. Puede haber sido accidental. Aunque en realidad, si bien los dobermans son feroces, debían conocer a su amo…

—En efecto —aclaró el doctor Vicente, removiendo los papeles sobre el escritorio de Barringer—. Usted ha hablado con su madre esta mañana.

—Pero no saqué absolutamente nada —dijo Barringer, moviendo la cabeza—. Aparte de identificar a su hijo como uno de los pacientes escapados, todo lo demás que nos dijo era de una falsedad clarísima. Tony era un buen chico, quizá un poco raro, pero sin problemas graves…

—Es la madre de la víctima. ¿Qué quiere que diga, teniendo en cuenta las circunstancias?

—No importa. Disponemos del informe sobre Tony.

Esta vez fue Barringer quien empezó a manosear los documentos, hasta encontrar una hoja que leyó por encima.

—Tuvo que abandonar la escuela. A los dieciséis años le acusaron de robar un coche. Libertad provisional. Su madre jura que nunca estuvo involucrado, pero tenemos aquí dos cargos por uso de drogas.

—¿Fue antes o después de haber organizado su grupo rock?

—Después. Al parecer, estaba logrando buenos resultados con su música… lo suficientemente buenos como para poder comprarse esa casa y mantenerla. Conseguí que la madre admitiera que llevaba casi un año sin haber visto a su hijo antes de que entrara en el sanatorio, pero rehusó hablar del motivo. Yo creo que entró allí porque estaba metido en la droga.

—¿Tiene algún motivo que apoye esa teoría?

—Hay dos mil motivos —replicó Barringer, tomando un último trago de café—. Dos botellas con un millar de cápsulas de anfetaminas cada una escondidas bajo los paquetes de carne en el congelador. Salieron a la vista esta mañana, cuando estuvieron registrando la casa. Una estaba abierta y la otra cerrada.

El doctor Vicente entornó los párpados.

—¿Y qué le sugiere todo eso?

—Que Rodell y el asesino llegaron juntos a la casa, posiblemente con intención de pasar la noche en ella. Es posible que fueran en el coche de Rodell y a lo mejor estuvieron juntos durante la tarde, cuando se cometieron los crímenes.

—¿Cree usted que Tony Rodell participó en ellos?

—Podría ser. En especial si antes, cuando fueron a recoger el coche, pudo localizar las cápsulas. No he de decirle lo que un adicto es capaz de hacer cuando se encuentra bajo los efectos de la droga —Barringer desplazó la taza de café que estaba sobre la mesa—. Creo que estaba todavía muy drogado cuando volvieron a la casa, lo suficiente como para maltratar a los perros, y éstos le atacaron. Su compañero se asustó y escapó en el vehículo.

—¿Hay alguna prueba de que maltratara a los perros? ¿Han encontrado sus hombres algún palo o látigo en el lugar del suceso?

—No. Solamente el envoltorio de uno de los paquetes de carne. Quizá se limitó a excitar a los perros enseñándoles la carne y luego se la quitó o algo por el estilo —Barringer se encogió de hombros—. Cuando se trata de un adicto, cualquier cosa es posible.

—Limitémonos a lo que es probable —dijo el doctor Vicente—. Según usted, no hay una norma fija en esos crímenes. O, lo que es igual, no hay un *método único*. Pero el planteamiento aparece evidente en el *motivo*. El asesino va eliminando una tras otra a cuantas personas podrían identificarle. Estamos de acuerdo los dos en que Tony Rodell pudo ser una de esas personas, lo que hace que su muerte pueda incluirse en el esquema general.

—¿Y cómo se las compuso el asesino para que el perro atacara a Rodell?

—No lo sé —manifestó el doctor Vicente, levantándose—. Como tampoco usted sabe, realmente, si Rodell estaba o no bajo la influencia de anfetaminas en el momento de morir.

—Pero lo descubriré —dijo Barringer, frunciendo el ceño y alargando la maño hacia el teléfono.

El doctor Vicente se mantuvo en silencio mientras el teniente hacía una llamada al despacho del forense. La conversación que siguió fue muy complicada, mas la expresión de Barringer, cuando colgó el auricular, era reveladora.

—Bueno, doctor —dijo—. La autopsia no está terminada, pero los análisis preliminares de la sangre de Rodell y del contenido de su estómago muestran que estaba completamente «limpio» cuando murió.

—¿No hay rastro de anfetamina?

Barringer movió la cabeza.

—No. Tenía usted razón en que los perros no le atacaron accidentalmente. Habían sido inducidos.

—¿Inducidos?

—Los animales fueron muertos esta mañana. Pedí un examen y, según el informe, sus estómagos estaban llenos de carne, y hay indicios de que también les dieron, por lo menos, media docena de cápsulas a cada uno.

—No me extraña que atacaran a Rodell cuando éste se acercó. Hubieran atacado a cualquier cosa en movimiento. Alguien drogó a los perros.

# 16

Había pasado la noche en el automóvil aparcado en un callejón sin salida junto a la entrada en desuso de una autopista. Una barrera de arbustos le ocultaba de la calle mientras dormía.

Dormir nunca había sido problema para él. Se limitaba a cerrar los ojos e inmediatamente se sumía en un agujero negro. En un lugar donde esconderse, oscuridad y silencio. En un lugar donde nada podía salir a su encuentro, ni siquiera un sueño. Llevaba años sin soñar.

«Claro que sueña usted», insistía siempre su médico. «Todos soñamos. Lo que pasa es que borra esos recuerdos quitándolos del subconsciente».

La implicación era obvia. Según la misma, bloqueaba sus recuerdos porque las pesadillas le resultaban insoportables. Esto era lo que el doctor quería creer. Pero estaba equivocado. Nada es demasiado terrible como para no soportarlo. Lo tenía bien demostrado sin ningún género de duda, y no en los sueños, sino en la realidad. Nadie había sufrido como él, y, sin embargo, logró sobrevivir. Sobrevivió mientras los otros, los soñadores, estaban muertos. Él simplemente dormía. Dormía acurrucado y seguro con la confianza de quien sabe que se despertará a tiempo. *Porque yo soy la resurrección y la vida, ahora y para siempre. Amén.*

Se despertó al oír un rumor estruendoso.

Parpadeó confuso, tratando de arrastrarse y salir del agujero mientras caían las bombas… pero no, no eran bombas. Aquello pertenecía a otro lugar y a otro tiempo.

Reconoció el lugar donde se hallaba en aquel callejón sin salida, e identificó también el ruido: lo producían los camiones de la

basura, que durante las vacías primeras horas de la mañana circulaban por la calle en hilera para cumplir su obligación. Al darse cuenta, su corazón se calmó y volvió a recuperar el sosiego.

Se sentó esbozando una leve sonrisa, no por reconocer lo que estaba pensando, sino al apreciar aquella disciplina y el control que le permitían reaccionar de una manera tan fácil. ¿Cuántos otros, en parecidas circunstancias, hubieran hecho igual?

No, nadie lo hubiera hecho, porque en realidad no había seres conscientes, sino sólo actores. Desde luego, ninguno lo reconocía, como tampoco lo sabía el doctor. Creían ser gente real, pero eran sólo ficciones de la imaginación. *El mundo es idea mía*.

El descubrir ese secreto fue lo que hizo que las cosas resultaran tan fáciles.

Al principio no estuvo muy seguro. Se preguntaba cómo se presentarían los hechos. Dudaba de si podría realmente llevar a cabo la parte que había ensayado tantas veces en su imaginación. Luego de haber escrito la obra, la dirigió, trazó los movimientos, seleccionó el reparto y planeó toda la producción. Sabía su papel perfectamente, pero la intrigante duda era si lo representaría bien.

Ahora conocía ya la respuesta. No había padecido ningún pánico al salir al escenario. *Grand Guignol*, Teatro de la Crueldad. Llamadlo como queráis, en nada se diferenciaba del Teatro del Absurdo. Comedia y Tragedia eran sólo máscaras de quita y pon. Bastaba con recordar que todo era fantasía. La sangre se simulaba con *ketchup* y las contorsiones y muecas, los gritos y lamentos emanaban de actores que, siguiendo al apuntador, iban preparando la gran escena final de sus muertes.

Aunque, desde luego, tenía que andarse con cuidado, porque él era un ser real y su sangre no era *ketchup*. Todos gritarían: «¡El autor, el autor!», pero no podía permitirse salir al escenario a saludar. Tenía que librarse de los focos, fuera como fuera, y el mejor procedimiento era el de cambiar continuamente de papel.

*Cada uno a su tiempo representa diferentes personajes*. Los seres abnegados y pacientes pertenecían al doctor Griswold y a su equipo. La acción más decisiva correspondía a los enfermos. Para auditorios selectos, de una sola persona, se hacían las partes silenciosas. La escena del hombre oculto en el armario correspondía a Dorothy

Anderson. La del que surgía de las sombras, a Jack Lorch. La del que se agazapaba en el jardín, a Edna Drexel. La piscina había sido un gran escenario. Confusos recuerdos le indicaban que lo había estado copiando de un antiguo melodrama oriental: *Kismet*. La vida siempre copia al Arte.

Pero quitar de en medio a Tony Rodell había sido una brillante improvisación. Utilizar los perros de aquel modo podía considerarse un golpe genial. Quizá hubiera conseguido engañar con ello completamente al público.

Se echó hacia adelante en el asiento del coche, puso en marcha la radio y manipuló el botón de mando buscando una emisora que transmitiera las primeras noticias de la mañana.

El parloteo del locutor dio la respuesta a lo que estaba buscando.

«… una espantosa y brutal serie de crímenes que ha culminado a primeras horas de hoy con la muerte del que fue una gran estrella del rock y el pop: Tony Rodell…»

Escuchó hasta quedar convencido de que conocían el episodio de los perros. Aquello era importante. Pero no sabían nada de él, y esto lo era todavía más. Lo otro era apenas una malhumorada expansión a base de insultos: «Maníaco homicida» y todo lo que sigue. Quienes no entendían la obra, siempre hablaban mal de ella.

Apagó la radio y enchufó la afeitadora que el día anterior había adquirido en el «drugstore». Utilizando el retrovisor se rasuró la barba. Luego metió la mano bajo el asiento y sacó ropas limpias. Era una suerte haber encontrado tanto dinero en la cartera de Griswold. Incluso le permitió comprar un traje nuevo. Recordó lo cuidadoso que había sido con Dorothy Anderson, llegando incluso a tomar del armario uno de sus vestidos que se colgó del cuello como un delantal para no salpicarse de sangre. Luego arrojó la manchada prenda a un barranco antes de coger el coche de Tony Rodell, y, al parecer, no la habían encontrado todavía, aunque, desde luego, el vestido no iba a servirles de nada.

Atisbó por entre los arbustos hacia la calle. Un poco de tráfico matutino empezaba a circular por ella; gente que iba a su trabajo; pero nadie miró hacia allá. Aun así, se acurrucó tras el volante,

escondiéndose al máximo, mientras se cambiaba de ropa. No hubiera faltado sino que le detuvieran por exhibicionismo indecente.

Estaba claro que su suerte era magnífica. Lo había sido desde el principio. Quien es listo se labra su propia ventura y todo le sale bien.

Se puso los pantalones y quitó los alfileres de la camisa nueva. Una vez se la hubo abrochado, tomó la corbata y, sentándose muy tieso, se la anudó con los ojos fijos en el espejo. Luego, pasó el contenido de sus bolsillos al nuevo traje, deteniéndose para contar el dinero que todavía quedaba en la cartera de Griswold. Treinta y cuatro dólares. No era una fortuna, pero bastaría para pasar la jornada. Y, además, dentro de poco tendría más dinero. Más dinero y más tiempo.

Por vez primera se permitió considerar, abiertamente, aquella idea. Llevaba esperando algún tiempo, esperando con paciencia hasta que el escenario estuviera dispuesto. *¿Por qué limitar aquello a una sola función*?

Ya se le había ocurrido en el sanatorio. Y la pasada noche lo sintió todavía con más fuerza. Aquel día, el punto culminante sería alcanzado y el telón caería después. Su papel en la obra habría terminado.

*Pero ¿por qué tenía que terminar?*

El eliminar testigos había sido ideado como una medida de precaución, por cierto, muy sensata. Pero ¿por qué detenerse allí?

El mundo estaba lleno de gente que acabaría siendo olvidada. Como aquel imbécil de la radio con su presuntuoso vocerío hablando de un «maníaco homicida». Sí, él y otros muchos.

En su cerebro se inició el paso de un desfile encabezado por una *majorette* de largas piernas, medio desnuda, que tocaba un tambor. Caminaba levantando las piernas, vestida con unos eróticos pantaloncillos, acariciando el falo de plata tan querido por todas aquellas fulanas provocadoras, humedeciéndose los labios mientras lo arrojaba al aire como una burla hacia el papel del hombre. Y tras de ella iba una imbécil y vociferante animadora con los pechos turgentes bajo el suéter, haciendo cabriolas, muecas grotescas y ademanes espasmódicos, mientras gritaba con ardor: «¡Una A, una

S, una C, una O!» Y tras ella un corpulento, agresivo y pretencioso bruto, con cara de pescado congelado y ojos como bolas de cristal, moviendo el cuerpo indiferentemente al paso rígido de un robot: Su Majestad el sargento, aullando como un loco aquella culminación de la más incomprensible tontería: «¡Un, dos…!»

Y tras de él los demás, los millones y millones de otros seres que seguían a tales jefes. Que aceptaban las rotundas palabrotas de los locutores y las obscenas mentiras que usaban al hablar de gente a la que nunca habían visto y de productos que nunca habían utilizado. Que aplaudían a las *majorettes* llamándolas «preciosas» como parte del conjunto de «seres buenos y sanos», formado por cretinos que pegaban patadas, golpeaban y se lanzaban los unos contra los otros. Que gritaban palabras estúpidas bajo las órdenes de animadoras que no tenían idea de lo que era animar o dirigir. Que obedecían ciegamente los sordos gruñidos de quienes fingían sentir orgullo al caminar como en un desfile que conducía a los demás hacia la destrucción.

El desfile era interminable.

Pero él lo podía interrumpir cuando quisiera.

Por unos breves instantes tuvo la sensación de alguna similitud simbólica entre aquellas personas a las que evocaba. Cada una de ellas era hasta cierto punto una figura autoritaria. Y la idea en cuestión contribuía a incrementar aún más su impulso.

Estaba pensando en ello, mientras buscaba en la guantera unos pañuelos de papel con los que cuidadosamente limpió el salpicadero, el volante y el espejo retrovisor. Envolviendo las ropas sucias en el mismo papel que había contenido las nuevas, se puso el paquete bajo el brazo y salió del coche. Una vez fuera, utilizó los pañuelos para limpiar los tiradores de las puertas.

Mirando la calle por entre el follaje, esperó un momento en que no hubiera tráfico, y saliendo a la acera, empezó a caminar. Al llegar al cruce, se volvió y siguió una calle lateral. A medio camino, manzana arriba, se detuvo ante una hilera de cubos de basura dispuestos para ser vaciados. Miró otra vez a su alrededor, asegurándose de que no circulaba ningún automóvil ni de que nadie le observaba. Levantó la tapa de uno de los cubos y metió en él el paquete con las ropas viejas, cubriéndolo con periódicos. Fue una

tarea desagradable, pero el fin justifica los medios, por sucios que éstos sean.

Volviéndose, bajó la calle otra vez. En algún lugar, cercano al cruce, debía haber un café. Luego de haber comido, se dijo que tenía que encontrar otro coche. Recorrió los callejones situados tras de las tiendas donde dueños y empleados aparcaban, hasta que logró localizar un vehículo cuyo despreocupado propietario había dejado puesta la llave del contacto. Otra actividad degradante, pero una vez más se dijo que solamente había que considerar el fin; el fin que pensaba imponer a los otros.

¿En qué consistía la irritante inanidad que los *hippies* habían adoptado en provecho propio? *En un estilo de vida*. Frase pretenciosa para una existencia vacía e irresponsable, desprovista de estilo.

Él era distinto. Su estilo de vida era la muerte.

*No matarás.*

Uno de los Mandamientos de la Ley de Dios que nadie practicaba mientras el mundo estuviera inmerso en tal desorden. Se dijo que, si la Providencia se presentaba a unas elecciones, las perdería.

Matar era fácil. Todo el mundo lo sabe. La mano cae sobre una mosca y el pie aplasta una cucaracha.

Mucha gente se detiene ahí, pero otros van más lejos. La esposa del granjero, cuando retuerce el cuello al pollo. Los matarifes abatiendo de un mazazo a las reses y acuchillando a los escandalosos cerdos.

El siguiente paso era la guerra, desde luego. Mas no quería pensar en ello. En el asesinato en masa de gente inocente.

Era mejor pensar en el exterminio legal de los culpables. Después de todo, aquello era un juego, un juego de moral y de pasión.

*Pasión*. El gusano se agitó mordiéndole en la ingle.

De pronto, y sin motivo alguno, se acordó de la clase de Biología en el Instituto y de la disección de una rana. Vio de nuevo la carne blanca del interior del animal y sus patas extendidas cuando se estremecía sobre la mesa, bajo los cortes del cuchillo.

La mesa se convirtió de pronto en una cama y la rana en un príncipe, o, mejor, en una princesa. Una joven de carne blanca que

con las piernas extendidas se agitaba bajo otra clase de incisión.

Sabía muy bien quién era aquella joven.

Y aquel mismo día estaría con ella.

# 17

Cuando Karen terminó de arreglarse y salió a la sala de estar, se sorprendió al ver a Tom Doyle sentado allí.

—Creí que no volvería hasta esta tarde —dijo.

—Alguien se ha armado un lío con los turnos de servicio —explicó Doyle, moviendo la cabeza—. El relevo no ha llegado, y me preguntaron si quería cambiar mi horario. Así es que he venido a relevar a Lubeck.

—¿Se ha ido?

—Hace cosa de una hora. Usted estaba durmiendo y me pareció mejor no despertarla. Creo que necesita descanso.

Karen hizo una señal de asentimiento y se dirigió hacia la cocina.

—¿Quiere algo de comer?

—Me gustaría una taza de café.

—En seguida.

Karen preparó la cafetera y luego se frió un huevo, puso dos rebanadas de pan en el tostador y tomó zumo de naranja de la nevera. Era una rutina automática que, hasta cierto punto, le confería seguridad. Mientras ponía la mesa, llegó a convencerse de que aquél iba a ser un día como otro cualquiera.

Doyle la miraba desde la puerta de la cocina.

—Esta mañana tiene mejor aspecto.

—Me siento bien.

Y así era, en efecto, ya que después de la primera pesadilla, Karen no se acordaba ya de nada. Había dormido perfectamente.

El café estaba a punto. Karen llenó dos tazas, sacó la leche, dio vuelta al huevo y lo depositó sobre un plato en el preciso instante

en que el pan era expulsado por el tostador. La coreografía de la costumbre. Todas las cosas a su debido tiempo. Llevó la comida a la mesa y Doyle se sentó frente a ella.

El gusto de las tostadas y del zumo le daba cierta sensación de confianza, y lo mismo ver el sol matutino filtrándose por las cortinas. Se acordó entonces de algo e hizo el ademán de levantarse. Doyle la miró.

—¿Ha olvidado alguna cosa?

—Sí, el periódico. Lo dejan siempre delante de la puerta.

—Yo lo he entrado.

—¿Dónde está?

—Por favor, señora Raymond… siéntese —dijo Doyle, moviéndose nervioso en su silla—. Antes de que lo lea quizá sería mejor que habláramos de lo que pasó anoche.

Karen se hundió en su asiento.

—¿Qué pasó?

Alargó la mano para tomar la taza, pero no bebió su contenido, porque Doyle estaba contando los hechos. Se lo estaba contando con toda suavidad, procurando que el tono de su voz aliviara la gravedad de sus palabras. Jack Lorch, Edna Drexel, Tony Rodell. Tres personas más habían muerto mientras ella dormía.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Karen—. ¿Qué van a hacer ustedes ahora?

—Todo lo posible. El Departamento del *sheriff* y la Policía estatal trabajan conjuntamente con nosotros —Doyle vaciló—. Si hubiera algún modo de hablar con su marido…

—¡Ya les dije que no sé dónde está! —Karen apenas pudo oír el sonido de su propia voz, apagado por el latido de sus sienes—. ¿No les parece que también yo desearía encontrarle? ¿No creen que estoy ya harta de tener que preocuparme de este modo? —se puso en pie—. Yo no soy la Policía… ¿Qué esperan de mí?

—Sólo su cooperación —por unos minutos la voz de Doyle adoptó un ligero tinte hostil. Luego, movió la cabeza con aire disgustado—. Estamos tratando de hacerlo lo mejor posible, pero tenemos tan pocos indicios…

—Lo sé —dijo Karen, calmándose. Y algo en su interior pareció decirle: *Quizá sería mejor que se lo explicara*.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Doyle, que no la perdía de vista.

—Sí, muy bien.

*Por otra parte, ¿de qué serviría que lo supiera? Cuanto ella le dijese serviría sólo para perjudicar a Bruce, y esto no podía hacerlo. No importaba lo que ocurriera, no podía hacerlo.*

—Escuche —dijo Doyle—. Es mejor que hoy no vaya a su trabajo. Después de lo pasado anoche, sería mejor que fuéramos a la comisaría. Le asignaremos una policía femenina y no la meterán en una celda. Sólo es por su seguridad.

Karen negó con la cabeza.

—Ya le he dicho a mi jefe que iría. Y eso es lo que voy a hacer.

Y así lo hizo, sentada en silencio junto a Doyle mientras éste conducía el coche por entre la aglomeración de la autopista con el visor debajo para protegerse de los rayos del sol.

Antes de partir, mientras Doyle telefoneaba para informar de la situación, Karen se las había arreglado para echar una mirada al periódico. Sólo pudo leer los titulares y una parte de la noticia en primera plana, pero fue suficiente. Aquello era peor que los crímenes de Tate-La Bianca, peor que otra cosa cualquiera. No le extrañaba que hubiese pánico. Y, sin embargo…

Y, sin embargo, aquella gente que circulaba por la autopista se dirigía como un torrente a la ciudad. Miró a los ocupantes de los coches a su alrededor. Un hombre de edad avanzada en un flamante y lustroso «Oldsmovile» con la radio muy baja, escuchando información bursátil. Una joven madre en un «compacto» atestado de niños en dirección, sin duda alguna, hacia las delicias de Disneyland. Una gorda matrona en una furgoneta blanca, probablemente en camino hacia un salón de belleza, aunque con un retraso de veinte años. Un atractivo joven negro conduciendo un «Triumph» descapotable, con la radio a todo volumen, lanzando al aire matinal las creaciones de Funny Freddy y de Top Forty.

Los negocios de siempre. Los placeres de siempre. Aunque avanzaran lentamente, tocándose los guardabarros, la vida proseguía. El cráneo de un hombre quedaba destrozado en una mezcla de sangre y de whisky, pero la Dow-Jones seguía computando los promedios. Una mujer gritaba sordamente bajo el

agua, mientras unos niños se iban a disfrutar del Viaje Submarino y de los deliciosos y auténticos peligros de la Casa Encantada. Un joven era hecho pedazos por perros furiosos y quedaba con el cuerpo destrozado y las manos deshechas, mientras una vieja se preguntaba qué propina había de dar a su manicura. Los gritos, los aullidos, los lamentos quedaban ahogados por la voz encantadora de Funny Fredy. Quizá aquella gente sintiera miedo en su interior, un miedo que era a la vez una advertencia y un lamento; pero daban vuelta al conmutador y escuchaban la música de los Top Forty.

¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Y qué podía hacer ella con su propio miedo? Ir a su trabajo. Eso era todo. Pretender, igual que los demás, que aquel era un día como otro cualquiera y que la noche no llegaría nunca.

Torcieron hacia la autopista del puerto y tomaron una de las rampas que llevaba directamente al laberinto mercantil de la parte baja de la ciudad.

—¿Es ahí? —preguntó Doyle, señalando el edificio, y ella hizo una señal de asentimiento.

Aminoró la marcha y paró arrimándose a la acera. La suerte de un policía no es muy envidiable, pero por lo menos no tiene que preocuparse por encontrar aparcamiento.

Mientras subía en el ascensor con Doyle, Karen pasó un momento malo. Sintió una contracción en los músculos del estómago que nada tenía que ver con el brusco movimiento de subida. *Una situación sorda y recóndita*. Pero ésta no era más que una de aquellas tontas frases hechas que tanto detestaba, y cuyo uso indiscriminado la desposeía de todo sentido. Sin embargo, comprendió el concepto original de la misma. Era como tener una bola en el estómago, una bola dura y fría que le circulara por los intestinos, una bola de miedo. Aunque no el miedo a que un asesino invisible la atacara por la espalda, sino el miedo a enfrentarse a la gente habitual. A personas que la conocían y que ahora debían saber todo lo concerniente a Bruce.

—¿Nerviosa? —murmuró Doyle, mirándola atentamente.

Karen se pasó la lengua por los secos labios y movió la cabeza, negando. Hubiera deseado que él cesara de vigilarla, que cesara de preguntarle si se encontraba bien; mas, por otra parte, debía comprender que era su trabajo.

Y aquel otro era el suyo.

Al salir del ascensor condujo a Doyle hasta la puerta de la recepción. Él la abrió dejándola pasar primero.

La cabeza de Peggy surgió por encima del cristal que protegía el mostrador de recepción.

—¡Oh! ¡Buenos días!

Había en su voz un tono algo anormal. En cuanto a su apresurada sonrisa, era absolutamente falsa, mientras miraba a Karen y a Tom Doyle al pasar.

—Es el señor Doyle. Está encargado…

—Ya lo sé —le interrumpió Peggy bruscamente—. Llamaron para decir al señor Haskane que usted vendría con alguien. Voy a anunciarles.

—No será necesario —empezó Karen, pero Peggy se volvió y manipuló el cuadro de conexiones.

*¡Pero si está más turbada que yo!*, pensó Karen. Y cuando la puerta del pasillo se abrió, saliendo por ella Ed Haskane, era evidente que también éste se encontraba violento.

—Me alegro de verla —dijo, saludándola a ella y a Doyle con un gesto tan inadecuado y anormal como su propia frase—. Desde luego, no tenía por qué haber venido hoy. Ya le dije por teléfono…

—He preferido venir —le interrumpió Karen, sintiéndose ahora perfectamente, sin aquella sensación de malestar interno—. Es mejor no dejar que el trabajo se atrase.

—De acuerdo —asintió Haskane, mirando a Doyle mientras Karen se adelantaba por el pasillo—. Bueno… ¡ejem! ¿Quiere usted entrar también?

Doyle hizo una señal de asentimiento y siguió a Karen. Los tres avanzaron hasta pasar ante las puertas de roble del despacho y los departamentos de Medios, Arte y Redacción. Karen tuvo la sensación de que las puertas se abrían y se cerraban a un ritmo más apresurado que de costumbre, aunque no estuvo bien segura de ello. Si otras personas les miraban pasar, lo estaban naciendo con

una silenciosa discreción que no la molestaba en absoluto. Después de todo, ¿qué podían ver aquellas gentes? Ella no era un monstruo con dos cabezas. Aunque quizá estuvieran mirándola simplemente para asegurarse que aún conservaba la suya propia.

Para distraerse del asunto, empezó a hablar antes de que entraran en el segundo pasillo.

—¿Qué ha ocurrido con Girnbach? ¿Ha aprobado el texto?

—¡Oh! —exclamó Haskane, sonriendo solícito—. Creen que lo has hecho estupendamente. En cambio, no les gustó el dibujo. He encargado a Frisby que piense algo nuevo. Desde luego, esto significa revisar también el texto, a fin de que quede más a tono con el nuevo dibujo.

La historia de siempre. El negocio continuaba como de costumbre. Karen recordó cuántas veces había maldecido semejante estupidez; en cambio, en aquellos momentos, lo agradecía porque tenía algo en que ocupar su mente.

—¿Me lo van a entregar? —preguntó.

—Desde luego, si es que cree poder darle un nuevo enfoque.

—Estoy dispuesta —dijo Karen, cruzando la puerta de su sección.

Doyle entró tras ella, mientras Ed Haskane se quedaba vacilando en el pasillo.

—De acuerdo —dijo—. Se lo mando en seguida. Pero si no quiere…, si puedo hacer algo…

—No se preocupe, señor Haskane —repuso Karen—. Estoy perfectamente, gracias.

Haskane desapareció.

Karen había comprendido lo que deseaba. Estaba impaciente por hablar de lo ocurrido. Por preguntarle qué se siente cuando se tiene al marido en un sanatorio psiquiátrico y se entra en él para encontrarse con que…

Pero no se lo iba a preguntar directamente. No lo haría porque ella no le iba a dar aquella posibilidad.

Karen se volvió y colgó su chaqueta. El detective seguía detrás como un intruso desconcertado en aquellos atestados compartimientos.

—¿Por qué no se sienta por ahí? —le preguntó Karen,

indicándole una silla—. Quítese la chaqueta si lo desea.

—Me parece muy bien —contestó Doyle, sentándose.

—Encontrará algunas revistas en el cajón del archivador. Casi todas son de modas, pero, por lo menos, tendrá algo en que entretenerse.

—Gracias.

Sin embargo, Doyle no se puso a leer las revistas. Y cuando el chico trajo el croquis del dibujo con el antiguo texto sujeto por un clip, se quedó mirando cómo Karen trabajaba.

Parecía tranquilo y se había situado fuera del alcance de la visión de Karen, pero el mero hecho de su presencia ponía a ésta un poco nerviosa. ¿O quizá fuera el *motivo* de su presencia lo que la intranquilizaba?

En cualquier caso, la mañana estaba resultando desagradable. El nuevo dibujo tenía un estilo totalmente distinto y la motocicleta quedaba eliminada. Aquello significaba cambiar también el titular. Y una vez hecho, el resto del texto tendría que variarse inevitablemente.

Realizó tres o cuatro inútiles tentativas y llenó su papelera de hojas arrugadas que adoptaron el aspecto de enormes palomitas de maíz. Por fin, hacia el mediodía consiguió su propósito.

Llamó a Haskane para informarle.

—Bueno —respondió el jefe—. Tengo una comida a las doce y media. Será mejor que lo dejemos para cuando regrese.

—¿Cómo?

La voz de Haskane sonaba algo lejana al contestar:

—¿Qué le parece si nos reunimos a las dos y media en mi despacho?

—¿A las dos y media?

—Sí, en efecto. Hasta luego.

Karen colgó el auricular y se volvió hacia Doyle.

—El teléfono está intervenido, ¿verdad? —preguntó.

Doyle se encogió de hombros.

—Es simple precaución.

Karen no hizo ningún comentario, sino que se limitó a tomar su

chaqueta.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Doyle.

—Es hora de comer —aclaró Karen, abriendo su bolso e inspeccionándose el rostro en el espejito—. Supongo que comemos juntos.

—Lo siento —susurró Doyle, como quien pide perdón.

—Lo sé —dijo Karen, guardando la polvera—. Simple precaución.

En el pasillo, antes de llegar al ascensor, un hombre de cara rubicunda con un bigote color rojizo permanecía apoyado contra la pared, sosteniendo ante su cara la sección de anuncios por palabras del periódico. No les prestó atención alguna hasta que Doyle le hizo una señal.

—Vamos a comer —dijo.

El otro levantó la mirada.

—¿Cuánto tiempo estarán fuera?

Doyle preguntó a Karen con la mirada.

—Tres cuartos de hora. Abajo hay un «grill».

El hombre consultó su reloj.

—Aquí estaré —dijo a Doyle.

Cuando descendían en el ascensor, el enjuto detective carraspeó.

—De nada sirve andarse por las ramas —dijo—. A mi modo de ver, es mejor que sepa usted cuáles son nuestras verdaderas intenciones por lo que a su seguridad respecta. Ya hemos dado instrucciones a la recepcionista. Si aparece alguien a quien no conozca y quiere entrar en la oficina, se lo dirá al agente que está de servicio fuera, antes de darle paso.

—Supongo que también habrá alguien en el restaurante.

—No es necesario. Se trata de un establecimiento público.

—Bien —dijo Karen, sonriendo—. Entonces, podemos ir a cualquier otro sitio.

—¿Qué hay de malo en ese restaurante que nombró?

—Demasiada gente de la oficina. Creo que me sentiré más tranquila si nos alejamos un poco. En la misma calle, más abajo, hay una cafetería donde probablemente nadie se fijará en mí.

—Vamos donde usted quiera.

Karen escogió ensalada, té helado y un sorbete de limón. Sin

embargo, una vez hubieron encontrado sitio en una de las mesas, apenas si tocó la comida.

—Creí que tenía hambre —dijo Doyle.

—Sí, la tenía hasta que vi eso.

Karen indicó la mesa que se hallaba a su derecha, donde un hombre rollizo, con una americana a rayas blancas y azules, estaba leyendo una de las primeras ediciones del periódico de la tarde. Los gruesos titulares destacaban con toda claridad: PERROS DROGADOS MATAN AL TERCER FUGITIVO DEL SANATORIO MENTAL.

—¿Es cierto? —murmuró Karen.

—Sí. Eso es que ya han recibido el informe del laboratorio.

—¡Qué horrible! —los dedos de Karen se aferraron al vaso de té helado—. Tony Rodell. Creo haber oído algunos de sus discos. No sabía que estuviera también en el sanatorio.

—¿Su esposo no le nombró nunca?

—Ya le dije que no vi a Bruce ni una sola vez mientras estuvo internado.

—Es verdad. Lo había olvidado.

Doyle tomó un poco de su bocadillo de jamón.

Karen aflojó la presión sobre el vaso, pero la sensación de frío siguió presente en ella.

—No dejo de pensar en ese chico. ¿Qué clase de persona podía hacerle una cosa así?

Doyle masticó y tragó el bocado.

—Depende.

—Sé que es una pregunta tonta —dijo Karen, haciendo una señal de asentimiento—. Cualquier persona puede cometer un crimen… Supongo que usted habrá conocido a muchas de ellas.

—Unas cuantas —Doyle se limpió con la servilleta y la dejó sobre la mesa—. Bueno, en realidad he visto a muchas, y lo mismo las habrá visto usted.

—¿Cómo?

—Según las estadísticas, menos de la mitad de los homicidios que se cometen en este país dan lugar a la consiguiente detención. Y sólo unos pocos de los detenidos quedan convictos y sentenciados.

—Pero no cesamos de leer artículos sobre investigación

científica del crimen…

—Desde luego. Y tenemos también a los que trabajan en los laboratorios, y a los técnicos. Todo un sofisticado equipo, que a veces funciona. Cuando es así, se les hace una reverencia —Doyle sonrió, haciendo casi una mueca—. Se lo voy a decir con toda claridad. En más del noventa por ciento de los homicidios que se averiguan, el culpable pasa al Departamento servido en bandeja de plata.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que entra allí y confiesa por sí mismo o alguien le delata.

—¿Un informador?

Doyle hizo una señal de asentimiento.

—Ahí es donde empieza normalmente el verdadero trabajo de la Policía…, en conseguir pruebas para una acusación en firme. Pero primero es preciso detener a alguien. Y nueve veces de cada diez se logra porque alguien hace una declaración —Doyle la miraba fijamente—. No hablo de informadores profesionales, ni siquiera de testigos presenciales. La mitad de las veces es alguien más próximo…, un amigo, un miembro de la familia que sabe algo o que sospecha. Al principio son propensos a callarse, pero al cabo de poco, cuando lo han pensado bien, se dan cuenta de que es mejor hablar. Es su deber para impedir que puedan volver a suceder casos semejantes. ¿Me comprende?

—Sí, le comprendo —dijo Karen, mirándole de frente—. Lo entiendo perfectamente. Pero yo no lo haré. Si espera que le diga: Bruce es culpable, olvídelo. Y no porque sea mi marido, sino porque no sé nada. ¿Me entiende? ¡Nada!

—Señora Raymond…

Karen se puso en pie.

—Ya es hora de volver a la oficina —dijo.

Aquéllas fueron las únicas palabras que pronunció hasta hallarse de nuevo en el pequeño compartimento del décimo piso. Una vez allí, tomó el dibujo y el antiguo texto y se dirigió al pasillo.

—Tengo que ver a mi jefe —precisó—. Su despacho está a la vuelta del recodo.

—La acompañaré.

—Como quiera —dijo Karen, tomando el teléfono y avisando a Haskane de que iba para allá.

Doyle la siguió en silencio hasta la puerta del despacho de Haskane.

—Entre —le dijo—. La esperaré fuera —le abrió la puerta—. Oiga, siento haber estado un poco brusco. No quería…

—Lo comprendo muy bien —exclamó Karen, pasando ante él y cerrando la puerta.

Ed Haskane estaba sentado tras su escritorio. Levantó la mirada y empezó a abrir la boca, pero Karen se adelantó.

—Estoy perfectamente —dijo, extendiendo ante él el croquis del dibujo y la hoja con el texto, sujeta al mismo.

No obstante sus muchas limitaciones, Haskane había demostrado toda su vida un gran amor hacia el lenguaje. Había sido su interés por la semántica lo que le convirtió en jefe de redactores. La vista de un texto escrito a máquina o impreso era suficiente para poner en actividad sus secreciones internas, y sintió cómo la boca se le llenaba de saliva al concentrar su atención en lo que ella le presentaba.

—¡Hum…! Sí. Creo que está bien —levantó la mirada mientras se restregaba una mejilla—. Sólo una cosa: el encabezamiento. Los chicos lo entenderán, pero ¿qué significa «demoledor» para los mayores?

—No se me había ocurrido —manifestó Karen, frunciendo el ceño.

—Quizá sería mejor ponerlo en algún otro lugar después del párrafo de entrada —indicó Haskane, levantándose—. ¿Me perdona un momento? Como se dice en México, tengo que ir al «Juan».

Desapareció en su lavabo particular, cerrando la puerta.

Aunque estuviera funcionando el acondicionador de aire, hacía calor en el despacho. No obstante, Karen volvió a sentir el estremecimiento de frío que ya la había afectado al leer cómo había muerto Tony Rodell. «Demoledor» no era más que una expresión engañosa, una hipérbole para los quinceañeros. Pero Haskane tenía razón. Para quien perteneciera a una generación más vieja y estricta, aquello podía significar otra cosa. Y era precisamente aquel

significado el que, inconscientemente, le había hecho idear la palabra cuando escribía el texto por la mañana. Demoler. Destruir. Aniquilar. Eliminar.

La señal luminosa parpadeó en el teléfono de Haskane. Karen tomó el auricular automáticamente, y moduló su voz de acuerdo con el hábito adquirido.

—Despacho del señor Haskane —dijo.

—*Karen.*

Ella no respondió nada. No hubiera podido.

—*Karen, ¿sabes quién soy*?

—Sí.

—*He pedido que me pusieran con tu teléfono, pero me han puesto ahí. ¿Estás sola*?

—Por el momento, sí.

—*Entonces, escucha, ¿a qué hora tomas el café de la tarde*?

—A las cuatro.

—*Bien. Te estaré esperando. Arriba, en la azotea*.

—No… no sé si podré escaparme…

—*Debes hacerlo. Tenemos que hablar. Quizá sea ésta nuestra única oportunidad*.

Karen percibió el suave y ahogado sonido del agua del lavabo al otro lado de la puerta.

—¿Dónde estás? —preguntó, en un murmullo.

—*A las cuatro, en la azotea* —respondió la voz.

Después la comunicación quedó cortada.

# 18

Cuando Karen salió del despacho de Haskane encontró a Doyle en el mismo lugar del pasillo en el que le dejó al entrar.

—¿Todo bien? —preguntó el detective.

Karen estaba harta de oír aquella pregunta que se había venido repitiendo con tanta frecuencia durante los dos últimos días. Estaba tan desprovista de significado como la muestra de solicitud que se pretendía expresar con ella. En realidad, nadie deseaba saber la respuesta, del mismo modo que cuando se preguntaba a alguien «¿Cómo está usted?». Desde luego, Doyle debía saber perfectamente que las cosas no iban bien para ella, pero no le importaba. Estaba simplemente cumpliendo con una obligación, y deseaba asegurarse de que la persona a su cargo no tenía ningún problema inmediato.

Ella hubiera deseado decirle que las cosas no podían estar peor de lo que estaban. Pero lo que ahora se proponía hacía prudente no despertar en Doyle ninguna inquietud ni sospecha.

Así es que hizo una señal de asentimiento y ambos regresaron a la sección volviendo la esquina del pasillo.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó Doyle.

—Naturalmente.

Doyle llamó para informar mientras Karen armonizaba el dibujo y el texto sobre su mesa, al lado de la máquina de escribir. Aunque parecía completamente concentrada en su trabajo, no se perdió ni una palabra de lo que Doyle estaba murmurando. Todo seguía bajo control, y Doyle esperaba a Gordon a las cinco.

Karen se dijo que Gordon sería el relevo de Doyle, y si a las cinco se hacía cargo de la próxima guardia, aquello significaba que Doyle seguiría allí todavía cuando a las cuatro ella subiera a la

azotea para tomar el café.

*Si es que en realidad subía a la azotea…*

Doyle terminó su llamada y colgó.

—¿Alguna noticia? —preguntó Karen.

Él movió la cabeza.

—Han localizado el automóvil de Rodell. Aunque haya alguna cosa más, el Departamento no la dará, por ahora.

—¿No se sabe nada de mi esposo?

—Lo siento. No me lo han dicho.

Karen se volvió. La falta de noticias quiere decir buenas noticias ¿o quizá no?

Dudaba en subir a la azotea.

Eran ya casi las tres. Todavía le quedaba una hora para decidirse.

—Tengo que volver a redactar algunos textos —dijo a Doyle.

—Adelante.

Doyle abrió el archivador, seleccionó una revista al azar e hizo una mueca al ver la foto de la flaca modelo en la portada, cuya expresión alelada confería un cómico significado al término «moda actual».

Karen se sentó ante la máquina de escribir y alargó la mano hacia el papel.

El problema consistía en cómo aplicar la palabra «demoledor». Lo resolvió en poco menos de veinte minutos intercalando dos frases, igualmente inexpresivas, en el primer párrafo de su texto. Luego lo volvió a escribir todo, lentamente, mientras se concentraba en el problema principal.

La azotea…

Pero no podía quedarse indecisa indefinidamente. Quizá lo más prudente fuera decírselo a Doyle y quitarse aquel peso de encima. La Policía se encargaría de ello. Al fin y al cabo, aquél era su trabajo. Nadie le pagaba para correr riesgos que correspondían a otros. A menos que el estar casada constituyera en sí mismo una obligación.

De todas formas, aquella idea no iba de acuerdo con el movimiento de liberación de la mujer. El primer deber de cada una se centraba en sí misma. El matrimonio, en su forma actual, estaba

tan pasado de moda como el concepto del pecado original.

Mas no para Karen. Intelectualmente reconocía la necesidad de la emancipación, pero emocionalmente se sentía incapaz de romper con sus obligaciones. Así, pues, no había problema porque no había elección. Tendría que subir porque le era preciso averiguar la verdad de una vez para siempre. Aun cuando ello significara saber también la verdad sobre sí misma, enterándose de que había estado equivocada.

De todos modos, si se había equivocado, el reconocerlo llegaría demasiado tarde. Pero ya no le importaba.

Lo único que importaba era llegar a la azotea.

Karen consultó su reloj. Eran las tres y cuarto. Doyle hojeaba otra revista de modas, frunciendo el ceño ante las últimas creaciones ofrecidas por el genio de Yves Saint Laurent. Si no pasaba nada, permanecería sentado allí hasta que su relevo llegara a las cinco. Pero la cuestión era cómo lograr que no se alarmara. Karen supo la respuesta de repente. Echó la silla hacia atrás y se puso de pie.

Doyle bajó la revista.

—¿Adónde va?

Ella tomó su bolso.

—No sé si le importará saberlo; hay un lavabo al final del pasillo.

—¡Ah, sí! —exclamó, sonriendo—. La acompaño.

—Pero sólo hasta la puerta —respondió Karen, devolviéndole la sonrisa—. Ésta es una agencia muy decente.

Faltaban diez minutos para las cuatro.

Todavía no había empezado el descanso para tomar café, y el pasillo estaba desierto. Los lavabos de los empleados se encontraban a la vuelta de la esquina, formando ángulo recto con el pasillo que llevaba a la entrada. Karen se detuvo ante la puerta marcada «Señoras» y miró a Tom Doyle al tiempo que apretaba su bolso con fuerza.

—Tardaré un poco —dijo—. Quiero maquillarme antes de tomar el café.

—No se preocupe.

Karen entró en los lavabos. Pero ni se puso maquillaje ni se entretuvo un solo instante. En cuanto se hubo asegurado de que el lugar estaba desierto, siguió adelante y salió por el lado contrario. Doyle no se había dado cuenta de que existía otra puerta frente al vestíbulo, fuera de las oficinas.

Una vez hubo salido, se encontró en el pasillo exterior cerca del ángulo de los ascensores. Aquello era muy conveniente porque el encargado no podría verla. Todo cuanto tuvo que hacer fue continuar andando hacia la gruesa puerta de metal sobre la que campeaba el letrero «Salida».

La abrió y vio la escalera. Andando lentamente para evitar el ruido de sus tacones sobre los bordes de hierro, empezó a subir. Después de ascender dos pisos notó cómo el sudor le mojaba la frente, pero su boca estaba seca. Su respiración se aceleró, aunque no por causa del esfuerzo.

Las cuatro menos cinco.

Las cuatro menos cinco y estaba ya en la azotea.

Sola.

No era la primera vez que Karen había subido allí. Mucho tiempo atrás, al empezar su trabajo en la agencia, algunas chicas tenían la costumbre de comer en aquel sitio, al mismo tiempo que tomaban el sol. Mas nunca había subido sola, y hubo un tiempo en que se hizo circular una nota por los despachos prohibiendo aquella costumbre y declarando la azotea como «zona prohibida». No era difícil comprender la causa. Aparte de la proyección de la claraboya en el último rellano, el suelo era perfectamente liso, y no había pared ni barandilla que separase su borde del vacío. Un viento algo fuerte constituía, de por sí, un peligro muy grave.

Aquel día no soplaba viento alguno bajo el tórrido calor. Y la superficie del terrado chirriaba al caminar sobre ella. El sol de la tarde se ponía hacia Santa Mónica, en el oeste, y Karen se dio media vuelta, muy despacio, para observar los sectores en sombra de la ciudad.

*Es raro*, se dijo; *es la primera vez que la veo así*. Hacia el norte se extendían la Crescenta, la Canadá, Altadena… nombres exóticos para unos suburbios bañados por el sol y ocultos entre las colinas.

Nunca había estado en ellos. Algo más cerca, surgiendo de la niebla de Glendale, destacaba Forest Lawn.

Karen se volvió hacia el otro lado, mirando en dirección a Boyle Hight y más allá, hacia el este de Los Ángeles, y luego hacia Watts, situado al sur. Comprobó una vez más que aquello no eran más que nombres para ella, nombres asociados con la pobreza y la protesta. Lugares poco amenos en los que vivir, aunque la mayor parte de la población se concentrara en ellos. Los que podían escoger habitaban al oeste de la parte baja de la ciudad, y cuando hablaban de Los Ángeles se referían en realidad a Hollywood, Bevery Hills, Bel Air, Brentwood, e incluso Malibú. Si tenían que ir en automóvil hacia el este o el sur, tomaban siempre la autopista, pasando veloces ante la realidad para dirigirse a un lugar de ilusión: Knotts Berry Farm o los Japanese Gardens. Pero un millón de personas continuaba sudando y sufriendo en los barrios miserables quemados por el sol.

Nada tenía de extraño que hubiera allí hostilidad y odio, y que en aquellos barrios pendiera siempre en el aire la ominosa amenaza de algún alboroto. Se hablaba de clima de violencia y se debatían sus causas. Para algunos, la culpa era de la guerra, y otros culpaban a los juguetes bélicos. Muchos acusaban a la extrema derecha, y sus contrarios a la extrema izquierda. Pero allí, en la azotea, el origen de la violencia aparecía completamente claro; era el clima creado por el calor húmedo y los olores pestilentes emanando de las zonas miserables.

Las cuatro.

Karen se volvió hacia la parte iluminada del cielo.

¿Qué había ocurrido?

¿Por qué no venía?

Entornó los párpados heridos por la claridad del sol mientras el sudor le corría junto a los ojos. Un sudor caliente. Demasiado caliente. El clima de violencia…

Sintió necesidad de volverse. Una nube se había deslizado cubriendo el sol y una leve brisa se levantó por un momento. Agradecida, se movió hacia ella avanzando en dirección al borde del terrado.

Al mirar a la calle vio los coches deslizándose como juguetes catorce pisos más abajo. Sintió de pronto un ligero vértigo y dio un

paso atrás.

De pronto, la brisa sopló con más fuerza. Y fue al iniciar el movimiento de volverse cuando una mano agarró su brazo.

# 19

Era un hombre alto y llevaba los anchos hombros oprimidos por una chaqueta demasiado pequeña para él. Tenía la piel muy blanca, y estaba pálido como un fantasma. Como el fantasma que realmente era.

—¡Bruce!

Karen le miró pensando que al exclamar su nombre, aquel extraño ser desaparecería, quedando sólo el ser humano que ella recordaba. Seis meses eran un largo tiempo, y Bruce había cambiado mucho.

—¿Te ha visto alguien subir aquí? —preguntó él.

—No.

—¿Estás segura?

Karen hizo una señal de asentimiento.

—Ha sido una suerte que me llamaras por el teléfono de Haskane, porque el mío está intervenido. Y, además, tengo un detective que me vigila constantemente.

—¿Dónde está ahora?

Con toda rapidez, Karen le explicó cómo había eludido la vigilancia de Doyle. Al oírlo, Bruce distendió el ceño al tiempo que aflojaba la presión de su brazo.

—Entonces, podremos hablar.

—¿Por qué no te pusiste en contacto conmigo hasta ahora? Me has hecho perder los estribos.

Karen se sintió consciente de la importancia de la frase. Pero Bruce se limitó a mover la cabeza sin cambiar de expresión.

—Me figuré que estarían escuchando las llamadas que se hicieran a tu piso.

—Pero ¿dónde has estado? ¿Qué te ha sucedido?

—No hay tiempo para explicártelo ahora —dijo Bruce, volviendo a fruncir el ceño—. Si se dan cuenta de que les has dado esquinazo, empezarán a buscarte…

—¿Y eso qué importa? —preguntó Karen, intentando que su voz sonara tranquila—. No puedes estar huyendo todo el tiempo.

—Tengo que hacerlo —los ojos de Bruce no se apartaban de su cara—. Saben que estuve recluido en el sanatorio. Van a revisar mi ficha en el servicio y los informes del hospital. Entre eso y lo que ambos ya sabemos…

Se separó, y por un momento su mirada anduvo errante. Luego volvió a mirarla y, hablando precipitadamente, preguntó:

—¿Has dicho algo? ¿Les has hablado de nosotros?

Karen movió la cabeza negativamente.

—Bien —dijo Bruce, y sus hombros se abatieron como aliviados de un gran peso—. Eso era lo que tenía que averiguar. Porque si lo supieran, sería una prueba decisiva para ellos ¿no te parece?

—¿Por eso querías verme?

—No lo entiendes, ¿verdad? —Bruce se volvió, pero las palabras que pronunció después fueron perfectamente inteligibles—. No sabes lo que significa estar sentado allí un día tras otro, una noche tras otra. Al cabo de algún tiempo, día y noche parecen mezclarse. Aunque mezclarse no es la palabra adecuada, porque es como si la noche se tragara al día. Está uno siempre a oscuras, en una oscuridad perpetua, en un mundo oscuro de la noche. Se vive en un mundo de la noche donde los sonidos y las sombras se convierten en cosas extrañas. Y uno piensa en quienes te han causado ese daño y que son tus enemigos. Se piensa también en los que no están tan directamente relacionados, pero que no les importa lo que te pase. Todo el mundo forma parte de la conspiración, de una conspiración de indiferencia y de silencio. Todos intentan destruirte, y uno acaba por pensar en cómo destruirlos a ellos primero. En castigarlos por haberte castigado. Y se empieza a soñar, los sueños se convierten en un plan y el plan acaba por hacerse realidad.

—Bruce, por Dios…

—Nunca hablamos de Dios en el asilo. Hablamos de cosas que se llaman la Idea, el Ego y el Super Ego. Padre, Hijo y Espíritu Santo,

todos igualmente invisibles —su sonrisa tenía un rictus amargo—. El Evangelio según Griswold. A su modo de ver, no existen reglas fijas. La mente que convierte al hombre en un criminal puede convertir a otro en una víctima.

—¿Es eso lo que tú crees?

—No. Desde luego —repuso Bruce, suspirando—. Sólo intento contarte lo que era aquello. Cómo pensaba aquel hombre. Lo sé bien porque es así como pensaba yo también al principio. Pero Griswold me ayudó a cambiar. En cambio, no pudo ayudarle a él.

—¿A quién?

—Al hombre al que están buscando. Al asesino.

—¿Cuál es su nombre?

Bruce movió la cabeza.

—Si supieras su nombre vendría a por ti. ¿Quieres ser también una víctima?

—Quiero ayudarte.

—Entonces dame algo de dinero. Déjame escapar antes de que me encuentren. Es cuanto deseo.

—¿De verdad?

—No —y al decirlo la abrazó, apretándola fuertemente con el cuerpo pegado al suyo, de modo que notaba su temblor—. Tú eres cuanto deseo y cuanto siempre he querido. Lo sé muy bien, pero es demasiado tarde. Después de lo ocurrido, no te guardo ningún rencor.

—Te quiero y siempre te he querido.

El temblor cesó. Ahora su cuerpo estaba rígido.

—No me has visitado ni una sola vez mientras estuve allí.

—Griswold me pidió que no lo hiciera. Debió habértelo dicho.

—Me lo dijo, pero no lo creí.

—La otra noche iba a verte. Griswold me había dicho que estabas ya probablemente en condiciones de regresar a casa.

—¡Si lo hubiera sabido! —dijo Bruce, soltándola y dando un paso atrás.

—¿No lo sabías?

—¿Crees que de haberlo sabido me hubiera ido con Cromer?

—¿Cromer?

—Bien, ya lo he dicho —Bruce respiró profundamente—. El

hombre al que buscan es Edmund Cromer. Nunca hablaba de sí mismo, pero, por lo poco que sé, es hijo único de una rica familia que vive en New York o en New Jersey. No estoy seguro. Le internaron hace cosa de un año. En vista de lo que ha hecho, sospecho que le mandaron allí por haber estado mezclado en alguna horrible acción en el Este.

—¿Sabías que estaba planeando escapar?

—Nadie lo sabía, excepto Rodell. Y no creo que Rodell creyera que estaba dispuesto a matar a nadie cuando se fugó. Desde luego, Cromer lo debía tener todo pensado, y una vez empezó, ya no se detuvo.

—¿Cómo ocurrieron las cosas?

—No estoy seguro. Yo estaba arriba en mi cuarto después de cenar, lo mismo que los otros. Todos menos Cromer, que había bajado, según dijo, a hablar con el doctor Griswold. Debió matarle a él primero en el cuarto de electroterapia, y luego a la enfermera. Todo sin hacer el menor ruido. Nos dimos cuenta de que algo había sucedido al notar el olor del humo cuando quemó los papeles en la chimenea.

—¿No había nadie de vigilancia arriba?

—Sí… Thomas. Estaba jugando al ajedrez con Tony Rodell en su habitación. Lo debió planear todo para tenerle ocupado, porque no tuvo dificultad en encontrarle cuando llegó con el cuchillo en la mano.

Bruce se apartó, frunciendo el ceño.

—De nada sirve explicar todo esto —dijo—. Thomas estaba muerto cuando los demás salimos corriendo de nuestras habitaciones. La anciana señora Freeling perdió el sentido al ver a Thomas. Cromer dijo que estaba muerta.

—¿Lo comprobaste?

—No —repuso Bruce, moviendo rápidamente la cabeza—. Ni tampoco traté de detener a Cromer, si es eso lo que estás pensando. Nadie de nosotros lo hizo. Porque Cromer había subido llevando la pistola del doctor Griswold, con la que nos encañonaba. Nadie podía saber si estaba descargada…; todo cuanto sabíamos era que Cromer había cometido un crimen a sangre fría y que era perfectamente capaz de continuar matando.

»Nos dio a elegir. O íbamos con él en el coche de Griswold, o nos dejaba allí. Pero no dijo si nos dejaría vivos.

»Si hubiéramos tenido tiempo para pensar, quizá un par de nosotros hubiera podido saltar sobre él y reducirle. Pero tienes que hacerte cargo de cómo estaban las cosas… El pánico, la confusión. Edna Drexel estaba histérica, y Lorch parecía bajo los efectos de un *shock* nervioso. Entre Rodell y Cromer con la pistola, yo no tenía ninguna posibilidad si actuaba solo. De lo único que éramos conscientes era de la necesidad de salir de allí cuanto antes.

»Cromer prometió llevarnos a la ciudad. Antes de partir dio la pistola a Rodell y le dijo que la usara si alguno de nosotros intentaba algo. Luego tomó la autopista hacia Sherman Oaks. Dejó el coche diciendo que volvería a los pocos minutos, y Rodell se quedó allí con la pistola. Fue entonces cuando tomé mi decisión. Le quité el arma, pero mientras forcejeábamos, los otros escaparon. Después de haber tumbado a Tony me di cuenta de que la pistola estaba descargada. En aquel momento no podía saber a dónde se había dirigido Cromer, o si realmente pensaba volver. Si lo hacía, probablemente llevaría otra pistola. Mi deseo era, desde luego, alejarme de allí con el coche, pero Cromer se había llevado las llaves —Bruce bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. Así es que eché a correr.

—Lo comprendo —susurró Karen, poniéndole una mano sobre el brazo—. Pero ahora ya no querrás seguir huyendo…

Bruce sonrió desvaídamente.

—¿Quiere eso decir que me crees?

—Claro que te creo.

—Tú no eres la Policía.

—Bruce, tienes que hablar con ellos. Si les cuentas lo mismo que me has dicho a mí…

—¿De qué iba a servirme? Soy el sospechoso número uno. No van a creer nada de cuanto les diga, a menos que aporte alguna prueba.

—Pues coopera con ellos, ayuda a la Policía a encontrar a ese Cromer. Tú sabes cómo es y puedes darles su descripción.

—Desde luego —dijo Bruce, encogiéndose de hombros—, pero eso no significa que vayan a creerme —miró a Karen y su débil

sonrisa se transformó en una mueca—. Quizá no exista ese Edmund Cromer. A lo mejor me lo he inventado todo.

—¡No es verdad! Lo sé y puedo demostrarlo.

—¿Cómo?

Con toda rapidez Karen le explicó su experiencia en el piso y cómo había descubierto la tentativa para entrar forzando la ventana del cuarto de baño.

Bruce entornó los párpados.

—¿Ellos lo saben?

—No se lo quise contar. Pero puedo decírselo ahora. Y también enseñarles las marcas allí donde forzó la cerradura.

—Pueden decir que se trata de una simple coincidencia. O que tú misma hiciste las marcas.

—Tú y yo sabemos que no es así —los dedos de Karen apretaron involuntariamente el brazo de su marido—. ¿No te das cuenta? Esa persona intentó algo contra mí y aún sigue suelta. ¿Y si decide probarlo de nuevo? No estaré a salvo hasta que tú me ayudes a…

Bruce vaciló, aunque sólo por un momento.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Hay un detective vigilándome… Tom Doyle. Tienes que hablar con él.

—¿Y su compañero, el que según dijiste está en el pasillo?

—No saben nada de esto. Ninguno de ellos lo sabe. Ni siquiera sospechan que me he escapado.

—¿Qué supones que pasará si te ve aparecer de improviso con un desconocido? —preguntó Bruce, moviendo la cabeza—. Tal y como están las cosas, no se lo pensarán mucho para disparar. Y no quiero correr ese riesgo.

—No sé cómo será el hombre que vigila fuera, pero Doyle no pertenece a esa clase. Se puede confiar en él.

—Pues entonces que confíe él también en mí —dijo Bruce, con voz tensa—. Si quieres que hable con Doyle, dile que venga a verme aquí. Y que venga solo.

# 20

—¿Confiar en él? —preguntó Doyle—. Después de la jugarreta que me ha gastado usted, ya no confío en ninguno de los dos.

Karen se enfrentaba al detective en el pasillo frente a los lavabos.

—Lo siento; es el único sistema.

—No, no lo es. Voy a hacer una llamada ahora mismo, y en cinco minutos el edificio quedará rodeado. Si alguien sube a esa azotea quedará protegido por toda una patrulla. No se correrán más riesgos.

—¿Y el que está corriendo Bruce? —preguntó Karen, procurando que su voz sonara tranquila—. ¿Es que no se da cuenta de lo que ha sufrido durante estos dos días? Lo ha pasado muy mal, puede creerme. Y nadie sabe cuál será su reacción si se cree traicionado. Le he dado mi palabra.

—Lo sé —murmuró Doyle—. Pero usted misma lo ha dicho. Nadie sabe cuál será su reacción si forzamos las cosas.

—No se sentirá presionado si va usted solo. Yo también fui y no me hizo ningún daño. No lleva armas —Karen pronunció aquellas frases rápidamente—. Mire, él es el único capaz de contar lo que ocurrió realmente. Estaba allí y lo vio todo. Desea que le ayuden. Hay que darle una oportunidad.

Doyle la cogió por el brazo.

—Venga conmigo.

La llevó por el pasillo, torciendo la esquina hacia los ascensores.

El hombre del bigote rojizo continuaba apoyado contra la pared con el periódico bajo el brazo. Doyle se acercó a él.

—Hola, Harry —le dijo.

El otro le miró.

—Harry, ésta es la señora Raymond. Señora Raymond… Harry Forbes.

Doyle no esperó a que ninguno de los dos se saludara:

—Ahora, escúcheme. Ha sucedido algo…

Forbes le escuchó, haciendo señas de asentimiento.

—De acuerdo —dijo—. Usted va a la azotea. Yo llevo a la señora Raymond otra vez a su despacho y la vigilo de cerca —vaciló—. ¿Qué hacemos para no perder de vista la parte delantera?

—Mientras van hacia allá, díganle a la chica de la recepción que no deje entrar a nadie… Escuche bien lo que le digo, a nadie en absoluto y bajo ningún pretexto… hasta que yo le dé permiso. Cualquiera que llegue, tendrá que esperar. ¡Ah! Otra cosa.

Doyle se separó de Karen y se acercó a Forbes. Su voz sonaba como un murmullo, y una vez más Forbes asintió con la cabeza.

—Entendido.

Forbes volvió junto a Karen.

—Venga conmigo, por favor.

Karen se volvió para mirar a Doyle. Éste estaba ya apretando el botón de subida.

—Por favor —le dijo—. Recuerde mi advertencia. Está muy nervioso.

—No se preocupe.

Karen captó el perfil de su sonrisa cuando se abría la puerta del ascensor y Doyle entraba en él.

—Vamonos —ordenó Forbes, sosteniendo la puerta.

En cuanto ella hubo entrado, dirigióse hacia el mostrador de recepción, donde se hallaba Peggy, y mostrándole su insignia, le repitió las instrucciones de Doyle. Peggy hizo una señal de asentimiento y luego miró por encima del hombro de Forbes hacia donde estaba Karen. Hizo como si fuera a decir algo, pero Forbes no le dio la oportunidad, ya que, tomando a Karen por el brazo, la condujo hacia la puerta del pasillo.

Una vez dentro, prosiguieron adelante con rapidez.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Karen.

—Tengo que hacer una llamada.

Cuando llegaron a su compartimento tras torcer la esquina, él tomó el teléfono en seguida.

Karen escuchó con gran sorpresa lo que decía. Me ha mentido. Me ha engañado. Pero Doyle no había mentido, porque no había hecho promesa alguna. Lo suyo no era un engaño, sino una estratagema. Había subido solo a la azotea, como ella le indicó, y al mismo tiempo había dado instrucciones a Forbes para que telefoneara a la patrulla. No quería correr más riesgos. Ahora bien, en este caso, ¿por qué no había esperado hasta que la patrulla llegara? La respuesta era evidente. No quería que Bruce se alarmara e intentara escapar.

—Señora Raymond.

—Sí.

—Quiero que me dé una descripción completa de su esposo. Aspecto físico y ropas.

Desde luego, era normal preguntar aquellas cosas por si intentaba escapar. El primer impulso colérico de Karen fue el de mandarlo al diablo; pero ¿qué hubiera conseguido con ello? Doyle haría bajar a Bruce de todos modos. Además, había dado ya su descripción al sargento Cole en el sanatorio.

Así es que dijo a Forbes cuanto éste deseaba saber y lo repitió frase por frase por el teléfono.

—Altura un metro ochenta. Peso ochenta kilos. Ojos grises. Pelo rubio. Viste chaqueta azul y pantalón gris, camisa a rayas blancas y azules, y no lleva corbata…

*Aquí es donde termina todo*, pensó Karen. *Sin ruido, sin ni siquiera un suspiro. Le detienen, le interrogan y luego*…

¿Y luego qué?

Había dicho a Bruce que creerían en él, que su declaración ayudaría a encontrar al criminal. Pero ¿y si estaban ya convencidos de que el culpable era él?

No hubo respuesta a tal pregunta. Si Bruce era inocente y la Policía pensaba de otro modo, ella le habría traicionado. Y si era culpable, su consejo había constituido asimismo una traición. Sin embargo, se dijo que, de todos modos, nada podía ponerse ya peor de lo que estaba.

Pero esto no era cierto.

Lo que ocurrió a continuación llegó con una rapidez inusitada.

Forbes había acabado de hablar por teléfono y se volvía hacia Karen cuando su mirada se posó en un punto situado más allá. Karen siguió la dirección de la misma hacia la puerta abierta.

Venía de fuera un repentino ruido que se estaba originando en el pasillo, en la distancia. Un rumor de voces excitadas y de apresurados pasos.

Ed Haskane apareció de improviso con los ojos desorbitados y moviendo la boca. Forbes le miró fijamente.

—¿Qué pasa?

—Más vale que venga…

—¿Adónde?

Pero Haskane había dado ya media vuelta y salía andando a tropezones.

Forbes se levantó e hizo una seña a Karen. Los dos salieron. Haskane había ya desaparecido en la esquina del pasillo cuando le alcanzaron.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el detective.

—Ya lo verán —dijo Haskane. Y sus palabras casi se perdieron en la confusión de ruidos que procedían del otro extremo.

—¿Por dónde?

—Por la ventana…

La ventana se hallaba en la pared situada tras el mostrador de recepción de Peggy. Estaba abierta y Peggy se encontraba allí junto con un nervioso grupo de empleados. Todos miraron hacia abajo, y cuando Forbes se abrió paso, él y Karen también miraron.

Abajo, un cuerpo aparecía desplomado en la calle.

# 21

Por un momento la visión de Karen se nubló, y pareció como si fuera a perder el conocimiento. Notó la mano de Forbes oprimiéndole el brazo.

—Vamos —le dijo.

—¿Abajo? No… no podría…

Sintió la presión de sus dedos conforme se alejaban de la ventana. Aquello era una sensación real. Pero al salir de las oficinas no lo fue, y al bajar en el ascensor le pareció como flotar en un espacio carente de límites como cuando uno se desploma en el vacío.

*Desplomarse en el vacío*. El cuerpo saltando del terrado para ir a caer deshecho sobre la calle. *Bruce*.

El tráfico se había detenido, y los coches hacían sonar sus bocinas. La muchedumbre reunida en círculo frente a la acera era contenida por un cordón de policías de uniforme, formado con toda rapidez. Karen tuvo la débil consciencia del sonar de sirenas en la distancia, y se dio cuenta también, confusamente, de que algunos coches patrulla frenaban con brusquedad y chirriaban por entre un claro abierto en el cruce, un poco más allá, seguidos de una ambulancia. Tampoco aquello podía ser verdad. Lo único real era aquel cuerpo tendido boca abajo, cual un muñeco roto, con los miembros torcidos en ángulos grotescos.

No quería mirarlo, pero tuvo que obligarse a ello. Porque no se trataba de un muñeco, sino de un ser real, con sus ropas que le resultaban familiares, y lo mismo el cabello y todo lo demás. No. No era un muñeco. Ni tampoco era Bruce.

—¡Doyle! —exclamó Forbes—. ¡Oh, Dios mío!

Por un momento, la sensación de alivio que sintió Karen fue tan intensa que hubiera querido gritar. En vez de ello sólo exhaló un confuso jadeo.

El sonido de su voz se perdió entre la barahúnda reinante. La gente forcejeaba en la acera un poco más allá. Alguien le dio un golpe por detrás, pero Karen sólo lo sintió muy levemente. Un grupo de hombres salió de un coche de Policía, aparcado junto a la acera, y pudo ver que su jefe era el teniente Barringer.

Forbes también lo vio.

—Espere aquí —dijo a Karen—. En seguida vuelvo.

Pero no había necesidad de advertirlo, porque ya no tenía ningún sitio a donde ir. Echar a correr hubiera sido inútil. Después de aquello, nada podía ayudarla. No le quedaba más remedio que esperar.

Karen vio cómo Forbes se acercaba al teniente Barringer, y éste levantó la vista cuando Forbes señaló hacia ella. Por un momento su visión quedó borrada por los empleados de la ambulancia cuando salían con la camilla.

Se volvió, no queriendo ver lo que sucedería a continuación cuando se inclinaron sobre el cuerpo deshecho de Tom Doyle. Mas la gente que la rodeaba siguió atenta y pudo escuchar sus murmullos expectantes.

Forbes estaba de nuevo a su lado, y la tomó del brazo. Karen le miró con el ceño fruncido.

—¿Adónde vamos?

—El teniente Barringer quiere que espere usted en las oficinas. Mandará a alguien para que le tome declaración. Me ha dicho que será el sargento Gordon quien la interrogue.

—¿Qué van a hacer?

—Barringer no me lo ha dicho. Gordon recibirá instrucciones cuando haya hablado con usted —Forbes se encogió de hombros—. Lo primero será despejar la calle. Han armado un buen lío en plena hora punta.

*Un buen lío. El problema principal consistía en despejar la calle para que los papás no llegaran tarde a cenar a sus casas*. Karen movió la cabeza. Forbes, desde luego, tenía razón. Son los vivos los que cuentan. Los muertos no tienen problemas.

«Bueno, bueno, despejen… No hay nada más que ver… Vayan circulando…». Un cordón de policías se había situado a lo largo de la acera, y repetía aquellas frases habituales.

Forbes llevó a Karen hacia la entrada del edificio donde había más agentes estacionados a uno y a otro lado, deteniendo a la gente que salía, para identificarla y hacerle preguntas. Observó que algunos de sus propios compañeros de trabajo formaban cola tras de la puerta esperando su turno para ser interrogados.

—También el garaje está atestado —le dijo Forbes—. Nadie puede salir sin identificarse.

Hubo de enseñar sus credenciales a uno de los policías estacionados en la entrada.

—Ésta es la señora Raymond —le informó—. Ordenes del teniente Barringer. ¿Puede usted llevarla a su despacho? Agencia Sutherland, piso décimo.

El policía hizo una señal de asentimiento y llamó a uno de sus subordinados de uniforme que formaba parte del grupo dedicado a interrogar a los empleados de los diversos despachos.

Karen miró a Forbes.

—¿Usted no viene?

—No. Barringer quiere que me quede aquí —le soltó el brazo—. No se preocupe; estará en buenas manos.

Karen asintió y, volviéndose, siguió a su nuevo vigilante hacia los ascensores.

Subieron en silencio. Nadie entraba en el edificio, y la mayoría de los despachos se estaban ya vaciando a aquella hora.

La Agencia Sutherland no era una excepción a la regla. El mostrador de Peggy estaba solo, y las habitaciones que bordeaban el vestíbulo despertaban ecos en sus espacios vacíos. Incluso los pocos que normalmente se hubieran retrasado para hacer alguna llamada de última hora o terminar algún trabajo urgente, se habían visto atraídos hacia la calle por la conmoción reinante.

¿Conmoción? Nada había de excitante en la muerte. Era la violencia lo que les atraía. Recordó lo que Bruce le había dicho poco antes. Quizá todos tengamos un mundo de la noche.

—¿Se siente bien, señora Raymond? —preguntó el policía.

Otra vez la misma frase. Se esforzó por responder automáticamente:

—Desde luego.

Él cerró la puerta y la dejó sola. Pero Karen no quería estar sola ni siquiera un momento. ¿Por qué no había venido Forbes para continuar vigilándola?

Conocía muy bien la respuesta. El motivo por el que Barringer quería que Forbes estuviera abajo era el de obtener su informe antes de interrogarla a ella. Así, si existía alguna discrepancia o alguna mentira, podría comprobarlo con más facilidad.

De todos modos, el mentir no hubiera servido ya de nada. En realidad, nunca servía. Si hubiera dicho la verdad desde el principio… toda la verdad…

Karen echó a andar por el pasillo en dirección a su departamento. De pronto vaciló. El sonido hueco de sus pasos la había detenido, consciente de que estaba temblando.

*Tienes miedo.*

De acuerdo, admítelo. Todo el mundo tiene miedo alguna vez. Se tiene miedo de conducir y de quedar aplastado en la autopista; miedo de andar y de ser atacado en plena calle; miedo a perder el empleo y a morirse de hambre; miedo a conservar el empleo y a acabar con una ridicula pensión que significará igualmente morirse de hambre en plena vejez; miedo de la bomba y de la guerra química, y del gas y de otros artilugios ideados por el hombre con el único fin de destruir; miedo de los desastres naturales, de los terremotos, de los incendios y de las inundaciones.

Nada tenía de extraño que la generación joven se diera a la droga y a la vida fácil, mientras los mayores abusaban de los barbitúricos, del alcohol y de los cigarrillos. *Lo bueno del cáncer… es que ayuda a librarse de otras preocupaciones*.

Recordó cómo Bruce había dicho aquello tiempo atrás, antes de ingresar en el sanatorio, cuando expresaba su opinión sobre la muerte. Había dicho otras muchas cosas. *Cuando un cadáver ingresa en el depósito se le identifica atándole una chapa al dedo gordo del pie. Pero ¿dónde ponen la chapa cuando no existen los dedos? Aunque, en realidad, ¿qué importa todo ello? Un cadáver carece de identidad. He*

*visto cientos de ellos en ultramar y todos son iguales. ¿Qué les importa a los gusanos el nombre, el rango y el número de serie*?

Bruce tenía su miedo a la muerte, lo que no era extraño después de lo que había padecido.

Pero ¿era natural tener miedo a la vida?

Karen se movió junto al mostrador de la recepción, sin deseo alguno de continuar por el pasillo hasta su departamento. Una vez en él, quedaría aislada; pero allí, por lo menos, podía observar la puerta.

Se acercó a la ventana y vio que estaba oscureciendo. ¿Tenía también miedo de la oscuridad?

No. La oscuridad en sí era inofensiva. Lo temible era la gente agazapada en su interior. Los pobladores del mundo de la noche. Karen movió la cabeza. De nada serviría perder la perspectiva. El mundo, de día o de noche, no era realmente tan malo.

Miró hacia la ciudad. Años atrás, antes de haber nacido, Los Ángeles debía tener el aspecto de una especie de Paraíso Terrenal donde el sol brillaba todos los días y las estrellas resplandecían por la noche. Mas ahora, aquella imagen se había eclipsado borrada por la tecnología, y quizá fuese aquélla la razón por la que tantos se burlaban de ella. ¿Pero era acaso peor que Nueva York o Londres, Moscú o Pekín?

A pesar de las reflexiones que se hizo, cuando estaba en la azotea, hubo de reconocer que millones de seres vivían allí y que la mayor parte eran semejantes a ella. Seres probablemente honrados y decentes, dignos de confianza, intentando hacer frente a sus responsabilidades respecto a la familia, los amigos y las exigencias de la sociedad.

Sólo había unos cuantos a los que temer. Y no se sentía alarmada mientras pudiera reconocerlos. La mayor parte de los seres siniestros y tétricos —y no utilizaba tales términos en sentido peyorativo, porque, a lo que recordaba, ¿no proclamaban orgullosos su condición de tales?— podían detectarse con facilidad y ser evitados sin más problemas. No constituían un gran peligro mientras se supiera apartarse de ellos y de sus guaridas.

El peligro venía de los otros. De las personas a quienes se ama. De aquéllos a quienes uno se rinde porque se les quiere y se les necesita.

No había misterio alguno en detectar lo que temía. En lo más profundo de su ser estaba segura de que sólo sentía un miedo auténtico. Un miedo que se llamaba Bruce.

—¿Es la señora Raymond?

Karen se volvió rápidamente. Un hombre entraba en las oficinas procedente del vestíbulo. La saludó con la cabeza y se acercó a la ventana encristalada de la recepción. Metiéndose la mano en el bolsillo, sacó una cartera que dejó en el mostrador. Ella se acercó.

—Soy el sargento Gordon.

Karen miró la tarjeta de identificación. Decía Frank Gordon. Departamento de Policía de Los Ángeles, División de Homicidios. Empujó la cartera con los dedos, logrando esbozar una sonrisa.

—Ya me dijeron que vendría.

A su pesar, Karen sentía un curioso sentimiento de alivio al ver a aquel hombre allí. Nunca había pensado que llegaría un tiempo en que tendría que agradecer la presencia de un detective; pero era mucho mejor que quedarse sola.

—Supongo que quiere que le haga una declaración.

—En efecto —contestó Gordon, guardándose la cartera y mirando a su alrededor.

En el vestíbulo se oía rumor de pasos.

Karen notó cómo la sonrisa se helaba en su rostro, pero la señal de asentimiento de Gordon le dio confianza.

—No se alarme. Estamos registrando todo el edificio. ¿Había alguien aquí cuando usted entró?

—No. Por lo menos, yo no he visto a nadie.

—No se preocupe. Lo registrarán todo —Gordon miró el bolso de Karen, que estaba sobre el mostrador—. Podemos irnos en cuanto usted lo diga.

—¿Adónde vamos?

—Mis órdenes son de llevarla a su casa y tomarle declaración. Después… —Gordon se encogió de hombros.

—¿Ha dicho algo el teniente Barringer sobre llevarme después a la comisaría?

—Tengo que llamarle cuando lleguemos —explicó Gordon, sonriendo tristemente—. En este momento le preocupan otras cosas.

Karen tomó su bolso y salió a la zona de entrada. El sargento Gordon le abrió la puerta del vestíbulo. El ruido de sus pasos se hizo más sonoro, y conforme entraba tras de Gordon en el corredor, vio a los dos policías uniformados convergiendo hacia ellos con sus revólveres de reglamento.

—Un minuto, señora —dijo el que venía por la izquierda.

—Puede pasar —dijo Gordon, exhibiendo su tarjeta de identificación—. Llevo a la señora Raymond a su casa. Ordenes de Barringer.

—Pasen.

Los policías esperaron en el vestíbulo junto a ellos, hasta que llegó el ascensor, y Karen pudo observar que no se habían enfundado las pistolas.

Otros dos policías les saludaron cuando la puerta del ascensor se abrió al llegar al piso inferior, y una vez más Gordon tuvo que identificarse. Salvo aquellos hombres, el vestíbulo estaba desierto, y cuando salieron a la calle el tráfico circulaba a su ritmo normal. Aparte de unos coches patrulla aparcados junto a la acera, no existía ya señal alguna de lo ocurrido.

Gordon indicaba el camino. Doblaron la esquina. Su coche estaba en un solar, un poco más allá.

—¿Dónde vive usted? —preguntó Gordon, haciéndose oír sobre el ruido del motor al ponerse en marcha.

A Karen la sorprendió que no lo supiera, pero se lo dijo y añadió:

—Es mejor no seguir la autopista. A esta hora va muy llena.

Gordon miró el reloj del tablero.

—Pues es raro a las siete.

—¿Ya es tan tarde? —preguntó Karen, frunciendo el ceño.

Él hizo una señal de asentimiento.

—¿Ha comido algo?

—No.

—Quizá podamos tomar un bocado por el camino. Ya hará su declaración después.

—La verdad es que no tengo mucho apetito.

—Sólo es una sugerencia —dijo Gordon. Sin embargo, Karen pudo captar cierto tono de decepción en su voz. Lo más probable era que estuviese muerto de hambre.

—Quizá me tome un café.

—Me parece bien —el coche salió velozmente hacia la calle—. Iremos en dirección a su casa y ya encontraremos algún lugar cuando salgamos de la autopista.

Durante el camino Gordon guardó silencio. Karen se preguntaba en qué estaría pensando. Probablemente, en su declaración y en las preguntas que debería formularle.

En cuanto a ella, no paraba de ensayar las respuestas. El sargento Gordon era un policía de nuevo cuño, sin duda alguna, de buenos modales, hablar suave, y al parecer más inteligente que Forbes o que el pobre Tom Doyle. Se acordó del sargento Cole y del teniente Barringer, tras de cuya cortesía se ocultaba una fría eficiencia. No podía consentir que la amabilidad la desarmara.

Karen estudió el perfil de Frank Gordon conforme éste seguía conduciendo. Cabello castaño, ojos azules, facciones correctas. Se preguntó si estaría casado y, de haberlo estado, lo que opinaría su mujer al saber que pasaba la noche con una desconocida.

Aunque, desde luego, todo entraba en el conjunto de los deberes a cumplir. Tenía que vigilarla y hacerle preguntas con el propósito de encontrar al criminal. Si lo conseguía, lo más probable era que obtuviese algún ascenso y que su mujer se sintiera orgullosa.

Pero ¿qué le pasaría a Bruce?

# 22

Estaba entre la espada y la pared.

La frase seguía fija en su mente.

Entre la espada y la pared. No había que confundirlo con subirse por las paredes u otras frases semejantes. Todas ellas, referencias estúpidas y crueles, burlonas y despreocupadas al mencionar la condición de un alma atormentada.

¿Qué sabían en realidad aquellos cómicos de la lengua cuando se burlaban de quienes tropiezan, pierden la cabeza o caen del propio árbol?

Nadie comprendía realmente nada; sólo había un medio de encontrar la verdad: estar en la celda de un sanatorio mental, noche tras noche, escuchando los gritos procedentes de la propia garganta.

Él había aprendido a controlar aquellos gritos y a dominarse, y luego a dominar a los demás. Su plan había surtido efecto. Se había jurado escapar y ahora estaba libre.

Pero seguía acorralado contra la pared. Continuaba sintiendo siempre aquella sensación. Pero ¿era así de veras? Quizá empezara a sentirse solo cuando vio la cara de Tom Doyle empequeñeciéndose velozmente mientras sus brazos se agitaban en el aire y su cuerpo caía describiendo una espiral en el vacío.

Pero aquello había sido necesario, del mismo modo que lo fue no atentar contra la vida de Karen. Aunque sólo por el momento, desde luego, porque ella también tenía que desaparecer. Desaparecer y muy pronto. El dejarla en paz por el momento era sólo una parte de su plan.

Sin embargo, no pasaría mucho tiempo sin que sucediera. Mientras hiciese lo que él pensaba que haría y fuese donde él

pensaba que iría, ni toda la Policía del mundo sería capaz de salvarla. Y la cuenta de los cadáveres continuaba incrementándose.

Hasta entonces seguiría acorralado contra la pared.

Pero la pared en cuestión empezaba a derrumbarse.

# 23

El pequeño restaurante estaba casi desierto, y Karen se preguntó la causa. Porque, por regla general, el establecimiento se veía muy concurrido, especialmente desde que habían inaugurado el «Piano Bar».

Ahora bien, mucha gente tenía miedo de salir de noche después de lo que estaban leyendo en los periódicos. Y la muerte de Tom Doyle debió haber sido divulgada en los rotativos de última hora. Resultaba extraño, hasta cierto punto, que varios millones de personas tuvieran miedo de un solo hombre. Quizá procediera del sencillo hecho de no estar en condiciones de reconocerle, caso de encontrarse frente a él.

En cambio, el miedo de Karen se basaba en que podía identificarle.

Gordon estaba terminando su postre. Mientras comían, se había mostrado muy circunspecto en sus preguntas, pero ahora, al apartar el plato y echarse hacia atrás, Karen comprendió que la tranquilidad había acabado.

Gordon miró su reloj.

—Tengo que llamar dentro de poco —dijo—. Quizá ya hayan encontrado a su marido.

—O al criminal —dijo Karen.

—Es usted una mujer leal, ¿verdad, señora Raymond?

—La lealtad no tiene nada que ver con todo esto —Karen reconoció cierto tono defensivo en su voz—. Según la ley, todo hombre es inocente hasta que se demuestre su culpabilidad.

Frank Gordon suspiró.

—Hablemos claro, señora Raymond. Usted trata de proteger a

un hombre porque cree, o dice creer, que puede ser inocente. Y ¿qué me dice de los otros? ¿De las víctimas? Sabemos que eran inocentes, pero ¿quién las protegió?

Karen movió la cabeza.

—Insisto en que Bruce no tenía motivos. ¿Por qué iba a matar a alguien para salir del sanatorio cuando estaba a punto de ser dado de alta?

—Porque él lo ignoraba —dijo Gordon, mirándola a la cara—. Es la verdad, ¿no?

*El muy sirvergüenza*, pensó Karen. El teniente Barringer no lo sospechó, el psiquiatra de la Policía, tampoco, pero *tú* has tenido que salirme con eso. Sí, *es la verdad*.

Gordon, sin embargo, no estaba esperando su respuesta. Quizá no la necesitaba o acaso la había leído ya en su rostro.

—Comprendo el deseo de toda mujer de salvar a su marido. Pero tiene que darse cuenta de nuestra posición. La labor de un policía es proteger al ciudadano, y hasta el momento hemos fracasado. Ahora hay que pensar en el futuro. El hombre del cual sospechamos que es el autor de esos crímenes sigue todavía libre. Y, a menos que demos con él rápidamente, tendremos motivos para suponer que otros morirán también. Otros inocentes.

—Pero mi marido no es el único —dijo Karen—. Hay un segundo paciente sin localizar… Edmund Cromer.

—¿Quién dice? —preguntó Gordon, incorporándose de pronto —. ¿Por qué no me mencionó antes ese nombre?

—Porque Bruce se lo iba a decir a Doyle —contestó Karen, con voz débil—. Luego, después de lo ocurrido, no he tenido ocasión de…

—Pues dígamelo ahora.

—Bien.

Así lo hizo. Gordon la observaba efectuando alguna que otra señal de asentimiento, mientras ella repetía lo que Bruce le había estado contando. La expresión del agente era tranquila, llena de impasibilidad oficial, y no abrió la boca hasta que ella hubo terminado.

—¿Es eso todo? —preguntó.

—Sí. O, por lo menos, todo cuanto recuerdo.

—¿No hay descripción?

—Él quería dársela a Doyle.

—Al menos, eso dijo —comentó Gordon, con voz inexpresiva.

—¿No cree usted…?

—¿Que su esposo le contó todas esas cosas? —Gordon hizo una señal de asentimiento—. La cuestión es ¿por qué?

—Porque deseaba identificar al criminal.

—O porque creyó que ése sería un modo de atraer a Doyle hasta la azotea y acabar con él. Luego se sentiría totalmente seguro para acosarla a usted.

—Pero no lo ha hecho…

—Porque había un segundo agente de servicio abajo en el vestíbulo, un hombre al que no conocía. Y debió tener miedo.

—Esto no influye en lo que dijo sobre Cromer —señaló Karen.

—Pensemos un poco —inició Gordon, hablando lentamente—. Su marido implicó a otro en los crímenes. Pero ¿ofreció algo tangible? ¿Algo que pueda ser tenido como prueba? ¿Cómo sabemos que ha dicho la verdad? ¿Cómo estar seguros de que el otro paciente se llama Cromer?

Karen no respondió porque en su interior estaba oyendo el eco de la voz de Bruce respondiendo por ella. De pie, allí en la azotea, con su triste sonrisa, diciendo: Quizá no exista Edmund Cromer. Tal vez yo lo inventara todo.

Luego el eco interior se esfumó. La estancia empezó a cobrar un aspecto impreciso, y sólo el rápido contacto de la mano de Gordon sobre la suya la restableció a la realidad.

—Señora Raymond…

La realidad. La mano. La voz. Era hora de dejar de contarse mentiras a sí misma. Karen parpadeó y luego abrió los ojos de par en par.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Frank Gordon, soltándole la mano.

Karen hizo una señal de asentimiento.

—Una cosa es cierta. Y es que existe ese otro paciente. Tendremos que comprobar su nombre e intentar localizarle. Pero

usted deberá también prepararse para la posibilidad de que sea inocente por completo. Y, en este caso, lo más probable es que ya no viva.

Gordon hablaba suavemente; nada podía oponerse a la fuerza de su lógica. No era posible responder con una negativa.

—He estado pensando en lo que me contó antes —dijo—. Y hay algo que no concuerda demasiado.

—¿Qué es?

—Los crímenes se han cometido metódicamente. Aunque la persona responsable esté considerada clínicamente como enferma mental; hay, por otra parte, un alto grado de inteligencia en lo que hace. Éstos no son crímenes corrientes motivados por el impulso o la pasión. Nos enfrentamos con alguien que mata a todo aquél que cree que puede identificarle. Lo que nos lleva hasta usted.

—No lo entiendo.

—Si su marido es responsable de lo que ha sucedido, ¿por qué la considera como una amenaza a su seguridad? Usted ya le ha identificado como enfermo en el sanatorio. Eliminarla no modificaría su testimonio.

Karen respiró profundamente. Quizá aquello significara un cierto alivio. Después de todo, tal vez fuera posible seguir negando.

—Eso es lo que dije al teniente Barringer y a los demás —explicó —. No tiene motivo para hacerme daño —al repetir aquella frase tuvo la sensación de creérsela a medias—. En efecto. Existe algo que no concuerda.

—Sólo en apariencia, a mi modo de ver —dijo Gordon. Seguía hablando en voz baja, pero ella distinguió claramente cada una de sus palabras—. Debe existir otro motivo. Eliminarla a usted no alteraría su testimonio, mas podría impedir que tratara de alterarlo.

Tenía los ojos al mismo nivel que los de ella y no había en los mismos ninguna expresión de condescendencia.

—Señora Raymond… ¿por qué se encerró su marido en ese sanatorio?

Ni alivio, ni negativa. Demasiadas personas habían muerto, y ¿quién podía decir cómo iba a terminar aquello, a menos que ella misma lo terminase?

—Tuvimos una pelea —las palabras surgían con rapidez, como

quien vomita algo asqueroso, algo que se hace imprescindible eliminar—. Le dije que no se había estado portando normalmente desde que regresó, y que necesitaba ayuda. Le aconsejé que viera a un médico.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Me dijo que lo pensaría. Luego se aplacó. Me preguntó si quería dar un paseo en coche. Así lo hicimos, y ninguno de los dos volvió a hablar más de aquello. El haberlo sacado a relucir abiertamente nos había causado cierto alivio. Recuerdo que pensé que quizá estábamos haciendo una montaña de un grano de arena. Él estaba solamente nervioso y desquiciado por no tener trabajo. Fuimos al «Will Wright», como solíamos antes de casarnos. Y de regreso a casa, hicimos el amor.

Karen bajó la mirada, pero sus palabras seguían fluyendo.

—Me dormí, y al despertarme noté que me ahogaba. No podía respirar. Porque estaba encima de mí otra vez, pero ahora con sus manos alrededor de mi cuello, apretando y apretando…

»Conseguí librarme de su ataque. Le golpeé en la cara y cayó hacia atrás. Fue entonces cuando abrió los ojos, que hasta entonces había mantenido cerrados. Más tarde me explicó que estaba durmiendo, que había sufrido una pesadilla y que no sabía cómo pudo suceder aquello. Parecía estar en un estado de confusión total. Al día siguiente llamó al doctor Griswold.

—Intentó matarla —dijo Gordon, sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Es usted la única que lo sabe?

—Sí, excepto Rita.

—¿Rita?

—Su hermana. Pero ella nunca dirá…

—¿Dónde se encuentra?

Karen se lo dijo.

—Ya ha hablado con la Policía. Incluso registraron su domicilio para asegurarse de que él no se encontraba por allí.

—¿Tiene a alguien para protegerla?

—¿Un guardaespaldas? No lo creo. Aunque Bruce se acercara, ella estaría a salvo. Ama a su hermano y no le traicionaría.

—¿Está Bruce seguro de esto?

Karen vaciló. Gordon se puso en pie.

—Vámonos ahora mismo —dijo—. Voy a llevarlas a las dos a la comisaría. Ambas debieron estar vigiladas desde hace tiempo. Usted lo habría estado si nos hubiera contado la verdad.

—Le juro que esa mujer no está en peligro.

—¿Lo jura? —Gordon sacudió la cabeza—. Todo cuanto puede hacer ahora es rezar. Incluso así, quizá sea ya demasiado tarde.

## 24

Los reflectores escrutaban el cielo nocturno.

Su claridad inundaba el Music Center, donde «gentes encantadoras» procuraban que las cámaras recogieran su presencia en aquella función benéfica de gala. Otras personas menos encantadoras y totalmente desprovistas de dinero, observaban el distante fulgor desde la ventana de algún hospital donde estaban muriéndose, o dando a luz, o cualquier otra de las cosas que pueden suceder en estos horribles lugares nunca comentados en la sección de ecos de sociedad de los periódicos.

La luz surgía hacia arriba, partiendo de la inauguración de un supermercado. Caía en movimientos ondulantes desde los faros instalados a gran altura, en las lejanas colinas, y se movía en los helicópteros de la Policía que se entrecruzaban sobre la ciudad.

No obstante, había también lugares oscuros. Cementerios para el descanso de los muertos. Calles laterales para los vivos que no podían descansar por lo que habían leído en los periódicos, escuchado en las noticias de la radio, imaginado mientras se escondían tras los cerrojos de sus puertas.

Pero ni cerrojos ni barrotes constituían protección adecuada para la invasión del miedo. Sólo un pequeño número de favorecidos pretendían que nada estaba pasando. Para la mayoría, sólo existían tinieblas en las que se agitaban formas extrañas.

El aeropuerto no estaba ni iluminado ni a oscuras. Una niebla gris venía del oeste difuminando la luz de los faros y envolviendo las sombras con plata.

Karen recordó la niebla por la que había conducido su coche aquella noche. Hacía cuarenta y ocho horas y, sin embargo, parecía

como si hubiera transcurrido una eternidad. Para unos había sido así literalmente. Toda una vida esfumada para siempre, engullida por el color gris del olvido.

En cambio, también había luces como la que brillaba en la ventana del despacho del «Raymond's Charter Service». Y sombras en el lado oscuro de la estructura, donde Frank Gordon detuvo su coche y lo dejó aparcado.

Karen hizo ademán de abrir la portezuela, pero la mano de Gordon se posó sobre su brazo, deteniéndola.

—Espere.

Miró por el parabrisas examinando el aeropuerto, las pistas, las oscuras formas de los hangares que bordeaban el campo, más allá de la parte trasera de las oficinas. No había movimiento alguno en la niebla.

—Ahora.

Karen se deslizó de su asiento y cruzó por detrás del vehículo, mientras Gordon salía también, llevando en la mano su revólver de reglamento.

—Vaya detrás de mí —le dijo—. Detrás y hacia un lado.

Avanzó hacia la oficina muy junto a la pared, de modo que el resplandor no le alcanzara. La ventana se encontraba al otro lado de la puerta, así que pudieron aproximarse a ésta sin salir de las sombras ni abandonar la pegajosa niebla.

La puerta estaba entreabierta. Cuando Gordon llegó a ella hizo un ademán a Karen para que se parase.

—Atrás —murmuró, levantando el revólver, dispuesto a utilizarlo.

Abrió la puerta de un puntapié.

Luego se quedó en el dintel. Por un momento o por una eternidad. Porque el tiempo se había parado para Karen. Todo quedó detenido hasta que él se volvió y le dijo:

—Nada. Aquí no hay nadie.

Se unió a él y ambos entraron en el despacho iluminado. El ventilador de pie zumbaba, y su turbulencia agitaba los papeles clavados con chinchetas a la pared.

Gordon miró la mesa. El bolso de Rita estaba sobre ella junto al teléfono, y a su lado, el cenicero tenía una colilla todavía sin

apagar. Karen también la vio e hizo una señal de asentimiento.

—Debe de haber acabado de salir.

Gordon frunció el ceño.

—¿Por qué está tan segura? No he visto ningún coche cuando llegamos.

—Rita lleva un VW, y generalmente lo deja dentro del hangar.

—¿El que está en la parte trasera?

—Sí, detrás y a la derecha.

Él asintió y se volvió. Karen le siguió, y ambos salieron. A la derecha del cobertizo de tablas había un avión amarrado, un «Cessna» monomotor. Gordon se detuvo a la sombra del mismo y contempló la negra puerta del hangar. En el interior del mismo parpadeó una débil luz.

Karen inició unos pasos hacia allá, pero Frank Gordon volvió la cabeza y le dijo:

—Todavía no.

Mirando hacia el hangar, Karen distinguió el bulto del VW. Tras él había un avión, y más allá brillaba la luz procedente, al parecer, de una linterna eléctrica colocada en el suelo junto a un cajón de herramientas. Ahora pudieron ver la silueta de Rita moviéndose frente a la claridad.

—¿Es ella? —preguntó Gordon, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo.

—Sí, gracias a Dios. Y está sola.

—Bien. Escuche. Quiero que vaya ahí dentro y hable con ella.

—¿No viene usted conmigo?

Gordon hizo un ademán con la mano que empuñaba el revólver.

—No se preocupe…, si me necesita estoy dispuesto. Creo que conseguirá usted mucho más si ella no me ve a mí el primero. Cuéntele lo sucedido… con Bruce y con Tom Doyle. Quizá Bruce haya hablado con ella y puede que sepa dónde está.

—¿Y si no quiere decir nada?

—Entonces intervendré yo. Pero vale la pena arriesgarse —Gordon le puso una mano sobre el brazo—. Recuerde que ella también está en peligro, tanto si lo sabe como si no. Tiene que convencerla.

—Lo intentaré.

Karen avanzó por entre la niebla hacia la oscuridad, aún más profunda, que se extendía tras la puerta del hangar.

A partir de aquel momento no podía ya volverse atrás.

Había de seguir avanzando hasta más allá del avión que emergía en el lugar en que brillaba plenamente la luz de la linterna. No podía retroceder porque Rita había levantado ya la cabeza, la veía y la reconocía.

—¿Qué haces tú por aquí?

Había en su voz un tono de airada sorpresa, y también algo más que sorpresa en su cara sombría.

—Tengo que hablarte, ahora mismo.

Rita tenía en la mano una pesada llave inglesa. Y no la dejó en el suelo, sino que, por el contrario, sus dedos se aferraron todavía más a ella.

—¡Pues sí que has escogido un buen momento! ¿No ves que estoy ocupada?

—Yo no escogí el momento. Por favor, Rita, escúchame…

—Ya te escucho.

La escuchó, mientras Karen le contaba la llamada de Bruce, el encuentro en la azotea y todo lo que siguió. De vez en cuando, Karen vacilaba, pero sin perder el hilo de la narración, hasta llegar al momento en que, mirando por la ventana, había visto el cuerpo estrellado abajo en el suelo.

La cara de Rita continuaba en la sombra. No pronunció una sola palabra.

*No lograré nada*, se dijo Karen. *No tengo manera de influir en su ánimo. Tan sólo palabras*.

Pero encontró las más adecuadas.

—Tú no viste lo que yo he visto, Rita. Tom Doyle tendido en plena calle con la cabeza rota como un melón podrido. Griswold muerto en una habitación llena del olor de su propia carne quemada. La pobre enfermera…

—¿Qué quieres de mí?

—La verdad —Karen notó cómo sus dedos se doblaban, clavándose las uñas en las palmas—. No se trata de fe o de lealtad. Eso ya no sirve ahora. Hemos de evitar lo que está sucediendo. Si te

has reservado algo, si sabes dónde se ha ocultado Bruce…

—Ella no sabe nada —dijo una voz.

La voz de Bruce.

Y fue el propio Bruce quien salió de las sombras por el otro extremo del avión.

Karen le miró conforme se acercaba, moviendo lentamente la cabeza.

—Vine aquí la otra noche —dijo—, pero Rita no lo supo. No quise mezclarla en esto, como tampoco quise complicarte a ti. Pero necesitaba algún lugar donde protegerme, y éste fue el único que se me ocurrió. Cuando vino la Policía a interrogarla, me las arreglé para esconderme en un avión situado en el campo de aterrizaje, y no dieron conmigo. No he vuelto hasta esta tarde, y se lo he dicho a ella. Le he contado lo sucedido.

—Entonces, lo sabe… le confesaste…

—No hay nada que confesar.

—Pero te vi en la azotea. ¡Y fui yo quien te mandó a Doyle!

—No me encontró —la voz de Bruce se hizo más profunda—. Después de que fuiste a buscarlo, perdí los nervios. No podía enfrentarme a él. Tenía miedo. Así es que eché a correr. Karen, puedes creerme; te juro por lo que más quieras que había salido del edificio antes de que Doyle llegara a la azotea.

—Entonces, ¿quién lo mató?

—Cromer.

Sus palabras adoptaron el tono no de una declaración en regla, sino de un ronco murmullo, como si de pronto reconociera a alguien mientras miraba más allá de Karen, hacia el hombre que ahora entraba en el hangar llevando un revólver en la mano.

Karen también lo vio, y en seguida volvióse hacia Bruce:

—¡Estás loco! —jadeó—. Éste es el sargento Gordon… Un policía.

El aludido sonrió.

—Aquí nadie está loco —dijo—. Ni su marido, ni yo, desde luego.

Su sonrisa era tan precisa y firme como el arma que esgrimía.

—Estuve alrededor del edificio durante el día esperando que su marido intentara comunicarse con usted. Cuando subió a la azotea

le seguí. Me pareció una oportunidad espléndida para eliminar a la única persona capaz de identificarme. Había conseguido localizar a todos los demás, y ahora, por simple lógica, acababa de dar también con Bruce.

Hizo una señal de asentimiento con los ojos fijos en Karen.

—He dicho lógica. Sí. Lógica, clara y terminante. Pero la llegada de usted me impidió cumplir con mi propósito. Me mantuve escondido en la parte más lejana de la claraboya, escuchando. Cuando Bruce reveló mi nombre comprendí que debía cambiar de planes. Porque ahora eran dos quienes lo sabían. Y yo no podía entendérmelas con ambos allí, sin tener un arma.

—Así es que la dejó bajar a ella, y cuando yo huí, esperó a Doyle —dijo Bruce.

—Exacto. Me coloqué detrás de él cuando salió por la claraboya, y nunca pudo saber lo que le sucedía.

Karen se estremeció.

—¿Y Frank Gordon?

—Cuando llegó, estaba esperándole oculto en un armario del vestíbulo. Allí, entre los artículos almacenados, encontré una barra de metal procedente de una puerta. Sigue allí, a menos de que ya lo hayan descubierto. Tomé su pistola, su chapa de identidad y su documentación. Esta mañana, a primera hora, me hice con el coche.

—Yo estaba sola cuando vino a verme al despacho —dijo Karen—. Y llevaba el revólver…

—Otra vez la lógica —aseveró Cromer, volviendo a sonreír—. Hubiera sido peligroso hacer algo teniendo al otro lado de la puerta a la Policía, que registraba el edificio. Lo importante era sacarla a usted de allí. Tenía la esperanza de que me llevaría de nuevo ante Bruce. Cuando me dijo todo aquello durante la comida, comprendí que también Rita era un problema. Así es que vamos a dejarnos ya de tonterías. Mí suposición era correcta. Ahora les tengo a los tres reunidos aquí.

Su sonrisa seguía tan fija como antes cuando su dedo se tensó sobre el gatillo.

—Cromer, escúcheme —Bruce se enfrentaba a la sonrisa y también al cañón del revólver—. Lo he estado hablando con Rita antes de que usted llegara, y se lo he contado todo. Me dijo que

debía avisar a la Policía, y así lo hice, desde su despacho. Llegarán aquí en cualquier momento.

La voz de Cromer era tan fría como su expresión.

—Por favor, no insulte a mi inteligencia. Ésa es la broma más tonta del mundo…

De pronto, la sonrisa se heló en su rostro.

Porque en la distancia había oído el rumor de sirenas.

Todos lo oyeron, pero fue Rita la única que actuó.

Levantando el brazo que sostenía la llave inglesa, lanzó ésta contra el cráneo de Cromer.

Pero él la esquivó echándose hacia el lado del avión, y la herramienta pasó silbando junto a su cara y fue a caer, con un sordo chasquido, en el suelo. Levantando el revólver, hizo fuego.

Confundiéndose con el eco estridente del disparo, Karen oyó gritar a Rita, quien cayó hacia atrás, apretándose un brazo con la mano. Entre un remolino de humo acre, Karen pudo ver la sangre que brotaba por entre los dedos de Rita, y también vio cómo Bruce saltaba hacia Cromer, enzarzándose en un forcejeo con él.

Cromer seguía esgrimiendo el arma, esforzándose por volver el cañón hacia el pecho de Bruce. Pero éste le dio un golpe en la muñeca y el revólver cayó al suelo.

Por un momento, el humo se despejó y Karen pudo ver a Cromer claramente. Su sonrisa había desaparecido. Todo rastro de humanidad parecía haberse borrado también de su cara, quedando sólo en ella la furia animal de unos ojos relampagueantes y de una boca abierta en un ronco gruñido… La desnuda faz de la violencia.

Cromer descargaba puñetazos en el pecho de Bruce y logró arrojarle hacia atrás. Se volvió y echó a correr, saliendo del hangar para perderse entre la niebla de la noche.

Las sirenas aullaban en la carretera, y Cromer cambió de dirección. Por la puerta del hangar, Karen pudo verle mientras atravesaba el campo corriendo.

Una forma confusa descendió de las alturas y explotó en un repentino torbellino de luz. Karen dio un grito, pero su voz se perdió entre el zumbido de las aspas del helicóptero que giraban cada vez más bajas sobre la figura del fugitivo. Cuando el piloto vio a Cromer por entre los jirones de niebla, ya era demasiado tarde

para evitar el choque.

El helicóptero picó, y casi estuvo a punto de volcarse, cuando el cortante metal descargó su impacto. Cromer cayó y su cuerpo cesó de moverse.

Aunque su cabeza rodó, todavía un buen trecho, por el campo.

# 25

Llegaron dos ambulancias, una para Rita y otra para Cromer.

El teniente Barringer se presentó también, haciéndose cargo de la situación.

Bruce hizo su declaración, y Karen también la suya. Incluso Rita estuvo en condiciones de dar un informe preliminar mientras el médico de la Policía le aplicaba un torniquete en el brazo.

Había llegado el momento de iniciar el trayecto hasta la comisaría de Van Nuys, donde se registrarían las cintas y se firmarían las transcripciones. Por un momento, pareció como si aquello no fuera a acabar nunca. Finalmente, llegó a su término.

*Libre*, se dijo Karen. *Libre para siempre*.

Y ella y Bruce salieron.

Para sumergirse en el mundo oscuro de la noche…